



Thomas Hardy
Bajo la verde
fronda

D.J.57

ALBA CLÁSICA

BAJO LA VERDE FRONDA



THOMAS HARDY

Traducción
Catalina Martínez Muñoz

ALBA

Alba Clásica

Título original: *Under the Greenwood Tree*

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: septiembre de 2019
Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-616-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

NOTA AL TEXTO

Bajo la verde fronda se publicó por primera vez, en dos volúmenes, en 1872 (Tinsley Brothers, Londres). El autor la revisó tanto en la edición completa de sus novelas de Wessex (Osgood, McIlvaine & Co., Londres, 1895-1896) como en la llamada edición Wessex (Macmillan, Londres, 1912-1913), que reunía sus novelas y su poesía. La presente traducción incorpora los cambios introducidos en esas últimas ediciones, muchos de ellos referidos a la topografía de Wessex.

PREFACIO

Esta historia del coro de Mellstock y su larga historia de músicos de iglesia, como algunas descripciones de tradiciones similares que aparecen en *Dos en una torre* y *Un batiburrillo de personajes*, entre otros de mis escritos, pretende ser una estampa veraz y de primera mano de gentes, usos y costumbres que eran comunes en tales orquestas de pueblo hace cincuenta o sesenta años.

Uno se inclina a lamentar la sustitución de estos conjuntos musicales de iglesia por un único organista (normalmente un organillero) o intérprete de armonio, pues aun siendo indudables los beneficios que, en cuanto a control y ejecución, garantiza la presencia de un solo artista, el cambio ha tendido a echar por tierra los supuestos propósitos del clero y ha tenido como consecuencia directa la merma y la extinción del interés de los feligreses por las actividades eclesiásticas. Bajo el esquema antiguo, entre seis y diez instrumentistas adultos, además de muchos cantantes de distintas edades, se encargaban oficialmente de la rutina dominical y daban lo mejor de sí mismos para ofrecer una actuación artística acorde con los variopintos gustos musicales de la congregación. Con la interpretación musical limitada, como suele ser hoy el caso, a la mujer o la hija del párroco y los colegiales, o a la maestra y los chiquillos, se ha perdido una importante comunidad de intereses.

El entusiasmo de estos instrumentistas olvidados debía de ser muy intenso y persistente, porque se daban la caminata hasta la iglesia, a veces muy alejada de su casa, todos los domingos después de una agotadora semana de trabajo. La recompensa que normalmente recibían por su interpretación era tan pequeña que su esfuerzo en realidad puede considerarse un acto de amor. En la parroquia que tenía yo en mente mientras escribía este relato, la gratificación anual que recibían los músicos por Navidad era más o menos la siguiente: de la casa señorial diez chelines y una cena; del sacerdote diez chelines; de los ganaderos cinco chelines; de cada casa un chelín, lo que ascendía a un total de no más de

diez chelines al año por cabeza: lo justo, como me dijo un antiguo ejecutante, para pagar las cuerdas de los violines, las reparaciones, la colofonia y las partituras (que casi siempre hacían ellos mismos). En aquellos tiempos, la música se copiaba a mano en papel pautado por las noches, después de trabajar, y los libros de música eran de encuadernación casera.

Era costumbre incluir unas gigas, *reels*, danzas marineras y baladas en el mismo libro, empezando por la última página, hasta que lo sagrado y lo profano se encontraba en el centro, a veces con efectos singulares cuando el texto de algunas canciones hacía gala de ese humor tan agudo que encantaba a nuestros abuelos, y posiblemente también a nuestras abuelas, y que hoy se tiene por indecoroso.

Las citadas cuerdas de violín, como la colofonia y el papel pautado, se las suministraba un buhonero que vendía exclusivamente estos artículos de parroquia en parroquia y pasaba por cada pueblo cada seis meses. Circulan historias del disgusto que se llevaron los violinistas de la iglesia en una ocasión, cuando iban a estrenar un nuevo himno por Navidad y el buhonero no llegó a tiempo, por la nevada que había caído en los montes, y del apuro en que se vieron para improvisar las cuerdas con tralla y bramante. El buhonero era generalmente un músico, a veces un modesto compositor, que traía sus propias melodías y animaba a los coros a adoptarlas por un precio módico. Algunas de las composiciones que ahora tengo delante, con sus repeticiones de líneas, medias líneas y medias palabras, sus fugas y sus pasajes instrumentales, siguen siendo buenas canciones, aunque hoy difícilmente se tolerarían en los libros de himnos más populares en las iglesias de la buena sociedad.

Agosto, 1896

Bajo la verde fronda se publicó por primera vez en el verano de 1872, en dos volúmenes independientes. Originalmente iba a titularse *El coro de Mellstock*, un nombre mucho más apropiado que se ha añadido como subtítulo desde las primeras ediciones, por considerarse desaconsejable cambiar el título con el que el libro se dio a conocer.

Al releer la narración después de tanto tiempo, se me ocurre la inevitable reflexión de que la realidad con que se hiló esta historia era un buen material para un estudio de este pequeño grupo de músicos de parroquia distinto del que, tan a la ligera, incluso de una manera absurda y frívola a veces, se presenta en los capítulos siguientes. Sin embargo, en el momento de su composición, las circunstancias desaconsejaban un tratamiento más profundo, esencial o trascendental, y así la presentación del coro de Mellstock que se ofrece en estas páginas tendrá que seguir siendo la única que haya hecho, al margen del puñado de escenas de esta desaparecida orquesta que he ofrecido en algunos poemas.

T. H., abril, 1912

PRIMERA PARTE

INVIERNO

CAPÍTULO I

MELLSTOCK-LANE

Para quienes viven en el bosque, casi todos los árboles tienen una voz propia además de unos rasgos propios. Los abetos sollozan y gimen al paso de la brisa con la misma claridad con que se mecen; el acebo silba en combate consigo mismo; el fresno acompaña sus temblores de un siseo; el haya susurra al compás del vaivén de sus recias ramas. Y el invierno, que modifica las notas de estos árboles al despojarlos de sus hojas, no destruye su individualidad.

Una Nochebuena fría y estrellada, de la que aún se guarda memoria viva, subía un hombre por un sendero hacia Mellstock Cross, en la oscuridad de una foresta que así murmuraba singularmente a su entendimiento. Las únicas manifestaciones de su personalidad eran la rápida y ligera sucesión de sus zancadas briosas y la alegría con que su voz entonaba una cadencia rural:

Con la rosa y el lirio
y el narciso,
van a esquilarse los mozos y las mozas.

El solitario sendero que estaba recorriendo comunicaba una de las aldeas de la parroquia de Mellstock con Upper Mellstock y Lewgate, y a sus ojos, tranquilamente vueltos a las alturas, los tallos negros y plateados de los abedules, con sus característicos péndulos, las ramas gris pálido del haya y la corteza oscura y estriada del olmo se veían en ese momento como contornos negros y planos delineados sobre un cielo en el que el vehemente parpadeo de las estrellas parecía el aleteo de unas alas. En el interior de aquella senda nemorosa, en un plano algo más bajo que el horizonte, todo era oscuro como una sepultura. La vegetación que flanqueaba esta enramada componía un tupido tapiz de ramas

entrelazadas incluso en aquella estación del año, cuando el viento del noreste soplabla en el canal sin apenas interrupción de brisas laterales.

En la salida del bosque, y ya llegando a Mellstock Cross, la superficie blanca del sendero se perfilaba entre los setos oscuros como una cinta con los bordes recortados por la acumulación temporal de las hojas que se extendían desde ambos lados de la cuneta.

La canción, interrumpida en muchas ocasiones por pensamientos pasajeros que ocupaban el lugar de varios compases, y reanudada en el punto al que habría llegado de no haberse roto su continuidad, se frenó entonces más palpablemente al oírse un «E-ooooo» que venía del cruce del camino de Lower Mellstock, a la derecha del cantor que acababa de salir de entre los árboles.

—E-ooooo —respondió, deteniéndose y mirando a su alrededor, aunque sin idea de ver nada más que una representación imaginaria.

—¿Eres tú, chico? ¿Dick Dewy? —oyó en la oscuridad—. ¡Soy yo, Michael Mail! ¿Por qué no esperas entonces a estos amigos a los que tan bien conoces y que van también a casa de tu padre, pues ahí vamos?

Dick Dewy volvió la cabeza y reanudó su melodía con un silbido suave, dando a entender que la ocupación de sus labios no podía interrumpirse así como así por la grata emoción de la amistad.

Ahora que se encontraba en una zona más abierta, su perfil surgió contra el fondo claro del cielo como el retrato de un caballero sobre un cartón negro. Cobró la forma de un sombrero de copa baja, una nariz corriente, un mentón corriente, un cuello corriente y unos hombros corrientes. Lo que tuviera más abajo era invisible, por falta de cielo suficiente para dibujarlo.

Se oyó entonces el correteo de más de un par de pasos titubeantes y entrecortados que subían la cuesta, y un momento después, por separado, de las sombras surgieron cinco hombres de distintas edades y modos de andar, todos trabajadores y vecinos de la parroquia de Mellstock. También ellos perdieron redondez con la luz del día, y avanzaban recortados contra el cielo como una procesión de siluetas planas que evocaba el motivo de una vasija griega o etrusca. Eran los integrantes del grueso del coro parroquial de Mellstock.

El primero era un hombre encorvado y doblado que llevaba un violín debajo del brazo y andaba como absorto en el estudio de algún asunto relacionado con la superficie del camino. Se trataba de Michael Mail, el hombre que había llamado a voces a Dick.

El siguiente era el señor Robert Penny, zapatero de oficio, un hombrecillo

que, aunque bastante cargado de hombros, caminaba como si no se diera cuenta de lo que hacía, con la espalda muy hundida y la cara vuelta al cuadrante nordeste del cielo que tenía delante, de manera que lo primero que asomó de su figura fueron los botones inferiores del chaleco, y luego el resto. Sus facciones no se veían pero, cuando por fin dirigió una mirada alrededor, dos tenues lunas de luz brillaron un instante en los contornos de sus ojos, revelando que llevaba unas lentes redondas.

El tercero era Elias Spinks, que andaba en diagonal y con aire histriónico. La cuarta silueta correspondía a Joseph Bowman, que no presentaba en ese momento más que la apariencia ordinaria de un ser humano. En último lugar venía un muchacho endeble como un listón, trotando y tropezando, con un hombro adelantado, la cabeza ladeada a la izquierda y los brazos sacudidos por el viento como las mangas de un pelele. Era Thomas Leaf.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Dick a la variopinta congregación.

El mayor del grupo, Michael Mail, carraspeó desde un profundo abismo.

—Les hemos dicho que vinieran más tarde, pensando que por ahora no los necesitamos; hasta que hayamos elegido las canciones y demás.

—El padre y el abuelo William os esperaban un poco antes. Vengo de echar una carrera alrededor de Eawealease Stile y Hollow Hill para calentarme los pies.

—¡Seguro que tu padre nos está esperando! Para probar esa barrica sin comparación que piensa abrir.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡No tenía noticia! —dijo el señor Penny. Y los cristales de sus lentes emitieron destellos de placer mientras Dick entonaba entre paréntesis:

—«Los mozos y las mozas van a esquilar.»

—Vecinos, hay tiempo de sobra para hartarnos de beber antes de irnos a la cama —dijo Mail.

—Cierto... cierto. ¡Tiempo de sobra para beber como señores! —contestó alegremente Bowman.

Convencidos de esta opinión, siguieron adelante entre los setos salpicados de árboles, levantando de vez en cuando con la punta del pie los montones de hojas caídas. Pronto vieron indicios de luz en las pocas casas que formaban la aldea de Upper Mellstock, adonde se dirigían, a la vez que, flotando en la brisa, llegaba a sus oídos el leve rumor de las campanas de la iglesia de las parroquias de Longpuddle y Weatherbury, al otro lado de los cerros. Cruzaron la cancela del

jardín y siguieron el sendero hasta la casa de Dick.

CAPÍTULO II

LA CASA DEL BUHONERO

Era una casa alargada y baja, con techumbre vegetal a dos aguas, tragaluces abiertos en las vertientes y tres chimeneas: una en el centro del caballete y otras dos en cada extremo. Aún no habían cerrado los postigos, y la luz del fuego y de las velas que ardían en el interior irradiaba sobre los densos macizos de boj y durillo del jardín, y sobre las ramas desnudas de varios manzanos tendidas más arriba, con diversas deformaciones que eran la consecuencia de haberlos guiado en su juventud como espalderas y haber trepado despreocupadamente por sus ramas en años posteriores. La fachada de la vivienda estaba en su mayor parte cubierta de enredaderas bastante maltratadas alrededor de la puerta, tan gastada y arañada por el trasiego de entradas y salidas que de día tenía el aspecto del ojo de una cerradura vieja. La luz se filtraba entre las grietas y las juntas de algunos cobertizos algo apartados de la casa, y la escena alimentaba la fantasía de que el propósito de su construcción había sido el de ocultar llamativos encantos antes que cobijar utensilios antiestéticos. De ahí llegaban periódicamente los golpes de una maza contra cuñas y astillas de madera, y, algo más lejos, una masticación continua y regular, acompañada de vez en cuando por el crujido de una cuerda, anunciaba la presencia de un establo donde estaban comiendo los caballos.

Los miembros del coro pisotearon varias veces el escalón para sacudirse el barro y las hojas de los zapatos antes de entrar y examinar la situación de un vistazo. A mano derecha, por la puerta abierta de un cuarto interior que cumplía funciones de despensa y bodega, se veía al padre de Dick Dewy, Reuben, buhonero por vocación o carretero ocasional. Era un hombre fornido y rubicundo que rondaba los cuarenta años y miraba a la gente de arriba abajo cuando la veía por primera vez, mientras que sonreía generalmente con la mirada puesta en el horizonte o en algún otro punto lejano cuando hablaba con los amigos; andaba

con un continuo balanceo y las puntas de los pies vueltas hacia fuera. En ese momento estaba inclinado sobre un barril que tenía en la despensa, montado en un caballete para acoplarle la espita, y no se molestó en volver o levantar la vista cuando entraron sus visitantes, pues reconoció por sus pasos que eran los viejos compañeros a los que esperaba.

La sala principal, a la izquierda, estaba decorada con ramilletes de acebo y otras plantas de hoja perenne, y del centro de la viga que dividía el techo colgaban ramas de muérdago de un tamaño desproporcionado en aquel espacio, tan grandes que una persona adulta tenía que rodearlas para pasar o correr el riesgo de enredarse el pelo. En la casa se encontraban la señora Dewy, la mujer del buhonero, y sus cuatro hijos pequeños: Susan, Jim, Bessy y Charley, uniforme aunque ampliamente escalonados entre los dieciséis y los cuatro años. Un intervalo casi igual separaba a la mayor de la serie de Dick, el primogénito.

Por lo visto, algo había causado una inmensa pena en Charley justo antes de la llegada del coro, y el pequeño estaba distraído con un espejito que tenía delante de la cara, estudiando el aspecto que cobraba un rostro humano atrapado en el llanto y deteniéndose a examinar los diversos puntos que más destacaban con cada gemido, con el fin de apreciar a conciencia el efecto general. Bessy estaba apoyada en una silla, observando las tablas de la falda de su vestido de cuadros escoceses, plisadas en la cintura, para apreciar el dibujo original en la tela desvaída, con un gesto compungido porque sus colores hubieran sobrepasado el rango de lo visible. La señora Dewy estaba sentada en un banco de madera arrimado al radiante fuego de leña: tan radiante que, con los labios inconscientemente apretados, se levantaba de vez en cuando y tocaba con la mano las piezas de tocino y jamón colgadas de la chimenea, para asegurarse de que no se estaban chamuscando en lugar de ahumando, pues en más de una ocasión había ocurrido esta desgracia en la época de Navidad.

—Hola, hijos míos. ¡Ya estáis aquí! —dijo por fin Reuben Dewy, incorporándose y soltando una vehemente bocanada de aliento—. ¡Hay que ver cómo se sube la sangre a la cabeza cuando se agacha uno! Ya estaba a punto de asomarme a la cancela a ver si veníais. —Dicho esto, empezó a enrollar una tira de papel marrón alrededor de la espita de bronce que tenía en la mano—. Aquí en este barril hay sidra de la buena —dijo, dando unos golpecitos al barril—. Un buen reconstituyente hecho con las mejores manzanas: Sansom, Stubbard, Five-corner y demás. De la que a ti te gusta, Michael. —Michael asintió—. Y unas pocas de las que crecen en el huerto al pie de las vallas, de esas veteadas. Las llamamos manzanas de valla, porque crecen pegadas a las vallas y no sabemos

cómo se llaman. Su sidra rebajada con agua es tan buena como la mejor sidra de la mayoría.

—Sí. Y se prepara igual —dijo Bowman—. «Es que estaba lloviendo cuando la estrujamos, y le entró agua», dice la gente. Pero eso no es más que una excusa. La sidra aguada está demasiado a la orden del día.

—Sí, sí, demasiado a la orden del día —asintió Spinks, suspirando por dentro, mientras sus ojos parecían analizar el caso en abstracto más que fijarse en la escena que veía—. Es tan mala que te pone la garganta tristísima... ¡Qué vergüenza llamar a eso estimulante!

—Venid, venid y acercaos al fuego. No os preocupéis por los zapatos —dijo la señora Dewy, viendo que todos menos Dick se habían limpiado en la alfombrilla de la puerta—. Me alegra que hayáis venido por fin. Y tú, Susan, anda a casa de Grammer Kaytes a ver si puede prestarte unas velas más grandes que estas de treinta gramos. Tommy Leaf, no tengas miedo. Siéntate aquí en el banco.

Esto iba dirigido al joven ya mencionado, que era esencialmente un manojito de huesos vestido con un sayo, muy torpe en sus movimientos y, por haber crecido al parecer demasiado deprisa, sin tiempo de acostumbrarse a su estatura, más alto de lo normal.

—Ah, ah, sí —dijo Leaf, dejando que los labios prolongaran su sonrisa un rato después de que el cerebro la hubiera dado por terminada, de tal modo que los dientes seguían a la vista y eran lo más llamativo de su cuerpo.

—Usted, señor Penny —añadió la señora Dewy—, siéntese en esta silla. ¿Cómo está su hija, la señora Brownjohn?

—Bueno, supongo que tengo que decir que está bastante bien. —Se ajustó las lentes medio centímetro a la derecha—. Aunque creo que empeorará antes de mejorar.

—¡No me diga! Pobrecilla. Y ¿cuántos son ya en total: cuatro o cinco?

—Cinco, y han enterrado a tres. ¡Sí, cinco! Y eso que es poco más que una muchacha. Se sabe la tabla de multiplicar de carrerilla. Pero, en fin, así tenía que ser, y eso es innegable.

La señora Dewy se olvidó del señor Penny.

—¿Dónde estará tu abuelo James? —le preguntó a uno de los niños—. Dijo que pasaría por aquí esta noche.

—Está en la leñera con el abuelo William —contestó Jimmy.

—Bueno, a ver qué podemos hacer —se oyó decir entonces al buhonero, en

privado, al barril del que había vuelto a ocuparse, mientras se agachaba para cortar el corcho.

—Reuben, no armes tanto lío para poner la espita a ese barril, porque en esta casa eso se ha hecho toda la vida —le gritó la señora Dewy desde la chimenea—. Yo habría puesto cien espitas en lo que tú estás tardando en poner una. No sé yo si tienes maña para escanciar. Siempre ha sido muy torpe para las cosas de casa.

—Sí, sí. Ya sé que tú habrías puesto cien espitas de maravilla, Ann. Ya lo sé. Y hasta doscientas. Pero no te prometo nada. Este barril es viejo y la madera de alrededor del agujero está podrida. Fue Sam Lawson, ese hijo de mala madre... ahora que el pobre está muerto ya puedo llamarlo así... el que me enredó en la hazaña de comprar este barril. «Reub —me dijo—, ese barril está como nuevo; sí, como nuevo. Es una barrica de vino. El mejor oporto de la Commonwealth ha estado dentro de ese barril, y por diez chelines puede ser tuyo, Reub.» Eso me dijo. «Vale veinte, hasta veinticinco, como poco, y con que le pongas unos aros de hierro entre las duelas, cualquiera te dará treinta chelines por él si...»

—Yo habría usado estos ojos que Dios me ha dado antes de pagar diez chelines por un barril de pega. Hasta el santo es pecador y no se deja estafar. Pero parece que a los de tu familia os las dan con queso.

—Eso es tan cierto como el Evangelio en el caso de este miembro —reconoció Reuben.

La señora Dewy ya había empezado a sonreír por la respuesta, pero cambió el gesto de los labios, volvió a recogerlos sin llegar a esbozar la sonrisa y se puso a alisar el pelo de la pequeña Bessy. Mientras tanto, el buhonero se olvidó de la conversación y se concentró en cortar y preparar más tiras de papel para acoplar la espita.

—¡Quién puede fiarse de los vendedores! —dijo Michael Mail, con calculada cautela y ánimo de zanjar la discordia.

—Nadie en absoluto —asintió Joseph Bowman, en el tono de un hombre que coincide plenamente con todo el mundo.

—Bueno —añadió Mail, como quien por norma general no coincide con todo el mundo, aunque en este caso lo hiciera—, una vez conocí a un subastador que era un hombre bien simpático. Era un día de mucho calor que iba yo por la calle principal de Casterbridge, y estaba pasando justo por delante de Las Armas del Rey cuando vi una ventana abierta y al subastador subido en un banco y vendiendo. Lo saludé amablemente al pasar, seguí mi camino y no volví a

acordarme de él. Al día siguiente, me estaba engrasando las botas en la puerta de la leñera cuando me traen una carta con una factura por un colchón, una almohada y varios almohadones por los que había pujado en la subasta del señor Taylor. El muy ladino me los había endilgado porque lo saludé amistosamente, como es mi costumbre, y tuve que pagarlos. Creo que fue muy parecido a lo que le pasó a Reuben.

—Muy parecido... sin duda —fue la opinión general.

—Parecidísimo —dijo Reuben en la retaguardia—. Y Sam Lawson, el pobrecillo ahora está muerto y enterrado... Os aseguro que no me he pasado una hora haciendo aros para este barril, sino cincuenta, de la primera a la última. Este es uno de mis aros. —Lo tocó con el codo—. Y ese también es mío, y ese, y ese, y todos estos.

—¡Qué buen hombre era Sam! —dijo el señor Penny, con aire pensativo.

—Lo era —dijo Bowman.

—Sobre todo para echar un trago —dijo el buhonero.

—Bueno... aunque no bueno en el sentido religioso —añadió el señor Penny. El buhonero asintió. Por fin había terminado con el grifo y el agujero.

—Trae una jarra, Suze —le pidió a su hija—. ¡Hemos tenido suerte, muchachos!

Clavó la espita, y al momento salió un chorro de sidra horizontal que le mojó las manos, las rodillas y los pantalones y fue a dar en los ojos y el cuello de Charley, que, bajo la influencia de acontecimientos más interesantes, se había olvidado temporalmente de su pena y estaba agachado y parpadeando cerca de su padre.

—¡Ya estamos otra vez! —protestó la señora Dewy.

—¡Al diablo el agujero, el barril y Sam Lawson, por desperdiciar una sidra tan buena! —maldijo el buhonero—. El pulgar, préstame tu pulgar, Michael. ¡Ponlo aquí! Tengo que hacer una espita más grande, hijos míos.

—¿Hace frío dentro del agujero? —le preguntó Charley a Michael, que estaba inclinado, taponando el agujero de corcho con el pulgar.

—¡Hay que ver las ocurrencias que tiene este chico! —exclamó a lo lejos la señora Dewy, con pasmo—. Me apuesto a que piensa más en lo que hay dentro de ese barril que en ninguna otra cosa del mundo entero.

Todos los presentes respondieron con un elocuente gesto de admiración por la inteligencia a la que se aludía, y en estas apareció de nuevo Reuben. La operación se concluyó por fin satisfactoriamente, y Michael se incorporó

entonces, levantando la cabeza hasta alcanzar toda la altura que le permitía su cuerpo para enderezar la espalda y los hombros, a la vez que estiraba los brazos y hacía una mueca que convirtió su cara en un amasijo de arrugas, para señalar lo mucho que se alegraba. Llevaron a la mesa uno o dos litros de sidra, y todos los recién llegados volvieron a sentarse con las piernas separadas, buscando meditativamente en la madera de la mesa una mancha o un nudo en los que precipitar la mirada.

—¿Que estará haciendo padre en la leñera que tarda tanto? —preguntó el buhonero—. Nunca ha habido un hombre como él para dos cosas: hacer leña con madera de manzano y tocar el violonchelo. Se ha pasado la vida entre lo uno y lo otro. —Se acercó a la puerta y la abrió—. ¡Padre!

—¡Sí! —sonó una vocecilla al otro lado de la esquina.

—El barril está listo y te estamos esperando.

La secuencia de ruidos sordos que llevaban oyéndose un rato se interrumpió por fin, y, después de que la luz de un candil pasara por delante de la ventana, formando un remolino de rayos en el techo de la sala de estar, apareció el mayor de la familia Dewy.

CAPÍTULO III

EL CORO REUNIDO

A pesar de que William Dewy, es decir, el abuelo William, tenía alrededor de los setenta, una ardiente vitalidad seguía conservando sus rasgos cálidos y curtidos como los de una manzana de secano madura por el lado donde le da el sol, mientras que una franja estrecha de la frente, la que quedaba protegida de los elementos por encima de la línea del ala del sombrero, parecía la de un hombre de ciudad, tan refinada era en su blancura. Era un hombre de carácter afable, con sentido del humor —no exento de una frecuente melancolía— e inquebrantable fe religiosa. Sus vecinos, sin embargo, no veían en él ningún carácter en particular. Si lo veían pasar por delante de la ventana cuando estaban descorchando una botella de hidromiel, o cuando alguien acababa de decirles que eran hombres astutos y capaces de conseguir lo que se propusieran, pensaban de él: «¡Ah, ahí va ese hombre de buen corazón, cándido como un niño!». Si lo veían justo después de haber perdido un penique o media corona, o haber roto sin querer una pieza de loza, pensaban: «Ahí va otra vez el pobre bobo de Dewy. ¡No ha hecho gran cosa en la vida!». Si pasaba por allí cuando la fortuna ni sonreía ni contrariaba a sus vecinos, simplemente decían: «Ahí va el viejo William Dewy».

—¡Ah, ya estáis aquí! Hola, Michael, y Joseph y John y ¡tú también, Leaf! ¡Feliz Navidad a todos! Por lo que me ha costado cortar esas ramas, me parece que vamos a tener buena leña para el fuego, Reub. —Soltó una brazada de leña, que cayó retumbando en un rincón de la chimenea, y los miró con el punto de admirada enemistad con que habría obsequiado a un ser vivo empeñado en salirse con la suya—. Entra, abuelo James.

James, el abuelo materno, venía simplemente de visita. Vivía solo, y muchos lo tenían por un tacaño; otros, por un dejado. Salió de detrás del abuelo William,

y su cuerpo encorvado compuso una estampa bien iluminada al acercarse a la chimenea. Era albañil de oficio, y llevaba un mandil largo, casi hasta los pies, con bombachos de pana y polainas, todo ello, lo mismo que las botas, de distintos tonos de marrón blancuzco, por el continuo roce con la piedra y la cal. Vestía también una chaqueta de fustán muy tiesa, con pliegues en los codos y los hombros idénticos a un fuelle: las crestas y los salientes de la prenda tenían en conjunto un color distinto del de las oquedades, forradas de pequeños montículos de piedras y polvo de argamasa, como zanjas. Los enormes bolsillos laterales, escondidos debajo de las amplias solapas, sobresalían tanto vacíos como llenos; y, como normalmente lo contrataban para trabajar lejos de casa —desayunaba y comía en el rincón de una chimenea, al pie de la tapia de un jardín, sentado en un montón de piedras o durante el camino—, llevaba en los bolsillos una latita de mantequilla, una latita de azúcar y una latita de té; además de un paquetito de sal y un paquetito de pimienta: el pan, el queso y la carne, que eran sus principales alimentos, se los echaba a la espalda, en un cesto, entre las mazas y los cinceles. Si un transeúnte lo miraba cuando estaba sacando sus viandas, el abuelo James respondía con una sonrisa frugal y decía: «Mi despensa».

—¿Os parece que ensayemos el setenta y ocho antes de salir? —preguntó William, señalando un montón de libros de villancicos que había en una mesita.

—Con mucho gusto —fue la respuesta general.

—El setenta y ocho es un rompecabezas. Sigo intentando aprenderlo desde que era un chaval.

—Pero la melodía es muy bonita, y vale la pena ponerle empeño —dijo Michael.

—Lo es, aunque a veces me desquicia tanto que hasta me atasco y lloro en algún pasaje. Pero es un villancico magnífico, eso es innegable.

—La primera frase es sencilla —dijo el señor Spinks—, pero cuando llegas al «Oh, tú hombre», te haces un lío.

—Vamos a intentarlo una vez más, a ver si conseguimos que nos salga el *martellato*. Os prometo que en media hora lo habremos vencido.

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó el señor Penny, interrumpiendo la conversación con un destello de sus lentes, mientras hurgaba en las profundidades de un bolso—. ¡Si no hubiera sido un chaval tan atolondrado, no me habría olvidado de dejar esta bota en el colegio de camino aquí! De verdad os digo que no sé qué me pasa.

—¡El cerebro tiene sus flaquezas! —murmuró el señor Spinks, moviendo la

cabeza ominosamente. Al señor Spinks lo tenían por un erudito, porque había ido a clases nocturnas y siempre hablaba con fundamento.

—En fin —añadió el señor Penny—. Tendré que llevarla mañana a primera hora. Y voy a sacar del bolso también esta horma, si no le molesta, señora Dewy. —Por fin sacó la horma y la dejó encima de la mesa, al lado de un codo. Tres o cuatro pares de ojos lo siguieron—. Bueno —dijo, consciente de que el interés que había suscitado la horma era mayor de lo que imaginaba y eso le permitía cogerla de nuevo y exhibirla—. ¿Para qué pie diríais que se hizo esta horma? Se hizo para el padre de Geoffrey Day, el del bosque de Yalbury. ¡La de pares de botas que se han hecho con esta horma! Bueno, pues, cuando murió, utilicé la horma para Geoffrey, y desde entonces le hago las botas con ella, aunque tuve que adaptarla un poco. Y ahora es una horma de lo más rara, creo yo —dijo, dándole la vuelta sin cuidado—. ¿Veis eso de ahí? —señaló un bulto de cuero, clavado en la puntera—: es de un juanete enorme que tiene desde chico. Este remiendo grande —añadió, señalando un parche claveteado a un lado— es de un accidente que tuvo cuando le pisó un caballo. Le dejó el pie casi hecho papilla. La herradura se clavó justo donde estáis viendo. Por eso acabo de pasar por casa de Geoffrey, para ver si quería que, en el nuevo par que le estoy haciendo, cambiase el juanete o lo hiciera más grande.

Mientras pronunciaba la última parte de este discurso, la mano izquierda del señor Penny se acercó a la jarra de sidra como si no estuviera unida a la persona que hablaba, y el zapatero terminó bruscamente la frase cuando el borde circular del recipiente le ocultó toda la cara menos el margen.

—El caso es que —añadió, dejando la jarra—, como os iba diciendo, tenía que haber pasado por el colegio —y volvió a rebuscar en las profundidades del bolso— a dejar esto sin falta, aunque supongo que iré mañana a primera hora.

Esta vez sacó una bota pequeña, ligera y bonita, cuyo tacón había estado reparando, y la dejó en la mesa.

—¿Es de la nueva maestra?

—Pues sí: nada menos. La señorita Fancy Day. Guapa como ella sola, y en edad de casarse todavía.

—¿No será Fancy hija de Geoffrey? —preguntó Bowman, mientras todas las miradas convergían en la bota como los radios de una rueda.

—Sí —dijo el zapatero, contemplando la bota como si hablara solo para ella—. Es la nueva maestra. ¿No sabíais que su hija era maestra?

—Pues ya es raro que se quede aquí a pasar la Nochebuena, señor Penny.

—Sí, pero creo que aquí está.

—¡Yo sé por qué está aquí, yo lo sé! —canturreó uno de los niños.

—¿Por qué? —preguntó Dick, con sutil interés.

—El párroco Maybold tenía miedo de no poder hacerse con nosotros mañana en la comida, y dijo que iba a pedirle a la maestra que viniera a ayudarlo con los platos, para asegurarse de que no nos portáramos como cerdos... Por eso se ha quedado.

—Y esa —continuó el zapatero, echándole imaginación— es la bota con la que entrará en la iglesia mañana por la mañana. No me importa remendar botas que no he hecho yo, aunque a saber adónde puede llevarme eso... Y su padre siempre me hace encargos.

Ahí, entre la jarra de sidra y la vela, se encontraba el interesante receptáculo del pie desconocido, y bien bonita que era la bota. En realidad daba cuenta de una personalidad —con su curva flexible en la planta y la punta bien redondeaba para alojar los dedos, libre ya de arañazos de correteos alocados— reveladoramente replicada en el cuero: hablaba de una naturaleza y una tendencia. Dick la examinó con la delicada sensación de que no tenía derecho a contemplarla sin haber pedido antes permiso a su dueña.

—En fin, vecinos, aunque un ojo corriente no lo aprecia —prosiguió el zapatero—, un hombre del oficio puede ver las semejanzas entre esta bota y esta horma, aunque la horma está tan deformada que ya no recuerda a ninguna criatura de Dios, y os digo yo que es una bota tan bonita como el mejor par que se pueda comprar en Casterbridge por dieciséis peniques. A vosotros no os dice nada, pero el pie de este padre y el pie de esta hija para mí son clarísimos.

—No niego que haya un parecido, maese Penny, un leve parecido, un parecido fantástico —dijo Spinks—. Aunque quizá no tengo suficiente imaginación para apreciarlo.

El señor Penny se ajustó las lentes.

—Os voy a contar lo que me pasó una vez con esto mismo. Tú conocías a Johnson, el lechero, ¿verdad William?

—Claro que sí.

—Bueno, no fue delante de su casa, sino un poco más abajo, al lado de su prado, en frente de Parkmaze Pool. Iba yo cruzando, hacia Bloom's End, y resulta que acababan de sacar de la charca a un hombre muerto: se había desnudado para darse un chapuzón, pero debió de calcular mal la profundidad y se dio un golpe en la cabeza. Los hombres lo miraron; las mujeres lo miraron;

los niños lo miraron: nadie sabía quién era. Lo habían cubierto con una sábana, pero le vi el pie, que asomaba por debajo cuando se lo llevaban. «No sé por qué nombre se conocía a ese hombre —dije yo, a mi manera—, pero es el hermano de John Woodward: juro que tiene el pie de la familia.» En ese momento aparece John Woodward, llorando desconsoladamente: «He perdido a mi hermano. ¡He perdido a mi hermano!».

—¡Hay que ver! —dijo la señora Dewy.

—Eso es mucho saber de pies —señaló el señor Spinks—. Eso es ser muy listo en cuestión de pies, ¡ya lo creo! Yo sé poco. La verdad es que no puedo decir otra cosa, pero enseñadme el pie de un hombre y os diré cómo es su corazón.

—Para eso tienes que ser más inteligente que la humanidad en general —dijo el buhonero.

—Bueno, eso no me corresponde decirlo a mí —contestó el señor Spinks—. Un hombre vive y aprende. En mis tiempos leí unas cuantas páginas. No os vayáis a creer que quiero darme aires, pero puede que sí lo sea.

—Sí, yo lo sé —dijo Michael para tranquilizarlo—. Toda la parroquia sabe que leíste un poco de casi todo y has sabido enseñar mucho a los cerebros jóvenes. El conocimiento es una buena cosa, y tú lo tienes, maese Spinks.

—No presumo, aunque es cierto que he leído y pensado un poco, y sé, puede que porque he reflexionado mucho, aunque no presumo, que cuando la cabeza de un hombre termina de formarse, pronto le llega la hora de marcharse a la tumba. Tengo más de cuarenta y cinco años. —El señor Spinks dirigió una mirada para señalar que, si su cabeza no estaba terminada de formarse, no lo estaba la de nadie.

—¡Conocer a la gente por los pies! —dijo Reuben—. En ese caso, hijos míos, podéis llamarme idiota, porque a veces no sé decir lo que es un hombre ni con todos sus miembros juntos.

—Aun así, el físico es importante —observó el abuelo William con aire ausente, inclinando la cabeza hasta que sus ojos quedaron en línea recta con la punta de la nariz del abuelo James y con la boca de la caverna en miniatura que estaba viendo en el fuego—. Por cierto —añadió, con una voz más animada y levantando la vista—, esa jovencita, la maestra, ¿va a cantar esta noche con nosotros? Si tiene tan buen oído como cara, las pasaremos canutas para ponernos a su altura.

—¿Qué le pasa a su cara? —preguntó Dick Dewy.

—Bueno, la verdad es que a esa cara no se le puede poner ninguna pega — dijo el señor Spinks—. Es una cara bien sonrosada, hay que reconocerlo. Aunque al fin y al cabo no sea más que una cara.

—Venga, venga, Elias Spinks. Di que es una chica guapa y no le des más vueltas —contestó el buhonero, preparándose para hacer otra visita al barril de sidra.

CAPÍTULO IV

DE RONDA

Poco después de las diez, cuando los niños cantores llegaron a casa del buhonero, que era siempre el centro de reunión, el grupo se preparó para ponerse en marcha. Los músicos y los hombres mayores llevaban chaquetas gruesas, con el cuello tieso y levantado, y pañuelos de colores anudados con varias vueltas hasta que solo se veía la punta; por encima de los pañuelos únicamente se les veían las orejas y la nariz, como si estuvieran asomados a una tapia. Los demás, chicos y hombres fornidos y rubicundos, vestían casi todos sayos blancos, con adornos en forma de corazones, rombos y zigzags bordados en el pecho y los hombros. Vaciaron la jarra de sidra por novena vez, ordenaron las partituras y por fin escogieron las piezas. Los chicos, mientras tanto, prepararon los antiguos farolillos de asta, cortaron las velas en cabos pequeños, para meterlos en los faroles, y, como a última hora de la tarde había caído un manto de nieve, fina como un vellón de lana, los que no tenían polainas se fueron al establo a meterse mechones de heno en los tobillos para que los insidiosos copos no les entraran en las botas.

La parroquia de Mellstock abarcaba una extensión considerable, y las aldeas que la componían estaban mucho más alejadas de lo normal unas de otras. Por eso tardaban varias horas en tocar y cantar en casa de cada familia, aunque no ofrecieran más que un villancico a cada una. Lower Mellstock era el pueblo principal, y a casi medio kilómetro de allí se encontraban la iglesia, la casa parroquial y un puñado de casas, en un rincón ahora bastante solitario, aunque en el siglo anterior hubiera sido la zona más poblada de la parroquia. A casi tres kilómetros al norte quedaba la aldea de Upper Mellstock, donde vivía el buhonero; y en otros puntos de los alrededores había unos cuantos caseríos, además de granjas y lecherías apartadas.

El abuelo William Dewy hacía la parte del bajo con el violonchelo; su nieto Dick, la del tiple con el violín; y Reuben y Michael Mail eran tenor y segundo violín respectivamente. Los cantantes eran cuatro hombres y siete chicos, en quienes recaía la tarea de llevar y cuidar los faroles además de sostener las partituras para los músicos.

En cuanto empezaba a hablarse de música, el abuelo William se ponía instintivamente al frente del grupo.

—Recordadlo bien, vecinos —dijo, mientras sostenía la puerta por la que iban saliendo de uno en uno, observándolos con ojo crítico, como el pastor que cuenta sus ovejas—. Vosotros dos, contraltos, atentos a la digitación de Michael, y no os vayáis al tiple con Dick como hicisteis el año pasado. Recordadlo sobre todo cuando estemos en «Levántate y saluda». Billy Chimlen, tú no cantes como un loco de atar, que ya sé que te gusta; y todos, pase lo que pase, no arrastréis los pies cuando crucemos las cancelas de la gente: entrad sin hacer ruido, para sorprenderlos desprevenidos, como espíritus.

—¿Primero el hacendado Ledlow?

—Primero el hacendado Ledlow; los demás como siempre.

—Y tú, Voss —ordenó terminantemente el buhonero—, quédate aquí en casa hasta eso de las dos y media. A esa hora, calienta el hidromiel y la sidra en el anafre que está encima del fogón y tráelo con las vituallas a la trampilla de la iglesia, como ya sabes.

Antes de que el reloj diera las doce, encendieron los faroles y se pusieron en marcha. La luna, en cuarto creciente, había salido después de la nevada, pero la densa acumulación de nubes reducía su brillo a un tenue resplandor más presente en el paisaje que apreciable en el cielo. La brisa había amainado, y el rumor de sus pisadas y sus voces rebotaba a su paso, como una señal de alerta, en los postes, las cercas de piedra y los antiguos muros, aunque la distancia con la fuente del eco fuera de apenas unos metros. Aparte de estos ruidos leves no se oía nada más que algún aullido de los zorros en la zona del bosque de Yalbury o el murmullo ocasional de la hierba cuando un conejo se apartaba de su camino.

A eso de las dos habían visitado la mayor parte de las casas y aldeas. Atravesaron luego las inmediaciones de una finca arbolada en dirección al pueblo principal, pero no había nadie en la casa solariega. Como no iban por caminos conocidos, tenían que andar con mucho cuidado de esquivar las ramas bajas de los tilos, que en muchas partes formaban una densa maraña de ramas.

—Los tiempos han cambiado y ya no son como antes —dijo Mail, contemplando con la imaginación nadie sabía qué interesantes panoramas antiguos, y con la vista posada en el suelo, por ser un punto tan conveniente como cualquier otro—. La gente ya no nos hace mucho caso. He estado pensando que puede que seamos casi los últimos músicos de cuerda que quedan en el condado. Los organillos y esos chismes parecidos que se soplan con el pie se han extendido por todas partes en los últimos años.

—¡Sí! —asintió Bowman, moviendo la cabeza con pesar; y el abuelo William, al verlo, hizo lo mismo.

—Es una lástima —dijo otro—. ¡Qué tiempos aquellos, felices y hoy olvidados, en que nadie tenía noticia de esta plaga! Aunque a algunos coros les ha estado bien empleado. Tenían que haber seguido con las cuerdas, como nosotros; guardar los clarinetes y olvidarse de los serpentones. Yo digo que para prosperar en la religión musical hay que ser fiel a las cuerdas.

—Las cuerdas ya se sabe que elevan el alma a lo más alto —dijo el señor Spinks.

—Aunque hay cosas peores que los serpentones —dijo Michael Mail—. Unas Navidades, hace años ya, años, fui de ronda con el coro de Weatherbury. Era una noche gélida, y las llaves de los clarinetes se congelaron. Sí, ¡se congelaron! Así que, cada vez que se abría una llave, era como sacar un corcho, y los músicos tuvieron que meterse de vez en cuando en el rincón de la chimenea de uno que cavaba zanjas y levantaba cercas, para derretir el hielo. Del extremo de cada clarinete colgaba un carámbano de un palmo de largo, y los dedos... Bueno, aunque no os lo creáis, ni los notábamos.

—Me acuerdo muy bien —dijo el señor Penny— de lo que le dije al pobre Joseph Ryme, que hizo la parte del tiple en la iglesia de Chalk-Newton cuarenta y dos años seguidos, cuando se les ocurrió meter clarinetes. «Joseph —le dije—, piensa que, si dejáis que vengan a pitar con los clarinetes, os cargáis la actuación. Los clarinetes no se hicieron para servir al Señor, eso se sabe con solo mirarlos —le dije—. Y ¿para qué han servido?» Bueno, pues dos años después de lo que os cuento el cura encargó un organillo por su cuenta y riesgo. Y ¡se acabó el coro de toda la vida!

—Yo no veo, a juzgar por el aspecto, que un violín esté mucho más cerca del cielo que un clarinete —contestó el buhonero—. Incluso está más lejos. Un violín siempre ha tenido unas formas algo pícaras. Hasta podría decirse que es obra del Maligno, mientras que se supone que los ángeles del cielo tocan clarinetes, o algo por el estilo, si nos creemos a los pintores.

—Lo que dices es cierto, Robert Penny —terció el abuelo Dewy—. Tendrían que haber sido fieles a las cuerdas. Los de los metales son perros rabiosos, de acuerdo; los de la lengüeta te sacan de quicio, de acuerdo; los del tambor te revuelven las tripas como nada, de acuerdo también. Pero, y me trae sin cuidado quién me oiga, nadie le habla a tu corazón con la dulzura del violinista.

—¡Vivan las cuerdas! —dijo el pequeño Jimmy.

—Las cuerdas solas podrían haber resistido frente a todos los inventos de la creación —sentenció el abuelo William.

—Cierto, cierto —dijo Bowman.

—Pero los clarinetes han sido el fin —siguió diciendo el abuelo William.

—Han sido el fin —asintió el señor Penny.

—Y los armonios —añadió el abuelo, levantando la voz y enardecándose al verse respaldado—, los armonios y los organillos...

—¡Bah! —refunfuñó Spinks.

—Son miserables. No sé cómo llamarlos... Miserables.

—Pecadores —sugirió Jimmy, que iba andando a grandes zancadas, como los hombres, en lugar de rezagarse con los demás chicos.

—¡Miserables abejorros!

—Es verdad, William. ¡Eso es lo que son! ¡Miserables abejorros! —exclamó el coro al unísono.

Para entonces se acercaban a una verja en dirección a la escuela,alzada sobre un pequeño promontorio en el cruce de tres caminos, aunque en aquel momento no era más que una silueta oscura y plana vagamente recortada contra el cielo. Afinaron una vez más los instrumentos y entraron todos en el recinto escolar, encarecidos por el abuelo William a no apartarse de la hierba.

—El número setenta y ocho —dijo en voz baja mientras formaban en semicírculo y los chicos abrían los faroles para tener una luz más clara y dirigir los rayos hacia las partituras.

Resonó entonces en la noche serena un himno antiguo y trillado, la encarnación de un pintoresco cristianismo transmitido oralmente de padres a hijos a lo largo de varias generaciones hasta llegar a los presentes personajes, que lo entonaron con sincero fervor.

Recuerda, hombre,
la caída de Adán:
recuerda su caída,

del Cielo a los Infiernos.
Recuerda la caída de Adán,
que nos condenó a todos,
a vivir desde entonces
en Infierno perpetuo.

Recuerda, hombre,
la bondad de Dios.
Recuerda la bondad de Dios,
la promesa que hizo.
Recuerda la bondad de Dios,
que envió a Su Hijo sin pecado,
a remediar nuestro sufrimiento.
¡No temas!

Nació en Belén,
sabadlo todos.
Nació en Belén,
y vino a liberarnos.
Nació en Belén,
el día de Navidad,
y no tuvo reparos
en redimirnos de nuestros pecados.

Da siempre, hombre,
gracias a Dios.
Da siempre gracias a Dios,
con el corazón henchido de alegría.
Da siempre gracias a Dios
en este día dichoso.
Que todos canten y digan:
¡Santo! ¡Santo!

Terminada la última nota, aguzaron el oído un momento, pero ningún ruido llegaba de la escuela

—Cuatro respiraciones y luego *Oh, bondad infinita*. El número cincuenta y nueve —anunció William.

Lo terminaron debidamente, y no parecía que nadie estuviera atento a la actuación.

—¡Dios nos ampare! ¡No puede ser que la casa esté vacía, como nos ocurrió en el año treinta y nueve y en el cuarenta y tres! —dijo el abuelo Dewy.

—A lo mejor la maestra viene de una ciudad donde la música está a la orden del día y desprecia nuestra interpretación —susurró el buhonero.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó el señor Penny, dirigiendo una mirada fulminante a un rincón de la chimenea de la escuela—. Yo no la trago si se porta así. Vuestra música sencilla y bien interpretada es tan digna como esa otra mal hecha, eso creo yo, amigos. Así os lo digo.

—Cuatro respiraciones y el último —dijo el director con voz autoritaria—: *Alegraos, habitantes de la tierra*. Número sesenta y cuatro.

Terminaron, y después de otro minuto de espera, en voz alta y clara, como llevaba cuarenta años haciendo en el pueblo, a esa hora y en ese día del año, el abuelo William dijo:

—¡Feliz Navidad!

CAPÍTULO V

LOS OYENTES

Cuando la expectante quietud que siguió a la exclamación casi se había agotado en todos ellos, una luz cada vez más clara se dibujó en una de las ventanas del primer piso y se acercó tanto a la persiana que desde fuera se veía la posición exacta de la llama. Se quedó un momento quieta, hasta que la persiana subió por delante, revelando a treinta ojos concentrados a una muchacha enmarcada como un cuadro en el arquitrabe de la ventana, con el rostro inconsciente y vivamente iluminado por la vela que llevaba en la mano izquierda, muy cerca de la cara; la mano derecha estaba extendida a un lado de la ventana. Vestía una bata blanca, y por los hombros le caía una espléndida mata de pelo que, enredado en salvaje desorden, proclamaba que únicamente en las horas invisibles de la noche era observable esta condición. Sus ojos brillantes contemplaban el gris mundo exterior con una expresión dubitativa —oscilando entre la valentía y la timidez—, que, al reconocer al grupo de formas oscuras reunido en semicírculo delante de ella, se transformó en un gesto de agradable resolución.

Abrió la ventana y, con voz suave y cálida, dijo:

—Gracias, cantores. Gracias.

Cerró la ventana entonces, deprisa y sin hacer ruido, y la persiana bajó de nuevo a su lugar. Su hermosa frente y sus ojos desaparecieron; su boca pequeña; su cuello y sus hombros: todo. La llama de la vela brilló nebulosamente como antes, y por fin se retiró.

—¡Qué guapa! —exclamó Dick Dewy.

—Ni tallada en cera sería más linda —dijo el buhonero.

—¡Nunca he visto cosa igual! —dijo Leaf con fervor.

Todos los demás, después de aclararse la garganta y ajustarse el sombrero, coincidieron en que valía la pena cantar para una muchacha como ella.

—Ahora, a casa del hacendado Shiner, y luego a llenar la panza, ¿eh, padre? —dijo el buhonero.

—¡De mil amores! —contestó el abuelo William, echándose el violonchelo al hombro.

La casa del hacendado Shiner era como un bulto raro en la esquina de un camino que desembocaba en la carretera principal. Las ventanas superiores eran mucho más anchas que altas, y este rasgo, junto con un amplio mirador construido donde debería estar la puerta, le daba de día el aspecto de una cara recelosa, con una mueca taimada y lasciva. Esa noche únicamente se veía el perfil del tejado contra el cielo.

Llegaron a la fachada del edificio e hicieron los preparativos de costumbre.

—Cuatro respiraciones, y luego el número treinta y dos: *Mira la estrella de la mañana* —dijo el abuelo William.

Habían terminado la segunda estrofa, y los violinistas ya estaban dando el golpe ascendente del arco para derramar el primer acorde de la tercera, cuando, sin que se encendiera ninguna luz ni se diera ninguna señal, una voz rugió:

—¡Callaos! Aquí no vengáis a alborotar. Tengo un dolor de cabeza que me dan ganas de romperme el cráneo y quiero pasar una noche tranquila.

La ventana se cerró de un portazo.

—Pero ¡bueno! ¡Qué manera de tratarnos! —dijo el buhonero con la voz llena de admiración, volviéndose hacia sus compañeros.

—¡Terminad el villancico, amigos de la armonía! —ordenó el abuelo William.

Y siguieron hasta el final.

—Cuatro respiraciones, y el número diecinueve —dijo William con firmeza—. Que se fastidie: no se puede insultar así al coro.

Esta vez se encendió una luz, se abrió la ventana y la figura del hacendado apareció como fuera de sí.

—¡Ahogadle, ahogadle! —gritó el buhonero, rasgando el violín frenéticamente—. ¡Tocad fortísimo y ahogadle la voz!

—¡Fortísimo! —dijo Michael Mail. Y la música y el canto cobraron tal fuerza que era imposible saber lo que el señor Shiner había dicho, estaba diciendo o iba a decir. Agitando violentamente los brazos y el cuerpo, como si dibujara X e Y mayúsculas, les soltó una sarta de improperios suficiente para

consignar a toda la parroquia a la condena eterna.

—¡Es intolerable, intolerable! —protestó el abuelo William cuando se retiraban—. ¡Nunca he visto una escena tan horrible en todas mis rondas cantando villancicos: nunca! Y ¡eso que es el coadjutor del párroco!

—En cuanto bebe una gota, se le sube a la cabeza —dijo el buhonero—. No es un mal hombre cuando está en vena religiosa. Ahora está en vena mundana. Me imagino que tenemos que invitarlo a nuestra fiestecita, mañana por la noche, para levantarle el ánimo. Nosotros no le guardamos rencor a ningún mortal.

Cruzaron el puente de Mellstock, continuaron hacia la iglesia y la casa parroquial por un camino casi cerrado por una bóveda de ramas a la orilla del Froom, y, poco antes de llegar al cementerio, se encontraron con Voss, que venía con el hidromiel caliente, pan y queso. Decidieron parar a comer y beber antes de seguir adelante, y así entraron en la iglesia y subieron a la galería. Abrieron los faroles, y, sentados alrededor de las paredes, en los bancos y en cualquier otro asiento disponible, comieron de buena gana. En las pausas de la conversación se oía, a través del techo, un pequeño universo de murmullos y crujidos de la titubeante maquinaria del reloj, que nunca traspasaban las paredes de la torre en la que habían nacido y que despertaban en los espíritus más meditativos la fantasía de que allí se encontraba el camino directo al Tiempo.

Después de comer y beber, afinaron una vez más los instrumentos y salieron de nuevo al aire de la noche.

—¿Dónde está Dick? —preguntó el abuelo Dewy.

Se miraron todos, unos a otros, como si Dick pudiera haberse transformado en alguno de ellos, y luego dijeron que no lo sabían.

—Bueno, esto es lo que yo llamo una canallada del señorito Dicky. Así lo llamo —dijo Michael Mail.

—Se habrá ido a casa solo, a lo mejor —sugirió alguien, aunque no se lo creía del todo.

—¡Dick! —llamó el buhonero. Y su voz resonó con fuerza entre los tejos. Tensó los músculos hasta ponerlos duros como una piedra mientras esperaba una respuesta y, al ver que esperaba en balde, se volvió hacia el grupo—. Y ¡encima es el tiple! Si fuera el tenor o el contratenor, podríamos seguir tocando sin él. Pero, cuando un coro pierde el tiple, hijos míos, es como si perdiera... —El buhonero se quedó callado, incapaz de encontrar una imagen a la altura de la ocasión.

—La cabeza de golpe —apuntó el señor Penny.

El buhonero se puso en marcha, como si le pareciera una puerilidad que la gente terminase las frases ajenas cuando había cosas mucho más importantes que hacer.

—¡Cuándo se ha visto que un joven deje su trabajo a medias y se largue sin más!

—Nunca —dijo Bowman, en un tono con el que daba a entender que él por nada del mundo le negaría a nadie la formalidad que se le exigía.

—¡Espero que no le haya ocurrido una tragedia! —dijo el abuelo.

—Qué va —contestó el buhonero tranquilamente—. Lo que no sé es dónde habrá dejado el violín. Ese violín costó treinta chelines, además de buenas palabras. Lo habrá dejado en la humedad, seguro: el instrumento se desencolará y se estropeará en cuestión de diez minutos. ¡Que digo diez! ¡En dos!

—¿Qué habrá podido pasarle? ¡Bendito sea Dios! —exclamó el abuelo William, más intranquilo—. ¡A lo mejor se ha ahogado!

Dejaron los faroles y los instrumentos en la galería y volvieron a recorrer el camino por la orilla del río.

—A un muchacho fuerte como Dick no puede pasarle nada por sorpresa —señaló Reuben—. Tiene que haber una razón, por insignificante que sea, y la tenemos delante de las narices. —Bajó la voz y añadió en tono misterioso—: Vecinos, ¿habéis notado alguna señal de que se le haya metido en la cabeza una mujer que lo desprecia, o algo de eso?

—Ni rastro. El chico sigue siendo libre como el agua.

—Y Dicky dijo que nunca se casaría —gritó Jimmy—, que se quedaría siempre en casa, con madre y con nosotros.

—Sí, sí, hijito: todos los chicos dicen lo mismo cuando son jóvenes.

Habían llegado a la finca del señor Shiner pero, como no se oía nada en aquella dirección, uno o dos se fueron a la escuela. En el dormitorio aún brillaba una vela, y, a pesar de que la persiana seguía bajada, la ventana estaba ligeramente abierta, para que las notas lejanas de los villancicos pudieran llegar a los oídos de su ocupante.

Delante de la ventana, inmóvil y apoyado en un haya, se encontraba el hombre perdido: cruzado de brazos, con la cabeza inclinada hacia atrás y sin apartar los ojos de la celosía iluminada.

—¿Eres tú, Dick? ¿Qué estás haciendo aquí?

El cuerpo de Dick adoptó al instante una postura más racional, y el muchacho volvió la cabeza a este y a oeste en la penumbra, como si intentara

encontrar una buena respuesta; por fin, con voz muy débil, dijo:

—Nada, padre.

—Pues bien que te entretienes en hacer nada, ¡caramba! —protestó el buhonero cuando ya volvían todos hacia la casa parroquial.

—Creí que aún estaríais comiendo en la galería —dijo Dick.

—Pues estábamos venga a dar vueltas, buscándote por todas partes, pensando que te habías muerto de cincuenta maneras distintas, y tú mientras aquí, sin hacer nada.

—La necedad consiste precisamente en no hacer nada —murmuró el señor Spinks.

La entrada de la casa parroquial era su próximo terreno de operaciones, y el señor Maybold, el párroco recientemente incorporado al cargo, recibió su cuota de armonías nocturnas según lo previsto. Esperaban que, por su profesión, abriría la ventana, y en el último momento añadieron un villancico más para animarlo. Pero el señor Maybold no hizo ningún movimiento.

—¡Mala señal! —dijo el abuelo William, negando con la cabeza.

Sin embargo, en ese mismo instante se oyó una voz cantarina que llegaba de las profundidades de las sábanas.

—¡Gracias, vecinos!

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bowman, que como era bastante duro de oído hablaba en voz muy alta. El párroco lo oyó.

—He dicho: «¡Gracias, vecinos!» —repitió.

—¡Ah! No lo habíamos oído la primera vez —voceó Bowman.

—¡Por Dios, no vayas a poner de mal humor a ese muchacho contestando así! —protestó el buhonero.

—¡No os preocupéis, amigos! —gritó el párroco.

—¡Madre mía! ¡Qué buen oído! —susurró el señor Penny—. Mejor que el de cualquier perro o caballo de la parroquia. Y yo diría que eso es señal de que es un hombre listo.

—Eso ya se verá —dijo el buhonero.

El abuelo William, agradecido por la respuesta de un vecino relativamente nuevo, estaba con ganas de repetir todas las melodías, pero renunció a su deseo señalándole a Reuben que era mejor dejarlo tranquilo.

—Está más claro que el agua —dijo el buhonero cuando ya iban subiendo por el monte, camino de las últimas casas—. Si pensamos en esa aparición femenina que acabamos de ver y en este joven párroco con voz de tenor, me

parece a mí que esa chica le va a hacer bailar al son que ella toque y dar más vueltas que un ocho. Eso va a hacer, hijos míos.

CAPÍTULO VI

LA MAÑANA DE NAVIDAD

El coro por fin se fue a la cama y durmió como todo el mundo en la parroquia. El sueño de Dick, en las tres o cuatro horas que tenía para descansar, fue ligero y sobresaltado: una agotadora variación de los incidentes de la noche relacionados con la ventana de la escuela tuvo su cerebro en guardia en todo momento.

A la mañana siguiente, hiciera lo que hiciera —subir, bajar, salir, hablar del viento, del tiempo o cualquier cosa—, no se libraba de una continua repetición imaginaria de aquella fascinante representación. Inclinado sobre la chimenea con la punta de un pie, miraba las lonchas que su madre estaba tostando a la brasa; pero no había nada tostándose, pensó, si no era la Visión lo que se tostaba. La loncha colgaba lánguidamente entre los hierros de la parrilla como un gato en los brazos de un niño; pero no había nada en las metáforas si no era Ella quien las pronunciaba. Contempló las sombras amarillas de la luz del día que bailaban con las sombras azules del fuego en el rincón de la chimenea encalada de blanco; pero no había nada en las sombras.

—A lo mejor la nueva maestra, la señorita Fancy Day, canta con nosotros en la iglesia esta mañana —dijo.

El buhonero se quedó un buen rato mirando a su hijo antes de responder:

—Me gustaría que sí; aunque, por otro lado, me gustaría que no.

Dick dedujo que aquel era un comentario dicho más con el ánimo de ser tolerado que admirado, aunque era bien sabido que la intencionalidad verbal del buhonero, por regla general, se relacionaba más con la maquinaria de su garganta que con el asunto enunciado.

Se prepararon para ir a la iglesia como de costumbre, Dick con extraordinaria prontitud, aunque no se paró a considerar a fondo a qué venía

tanta devoción. En la asombrosa pulcritud con que cepilló y lustró sus mejores botas ligeras hubo rasgos que elevaban la tarea a la categoría de arte. Raspó y cepilló, de la puntera al talón, hasta la última mota y partícula de barro de la última semana: mezcló minuciosamente el betún y lo usó sin reparar en gastos. Aplicó una capa y sacó brillo; luego otra, para intensificar el color negro; y por último una tercera, para darle el perfecto acabado de un espejo azabache que a su juicio exigía la ocasión.

Como era Navidad, el buhonero se acicaló con el rigor de los domingos. Los chapoteos y bufidos procedentes de una tina puesta en la parte de atrás de la casa anunciaban que William Dewy se estaba dando su gran baño dominical, que duraba media hora, pues en días laborables se limitaba a repararse con una cacerola. Desapareció en la caseta con una toalla marrón y estuvo alrededor de veinte minutos ejecutando los mencionados borboteos y bufidos, hasta que entró por la puerta oliendo como una rana en verano, como si se hubiera librado por los pelos de acabar sepultado en el agua y perder buena parte de la ropa y como si hubiera estado llorando amargamente desde entonces hasta tener los ojos irritados; una gota de cristal decoraba el extremo de cada una de sus orejas, otra la punta de la nariz y otras el pelo, como lentejuelas.

Después de que los pies del padre, el hijo y el nieto llevaran un buen rato arañando el suelo de arenisca mientras iban de un lado a otro con sus preparativos, cogieron del rincón el violonchelo y los violines, examinaron las cuerdas y las afinaron ligeramente por encima del tono de concierto, para que estuvieran listas cuando empezara el oficio y ahorrarse así la incómoda necesidad de afinarlas de nuevo al fondo de la galería aprovechando una tos, un estornudo o un amén, pues sabían que más de una vez se presentaba este inconveniente cuando hacía viento y humedad.

Salieron los tres por la puerta, echaron a andar por el camino de Mellstock y cruzaron el prado, con los instrumentos debajo del brazo, envueltos en bolsas de fieltro verde y desvaído, y las partituras amarillentas en la mano. Dick se adelantaba de continuo, mientras el buhonero andaba con las puntas de los pies exageradamente vueltas hacia fuera.

Al pie de una cuesta divisaron la puerta norte de la iglesia, o la «trampilla», como aquí la llamaban. Al fondo se veían siete figuras ágiles, amontonadas, que resultaron ser los músicos que esperaban sentados en una tumba del altar para pasar el tiempo, con los pies colgando. En cuanto vieron venir a los músicos, los muchachos echaron a correr y subieron a la galería por las viejas escaleras de madera retumbando como un regimiento de caballería. Los demás chicos de la

parroquia se quedaron fuera, observando a los pájaros, los gatos y otros animalillos hasta que llegó el párroco; entonces se transformaron al instante en adustos feligreses y recorrieron el pasillo haciendo eco con los talones.

La galería de la iglesia de Mellstock tenía un prestigio y un sentir propios. A un forastero allí se le acogía con un sentimiento totalmente distinto del que inspiraba en la congregación de abajo. Desterrado de la nave como un intruso al que ninguna originalidad podía volver interesante, en la galería era recibido con una curiosidad a la que ningún defecto podía restar brillo. Los de la galería, que también miraban con desdén a los de abajo y conocían sus costumbres hasta en su más mínima peculiaridad, contaban con un amplio surtido de información, mientras que los de la nave nada sabían de la gente de la galería como tal, al margen de sus sonoras blancas y sus notas de pecho. Asuntos como que el sacristán siempre estaba masticando tabaco, menos en el momento de decir amén, que tenía en el banco un agujerito donde se acumulaba el polvo; que algunas mozas del pueblo llevaban años marchándose durante la homilía para leer cosas tan dulces como los textos de la ceremonia matrimonial y ahora estudiaban con regularidad el que los seguía cronológicamente¹; que unos enamorados hacían manitas por un hueco entre sus bancos, tal como ordenaban esos grandes ejemplos que eran Píramo y Tisbe²; que la señora Ledlow, la mujer del ganadero, se ponía a contar el dinero y a calcular los gastos de la compra semanal mientras se leía el Evangelio: todo lo que para los de abajo era nuevo aquí en la galería eran cosas manidas.

El abuelo William se sentaba en el centro del primer banco, con el violonchelo entre las rodillas y dos cantantes a cada lado. Detrás de él, a la izquierda, se colocaban los tiples y Dick; a la derecha, el buhonero y los tenores. Y, más atrás, Michael Mail, con los altos y los supernumerarios.

Pero, antes de que se hubieran sentado, cuando aún estaban reunidos en un círculo al fondo de la galería, ensayando un par de salmos, Dick echó una ojeada por encima del hombro de su abuelo cuando la visión de la noche anterior entró por el pórtico tan metódicamente como si jamás hubiera sido una visión. Pareció que el ambiente del antiguo edificio se transformaba al instante con su llegada, y el cuerpo y el alma de Dick sintieron un cosquilleo de sensaciones desconocidas. Acompañada de Shiner, el coadjutor, la muchacha se dirigió a la pequeña nave lateral, en el lado norte del presbiterio, lugar adjudicado ahora a las niñas de catequesis y claramente visible desde el frente de la galería mirando por debajo de la curva del último arco de ese lado.

Hasta ese momento, la iglesia parecía relativamente vacía: ahora estaba

abarrotada; y, mientras la señorita Fancy se levantaba después de arrodillarse y miraba alrededor buscando un sitio donde instalarse de manera más permanente, y se decidía al final por el rincón más apartado, Dick empezó a respirar con más generosidad el aire cálido que la joven había traído consigo, a sentir la fuerza con que le corría la sangre y a tener impresiones de que entre él y ella había un lazo visible para toda la congregación.

Incluso años después, Dick recordaría una por una todas las partes del oficio de esa radiante mañana de Navidad y las cosillas sin importancia que ocurrieron mientras los minutos pasaban muy despacio, y cómo las responsabilidades de ese día quedaron completamente separadas por una nítida línea de las de otras ocasiones. Las melodías que interpretaron esa mañana lo acompañaron durante años, al margen de todas las demás; también el texto de los cánticos; también la capa de polvo que cubría los capiteles de las columnas, y la rama de acebo colgada en el arco del presbiterio, ligeramente descentrada: en resumidas cuentas, todas las ideas que le vinieron a la cabeza cuando el raciocinio se limita a ejercer una ínfima actividad a través de la vista.

Por obra del azar o del destino, otro joven que acudió a la iglesia de Mellstock ese día de Navidad tuvo, hacia el final del oficio, la misma percepción instintiva de una interesante Presencia, encarnada en la misma muchacha radiante, aun cuando su emoción no llegara a alcanzar una fase tan desarrollada. Y se dio también la diferente circunstancia de que el joven en cuestión se sorprendió de verse en tal estado y se aplicó con diligencia a recuperar el ánimo habitual. Era el joven párroco, el señor Maybold.

La música de las mañanas de Navidad no alcanzaba a menudo el nivel de las actuaciones en la iglesia en otras ocasiones. Los niños estaban adormilados tras el arduo esfuerzo de la noche anterior, los hombres ligeramente cansados; y ese día, además de los motivos de siempre, había en el ambiente una humedad que agravaba los males. Las cuerdas de los instrumentos, por culpa de la larga exposición al aire de la noche, se desafinaron medio tono y chirriaron de lo lindo en el momento de mayor silencio, lo que obligó a los músicos a retirarse más que nunca al fondo de la galería y dejó a los cantantes roncros de tanto toser y carraspear mientras los afinaban. El sacerdote parecía enfadado.

Cuando ya habían empezado a cantar, de pronto descubrieron que tenían refuerzos en alguna parte, fuertes y agudos, y por fin vieron que eran las niñas de catequesis. Las voces femeninas se volvieron cada vez más claras y atrevidas. En el tercer cántico, estas voces intrusas eran tan poderosas como las del coro oficial: de hecho, la riada de voces que llegaba del presbiterio tenía un tempo,

una clave y casi una melodía propias, que crecían como una ola cuando las de la galería se hundían y viceversa.

Esto no había ocurrido nunca, que nadie recordara. Las niñas, que como el resto de la congregación siempre habían sido humildes y respetuosas seguidoras de la galería —se hacían un lío monumental sin la guía de los del coro y nunca intervenían sin las indicaciones de estos artistas consumados—, no tenían voluntad, unión, fuerza o proclividad si no la recibían del coro establecido y entronizado en las alturas de la iglesia.

Así empezó a observarse en las gargantas y en las cuerdas de la galería una desesperación que presidió la parte musical del oficio. En cuanto se dejaron los violines, las lentes del señor Penny se guardaron en su funda y cesaron los cantos, todos se pusieron a cuchichear, indignados.

—¿Habéis oído eso, amigos? —gruñó en voz baja el señor Penny.

—¡Menudas frescas! —dijo Bowman.

—Sí: se las oía igual que a nosotros, incluso igual que a los violines, si no más.

—¡Incluso igual que a los violines! —repitió Bowman, muy ofendido.

—¡Nunca se ha visto insolencia igual que la de las mujeres cuando se juntan! —murmuró el señor Spinks.

—Lo que no entiendo —dijo el buhonero, como si lo supiera perfectamente pero el civismo le exigiera emplear estas palabras— es quién les ha dicho a esas chicas que canten así, cuando ni se sientan en la galería ni han estado en una galería en la vida: esa es la cuestión, hijos míos.

—Es la galería la que canta: eso lo sabe todo el mundo —asintió el señor Penny—. Digo yo, amigos, ¿para qué se han gastado nuestros antepasados montones de libras en construir galerías si la gente que se sienta en lo más bajo de la iglesia puede ponerse a cantar así en cualquier momento?

—Pues la verdad es que, visto que somos inútiles, ¿deberíamos largarnos de la iglesia, con violines y todo! —dijo Spinks, con una carcajada que a un extraño podría haberle parecido amable y sincera. Únicamente el grupo de iniciados a quien se dirigía era capaz de captar la amarga ironía latente en unas palabras tan sencillas como «somos inútiles», y la nota horripilante de su risa en apariencia tan natural.

—¡Da igual! ¡Que canten! ¡Así sonará mucho más fuerte! ¡Ji, ji, ji! —dijo Leaf.

—¡Thomas Leaf, Thomas Leaf! ¿Dónde has vivido toda tu vida? —le

recriminó el abuelo William.

Leaf se acobardó y trató de parecer como si no hubiera vivido en ninguna parte.

—A fin de cuentas, hijos míos —dijo Reuben—, no habría tenido nada de malo que cantaran si no hubieran dejado que se las oyera y se hubieran sumado solo de vez en cuando.

—Nada de malo —asintió el señor Penny—. Pero, aunque no me gusta acusar a la gente injustamente, juraría por Dios que en el último salmo he oído hasta la última de sus notas tanto como las nuestras: hasta la última, ¡como si fueran las dueñas!

—Lo sabía: ¡sí, yo diría que lo sabía! —se oyó observar en ese momento al señor Spinks, sin dirigirse a sus compañeros, moviendo la cabeza como asombrado por una idea que veía flotar delante de él y sonriendo al mismo tiempo como quien asiste a un funeral—. Ah, ¿lo sé o no lo sé?

Nadie le preguntó: «¿Qué sabías?», porque la experiencia les había enseñado a todos que, fuera lo que fuera, se manifestaría a su debido tiempo.

—Ya me pareció anoche que tendríamos dificultades con ese joven —dijo el buhonero, a la espera de que Spinks terminara de aclarar lo que quería decir y mirando al señor Maybold, que estaba en el púlpito ajeno a todo.

—Lo que a mí me parece —dijo el abuelo William con severidad— es que están circulando demasiados rumores sin ninguna utilidad espiritual ni para los nobles ni para los plebeyos. —Luego, apretando los labios y fijando la mirada en el párroco, dio a entender que solo un ignorante se atrevería a añadir algo más. Y así, la galería enmudeció y la revelación del señor Spinks quedó silenciada para siempre.

Dick no dijo nada, y el buhonero muy poco, de este incidente de la mañana, porque esa mañana, durante el desayuno, la señora Dewy había anunciado su intención de invitar a la joven adalid de las culpables a la fiestecilla que tenían por costumbre celebrar la noche de Navidad, y la noticia había dado a las reflexiones de Dick una tonalidad particular desde que la recibió. Y, en el ánimo ligeramente cínico del buhonero, la afición a la fiesta era algo más débil que en los demás miembros del coro, aunque por amistad y lealtad a sus compañeros participara en ella con sincero entusiasmo.

CAPÍTULO VII

LA FIESTA DEL BUHONERO

A lo largo de toda la tarde hubo una actividad inusitada en casa del buhonero Dewy. Barrieron el polvo del suelo de piedra y lo rociaron a continuación con una ligera capa de la mejor arena amarilla de los estratos más profundos del arenal colindante. Después sacaron los cuchillos y los tenedores, grandes, engrasados y envueltos en la oscuridad desde la última ocasión similar, con la marca «Garantía de acero reforzado» grabada en letras tan enfáticas que el nombre de quien la ofrecía resultaba superfluo como prueba adicional y por tanto no figuraba. Dejaron la llave en el grifo del barril de sidra en lugar de guardarla en un bolsillo. Y, para terminar, el buhonero tuvo que ponerse en el centro de la sala y consentir que su mujer le hiciera dar vueltas como un molinete para asegurarse de que tenía una presencia irreprochable.

—No te muevas hasta que traiga las tijeras —le ordenó la señora Dewy.

El buhonero se quedó quieto como un centinela ante este desafío.

Los únicos retoques necesarios consistieron en recortarle unos pelillos del bigote que sobresalían del contorno general, hacer lo mismo con el borde deshilachado del cuello de la camisa y arrancarle una cana, mientras el buhonero se sometía a todas estas operaciones con resignado silencio, menos a la última, que le hizo protestar con un leve «Vamos, vamos, Ann».

—La verdad, Reuben, es una desgracia ver a un hombre así —dijo su mujer, con la severidad justificada de la compañera que ha soportado innumerables pruebas, dándole otra vuelta y quitándole de los hombros de la chaqueta varios pelos de la yegua Risueña. Reuben parecía absorto en otras cosas, y bostezó—. Y tienes el cuello de la chaqueta que da pena: incrustado de tierra, o de polvo, o de grasa, o de algo. Pero ¿dónde te lo has puesto así?

—Será por el calor que paso en verano. Me acaloro cuando estoy trajinando.

—Sí, los Dewy siempre habéis sido una familia de piel gruesa. A tu hermano Bob le pasa otro tanto, porque está gordo como una marsopa. Cada vez que me ve me dice lo mismo: «¿Cómo lo aguantas, Ann?». ¡Eso mismo me gustaría decirle a mí! En cuanto sale el sol un minuto ya estáis sudando a chorros. ¡Nunca he visto cosa igual!

—Si paso calor entre semana también lo paso los domingos.

—Mala cosa será si alguna de las chicas salen a su padre, las pobres. En mi familia nadie suda de una manera tan vulgar, ¡nadie! Pero los Dewy... ¡Dios mío! No sé cómo se me ocurrió emparentarme con esa familia.

—Por tu debilidad femenina cuando te lo pedí, habrá sido por eso. —Pero el buhonero ya había oído estas palabras de su mujer en otras ocasiones, y su respuesta no tuvo la intensidad que habría tenido si hubiera sido el encanto de la novedad lo que hubiera dado pie a la pregunta.

—Esos pantalones te sientan mejor que ningunos —continuó ella, con la misma imparcialidad, lo que hizo que las desagradables críticas a la familia Dewy parecieran más normales que espontáneas—. Y eso que nos salieron bien baratos. Nadie podría pedir más, y forrados por dentro, y con vuelta en los bajos, y con refuerzo en el trasero. Y la chaqueta tiene un buen corte en las axilas, con tela suficiente en las costuras para sacar otro medio par, además del retal que sobró para hacer un buen chaleco: todo gracias a lo que me costó encontrar la tela de oferta y coserla yo misma. Eso demuestra lo que se puede hacer con un poco de empeño, en vez de ir directamente a esos sacacuartos de los sastres.

El discurso se cortó en seco con la imprevista entrada en escena de Charley, que tenía la cara y las manos tiznadas de negro y la nariz goteando como una vela. Por qué tuvo que ser precisamente esa tarde tan limpia cuando el niño descubrió que el gancho y la cadena de la chimenea, donde colgaban los jamones, tenían más mérito y más interés como juguetes que cualquier otro artículo de la casa es un misterio que únicamente las madres que amamantan a sus hijos pueden explicar. La gracia, por lo visto, estaba en que el efecto, como se demostró, era que quien jugaba con estas cosas a la larga se tiznaba de hollín. La última vez que vieron a Charley con luz del día después de esta ocurrencia fue cuando se escapó de su padre, doblando la esquina de la casa y mirando por encima del hombro con cara de haber cometido un pecado grave, como el Caín proscrito de las ilustraciones de la Biblia.

Todos los invitados estaban reunidos, y la fiesta del buhonero había llegado a

la fase que concuerda con las diez de la noche en las celebraciones rurales. A esa hora, se oyó en la antecocina un violín en proceso de afinación.

—¡Este Dick! —dijo el buhonero—. A ese chico le vuelve loco la giga.

—¡Dick! No puedo, de verdad que no puedo permitirme ningún baile hasta que termine el día de Navidad —dijo el abuelo William enérgicamente—. Cuando el reloj haya dado las doce ya bailarás todo lo que quieras.

—Bueno, reconozco que tienes razón, William —asintió el señor Penny—. Si das una fiesta el día de Navidad, lo justo y honorable para la gente del cielo es que sea una fiesta tranquila. Los bailes están muy bien para las festividades del diablo, pero una fiesta con baile ahora parece sospechosa. Sí, muchacho: yo te diría que esperes hasta que haya sonado el reloj.

Sucedió que en ese momento el vaso de hidromiel caliente se le subió a la cabeza al señor Spinks.

—Bailar —dijo— es un ejercicio de lo más fortalecedor, revitalizante y agradable, sobre todo cuando se combina con la bebida. Y bailar es bueno. Pero ¿a qué contravenir las órdenes, Richard, y Reuben, y compañía en general? Eso os pregunto.

—Entonces nada de baile hasta pasadas las doce —contestó William.

Aunque eran Reuben y su mujer quienes tenían la última palabra en materia social, las cuestiones religiosas las disponía normalmente el abuelo, que compensaba con su firmeza en este liderazgo cierta debilidad en el gobierno de los asuntos domésticos. Las expectativas de los jóvenes de la familia quedaron por tanto aplazadas tres cuartos de hora, y esto tuvo un efecto visible en sus ojos, que cobraron un gesto apático y lánguido, aunque entre medias se permitió el canto.

A las doce menos cinco, volvió a oírse una afinación suave al fondo de la casa y, cuando el reloj por fin había dado la última campanada, Dick apareció bien entonado y se repartieron audazmente los instrumentos: el abuelo William cogió rápidamente el violonchelo del clavo donde siempre lo colgaba y rasgó las cuerdas con la mayor irreverencia posible.

Abrieron con la danza campesina titulada *Triunfo o sigo a mi amor*. El buhonero formó pareja con la señora Penny, mientras el señor Penny elegía a la señora Dewy y contrarrestaba su escasa estatura con una estudiada posición de la cabeza, la espalda erguida y abundantes destellos de sus lentes, hasta el punto de que parecía casi tan alto como el buhonero. El señor Shiner, de unos treinta y cinco años, hacendado y coadjutor, un personaje que destacaba principalmente

por su tez colorada, su respiración vigorosa, la cadena de su reloj y una boca de la que colgaba una oscura sonrisa pero que nunca sonreía, se había sumado con mucho gusto a la fiesta, asombrosamente ajeno a su andanada de la noche anterior. Y la linda, esbelta y bien vestida Fancy Day, que era el premio del sorteo, le tocó en suerte a Dick, a pesar de las discretas maquinaciones del hacendado, por la sencilla razón de que el señor Shiner, como hombre más rico, había pedido el favor con demasiada seguridad, mientras que Dick había tenido la cortesía de esperar.

Tenemos una buena vista de nuestra heroína cuando pasa a ocupar su lugar en la fila de las mujeres. Pertenecía al grupo de estatura superior a la media. La flexibilidad era su rasgo más destacado, y le daba el aspecto de disfrutar de un relajante descanso cuando estaba en fluido movimiento. Sus ojos oscuros, enmarcados por unas cejas de una curva tan fina y suave que parecían dos simples ligaduras en la notación musical, chispeaban más que nada de alegría. Esto se suavizaba con un aire frecuentemente pensativo, aunque no tanto como para borrar más de unos segundos seguidos cierta expresión de coquetería, que a su vez nunca llegaba a marcarse hasta el punto de poner en cuestión su honradez. Los labios imitaban a las cejas en la línea clara de su perfil y la suavidad de su curva, y la nariz tenía una forma agradable, lo que es mucho decir si se recuerda que por cada cien bocas y ojos bonitos hay una nariz bonita. Añádanse a esto una abundante cascada de bucles de color castaño oscuro, un vestido de gasa blanco con entretela azul, y podremos hacernos una vaga idea de la muchacha que destacaba entre las demás bailarinas como una flor entre las hortalizas.

Y así prosiguió el baile. El señor Shiner, según la interesante norma establecida, abandonó a su pareja para llevar al centro de la sala a la guapa compañera de Dick: vistos desde arriba parecían los novios recorriendo un pasillo para casarse. Dick salió trotando detrás de ellos con un gesto que intentó ser de compostura y acabó siendo más bien de estupidez, pues insinuaba demasiado a las claras que aquella fuga era intolerable. Los fugitivos dieron luego media vuelta y volvieron, y Dick tensó un poco más la boca y se ruborizó con un ingenuo ardor al unir las manos con las de su rival para formar sobre la cabeza de su dama el arco que presumiblemente daba su nombre a esta figura: la perdió una vez más al juntarse las parejas, mientras los eslabones de la cadena del señor Shiner vibraban de punta a punta y las carnes fofas del buhonero, que entró entonces de nuevo en acción, temblaban como la gelatina. La señora Penny, siempre preocupada por su seguridad personal cuando bailaba con el buhonero, congeló el gesto, de principio a fin del baile, en una crónica sonrisa

tímida que llenó de arrugas sus rasgos y redujo sus ojos a dos líneas rectas, como guiones, mientras brincaba en frente de su pareja, repitiendo con el cuerpo no solo los movimientos del buhonero, sino también las pequeñas florituras que su fértil imaginación lo llevaba a introducir de vez en cuando, en una imitación que tenía su parte de obediencia sumisa no exenta de temor.

Los pendientes de las mujeres bailaron endemoniadamente, dando violentas sacudidas y rebotando a un lado y a otro hasta que por fin se quedaron tranquilamente colgados de las orejas que los sostenían. La señora Crumpler, una mujer gorda a la que, por alguna razón, nadie pensaba nunca que valiese la pena sacar a bailar, llevaba un delantal limpio y se movía con tanta soltura entre los demás que nunca se le veían los pies, lo que despertaba en los espíritus más imaginativos la idea de que iba sobre ruedas.

Siguieron deslizándose, minuto tras minuto, hasta que la fiesta alcanzó ese punto en que el peinado de las señoras empieza a parecer olvidado y disoluto, en que incluso en las facciones de las muchachas delicadas se observa una humedad perceptible, como un velo de rocío que llevara un rato cayendo de las caras de sus compañeros; en que las costuras de las faldas están a punto de romperse; en que la gente mayor, que ha tenido que levantarse por complacer a los más jóvenes, empieza a sentir pequeños temblores en las rodillas y a tener ganas de que acabe la interminable danza; en que, en las fiestas campesinas de las buenas, se desabrochan los chalecos y las sillas de los violinistas se han desplazado medio metro de su posición original por la frenética interpretación de sus ocupantes.

Fancy estaba bailando con el señor Shiner. Dick sabía que Fancy, como dictan los buenos modales, bailarían igual de a gusto con una pareja que con otra, pero aun así no podía dejar de pensar que no hacía falta poner *tanto* brío en los pasos ni sonreír con *tanta* frecuencia mientras estuviera en manos del hacendado.

—Me parece que se ha olvidado de cambiar de pareja —le dijo Dick amablemente al señor Shiner, antes de que la cadena del reloj hubiera dejado de vibrar con el último giro.

Fancy hizo ademán de aceptar la corrección, pero su compañero no se dio por enterado y acometió el siguiente movimiento inclinándose afectuosamente hacia ella. «Le ha tomado demasiado cariño», se dijo Dick mientras los observaba. Otra vez fueron hasta el fondo de la sala, Fancy sonriendo cálidamente a su pareja, y volvieron a sus puestos.

—Señor Shiner, no ha cambiado de pareja —repitió Dick, a falta de otra cosa

con que derribarlo, cambiando él para dar ejemplo y ofendido por la contravención del hacendado.

—A lo mejor no quiero dejarla en manos de otro hombre —fue la respuesta del señor Shiner.

—Creo que debería, señor.

La pareja de Dick, una moza que se llamaba Lizzy pero a la que llamaban Lizz, para abreviar, intentó aplacar los ánimos.

—Yo tampoco puedo decir que tenga muchas ganas de cambiar —dijo.

—Ni yo —dijo la señora Penny, sumándose a la discusión—, sobre todo cuando un amigo y vecino decide lo contrario. Además, da gusto cuando se está en buenas manos y bailando bien, ¡ya lo creo!

—Yo solo quería decir —contestó Dick, lamentando mucho haber llamado la atención a un invitado— que es lo que manda el baile; y nadie tiene derecho a cambiar y estropear lo que ha ordenado el creador del baile, que para eso se ganaba el pan inventándolos y no pensaba en otra cosa en la vida.

—No me gusta cambiar de pareja, y ya está. ¡No cambio por ningún creador de bailes del mundo entero!

Pareció entonces que Dick hacía unos cálculos mentales, como si le costara un esfuerzo monumental decidir en abstracto hasta qué punto podía discutir con un rival formidable cuando dicho rival era el invitado de su madre. El dilema se resolvió con la tumultuosa llegada del buhonero al centro de la fila, quien, despreciando minucias y principios, sacó su propio tema de conversación.

—Os aseguro, vecinos —dijo—, que ¡no hay lengua capaz de describir el calor que tengo! —Miró a su alrededor y, con un gesto de autocompasión forzada, intentó dar una vaga idea de la verdad.

La señora Dewy formaba parte de la siguiente pareja.

—Sí —dijo, socorriendo a su marido—. Reuben siempre ha sido muy caluroso.

La señora Penny manifestó la compasión que merecía semejante suplicio intentando sonreír a la vez que ponía cara de pena.

—Con solo dar una vuelta por el jardín el domingo por la mañana se le mustia el cuello de la camisa como si no lo hubiera almidonado —añadió la señora Dewy, adoptando entre paréntesis el aire de un ama de casa preocupada por este recuerdo.

—Vamos, vamos, mujeres: a cogerse de las manos. ¡Vamos, vamos! —dijo el buhonero, y la conversación se interrumpió por el momento.

CAPÍTULO VIII

BAILAN COMO LOCOS

Dick por fin se había asegurado a Fancy para bailar la más bonita de las danzas campesinas, que empezaba con una ronda de tres parejas.

—Antes de empezar —dijo el buhonero— propongo que todo hombre mortal que vaya a entrar en el baile se quite la chaqueta. Teniendo en cuenta el calor que hace, es un plan razonable y oportuno.

—¡Qué cosas tienes, Reuben! Como si por no quitarte la ropa te fueras a asfixiar mientras bailas. ¡Qué hombre tan caluroso!

—Veréis, hijos míos —le dijo a su mujer, a la que a menudo se refería en masculino plural por mera economía del apelativo—. No estoy de acuerdo. Cuando uno baila se pone a arder, y por eso hay que aligerar la carga de ropa. ¿No es natural y razonable entre gente sencilla y de bien? Si me la quitara sin necesidad, reconozco que sería tabernario; pero, si todos los hombres fuertes que estamos aquí nos la quitamos a la vez, entonces es costumbre de la tierra, y eso nadie lo puede discutir. ¿Eh? ¿Qué decís, hijos míos?

—¡Que nos la quitamos! —contestaron los otros tres hombres gordos que participaban en el baile, y así se desprendieron de las chaquetas y las dejaron colgadas en el pasillo. Los cuatro, sofocados de calor, volvieron entonces en estrecha columna, con las mangas de la camisa enrolladas y una mirada general de estar a la altura de cualquier hombre o bailarín de Inglaterra o Irlanda. Dick, que temía perder con eso la buena opinión de Fancy, se dejó la chaqueta puesta, como los más delgados, y lo mismo hizo el señor Shiner, por un conocimiento superior.

Habían pasado ya a una nueva fase del jolgorio. Era la hora de la noche en que un invitado puede escribir en el polvo de las mesas y las sillas; en que una neblina azulada envuelve el ambiente y dibuja un halo visible alrededor de las

velas; en que las fosas nasales, las arrugas y los orificios en general parecen taponarse poco a poco; en que los violinistas se ponen tan colorados como los bailarines, y los bailarines, que han llegado a un estado de incandescencia más avanzado, se adentran en la fase cadavérica: los violinistas ya no tocan sentados, sino que vuelcan las sillas de un puntapié y sierran las cuerdas como posesos, con las piernas firmemente separadas y los ojos cerrados, ajenos al mundo visible. Una y otra vez compartió Dick la mano de su amor con otro hombre mientras hacían sus giros; luego, más placentemente, dio una vuelta a solas con ella alrededor de la pista, cogiéndola del talle cada vez con más fuerza y pasando cada vez más el codo por detrás de su espalda, hasta abarcar una distancia considerable y, en el colmo de la felicidad, rozándose los hombros para cambiar de sitio y sintiendo el aliento de la muchacha en la nuca como una suave brisa estival extraviada en una época del año que no le corresponde. Entrelazándose todas, una a una, las parejas llegaron al final de la fila, y asaltó entonces a Dick la tristeza de que la música terminara antes de que hubieran podido volver a la cabeza de la fila y repetir una vez más la estimulante ronda. Las sensaciones de Dick, cuando consiguió llegar a la cabeza a pesar de sus dudas, se complementaron con el pánico a que los violines se detuvieran en ese instante sublime, y esto lo animó a indicar a los músicos, con un susurro furtivo, que no dejaran de tocar hasta que él y su pareja hubieran llegado de nuevo al final de la fila, petición a la que los descoyuntados y convulsos instrumentistas que estaban más cerca respondieron con un discreto asentimiento dirigido al angustiado galán, entre dos semicorcheas, y un «A la orden» simultáneo sin abrir los ojos. Ahora tenía a Fancy tan cerca que prácticamente eran una sola persona. La sala se convirtió para Dick en el escenario de un sueño, y lo único que recordaría más adelante sería la imagen de los violinistas girando como giran las peonzas antes de quedarse dormidas —intensificando su movimiento y su zumbido— y las siluetas del abuelo James y el viejo Simon Crumpler sentados en el rincón de la chimenea: hablando, asintiendo como memos y haciendo aspavientos para subrayar sus frases como hace la gente cuando está al lado de una trilladora.

El baile terminó.

—Buffff —dijo el buhonero Dewy, soltando la vaharada más sutil que pudieran formar los labios de un hombre—. ¡Esta es de las duras, hijos míos! —Se secó el sudor de la frente y fue a la mesa donde estaban la sidra y las jarras de cerveza.

—¡Ay! —dijo la señora Penny mientras se desmoronaba en una silla—. No

se me había desbocado tanto el corazón desde que me pasaba la noche en vela, en las fiestas de San Juan, para ver quién sería mi marido.

—Y de eso hace ya unos cuantos años, por lo que dices —contestó el buhonero, sin apartar la vista del vaso que había empezado a llenar. Como estaba atareado ofreciendo una ronda de bebidas, tenía una justificación para seguir sin chaqueta ahora que los demás ya habían vuelto a ponerse las suyas.

—Lo que no me esperaba que ocurriera nunca, aunque no me creáis, al final ocurrió —añadió la señora Penny—. ¡El primer espíritu que se me apareció en la fiesta de San Juan fue un misterio para mí, os lo aseguro!

—¡Ya me lo imagino! —dijo Elias Spinks.

—Sí —continuó la señora Penny, volviendo la mirada al pasado y en un tono que rezumaba una abstracción placentera, como si no necesitara oyentes—. Sí, ¡en la vida me había aturrullado tanto como esa noche de San Juan! Me pasé la noche en pie, para ver si John Wildway iba a casarse conmigo o no. Preparé el pan, el queso y la cerveza como manda el libro de las brujas, abrí la puerta y esperé hasta que dieron las doce en el reloj, con los nervios de punta, tan tensos que los notaba moverse como las cuerdas de una campana. ¡Así estaba! Y, en cuanto sonó el reloj, vi a través de la puerta, en el camino, a un hombre pequeño con mandil de zapatero.

Aquí, el señor Penny se estiró un centímetro.

—Bueno, pues, John Mildway —continuó la señora Penny—, el que me cortejaba entonces, sabéis que era zapatero, pero bastante grandullón, y yo no entendía qué quería de mí un hombrecillo tan pequeño, como os podéis imaginar. El caso es que se acercaba, y cruzó el umbral: no John, sino el hombrecillo con mandil de zapatero...

—¡No hace falta que insistas tanto en el tamaño! —dijo su marido.

—Entra en casa y se sienta. Y yo, ¡ay, madre!, echo a correr escaleras arriba, descompuesta en cuerpo y alma. Bueno, para abreviar, andando el tiempo, John Wildway y yo reñimos y rompimos; y, ¡quién lo iba a decir!, entonces llega el hombre que tenía que ser: Penny me dice que si quiero casarme con él, y casi sin darme cuenta de lo que hacía la cosa estaba hecha.

—A mí me pareció que te dabas perfecta cuenta, aunque puedo equivocarme —murmuró el señor Penny.

La señora Penny terminó su historia y, al no encontrar una nueva ocupación para sus ojos, los dejó entretenerse en las escenas que acababa de relatar, como si las estuviera viendo en el centro de la sala. El comentario del señor Penny no

recibió ninguna respuesta.

Mientras se daba a conocer esta revelación, es posible que alguien se fijara en el buhonero y en su mujer, retirados en un rincón discreto, misteriosamente juntos, como si una corriente de información, apenas perceptible y sin ninguna relación aparente con la conversación de sus invitados pero de gran valor para ellos, pasara del uno al otro. Por fin llegaron a algún tipo de conclusión, la palpable alianza del hombre y la mujer se desvaneció entonces, y el buhonero se fue a la despensa tarareando una melodía que no acertaba a recordar del todo y rompiendo luego a cantar una canción de la que recordaba más o menos verso y medio. La señora Dewy anunció que era hora de prepararse para cenar algo.

Los mayores del grupo, a quienes les encantaba comer y beber, pusieron cara como de haber olvidado por completo hasta ese momento que era costumbre cenar en estas ocasiones, y subrayaron este rasgo de buena educación hablando de cosas intrascendentes, en un tono demasiado plano y forzado que delató sus intenciones. Los jóvenes dijeron que tenían mucha hambre y que sería delicioso cenar, aunque fuese tan tarde.

La buena suerte asistió a Dick en sus acercamientos románticos durante la comida. Se sentó al lado de Fancy y tuvo el emocionante placer de beber continuamente del vaso que le había quitado a ella por error; de dejar que el borde de la suela de su bota rozara el bajo de la falda de ella. Y, para realzar estos deleites, el gato, que llevaba un rato acurrucado en el regazo de Fancy sin que nadie lo viera, decidió luego pasarse al de Dick, tocándolo con la misma piel que un momento antes había tocado la mano de la joven. Disfrutó además del pequeño placer de servirle unas verduras que a ella no le apetecían y, cuando ya casi habían aterrizado en su plato, retirarlas para servírselas él, con el pretexto de no desperdiciarlas. También, de vez en cuando, miraba de reojo el perfil de Fancy y lo saboreaba dulcemente: se detenía en la forma de la cabeza, la curva del cuello y otras cualidades artísticas de la diosa de carne y hueso que mientras tanto estaba teniendo una conversación bastante libre, por no decir demasiado libre, con el señor Shiner, sentado en frente de ella. Y, después de algunas críticas incómodas y mucho ir y venir de argumentos en la cabeza de Dick, el chico decidió que el diálogo no tenía una importancia alarmante.

—Una música nueva nos deleita ahora los oídos —señaló la señorita Fancy, aludiendo, con la agudeza que exigía su posición como afiladora de cerebros, al contraste entre el golpeteo de los cuchillos y tenedores y las últimas notas de los violinistas.

—Sí. Y no sé yo cuál de las dos resulta más dulce cuando has cumplido los

cuarenta —dijo el buhonero—. Aunque la verdad es que, si pienso en mi padre, nunca ha habido un hombre como él para la música. Se emociona en el alma, ¿verdad que sí, padre?

El abuelo Dewy respondió a esta observación de Reuben con una sonrisa desde su silla lejana.

—Hablando de emocionarse en el alma —dijo la señora Penny—, nunca olvidaré la primera vez que oí la *Marcha fúnebre*. Fue en el funeral del pobre cabo Nineman, en Casterbridge. Se me erizaron los vellos que no veas: se me movían como un rebaño de ovejas, ¡os lo prometo, amigos! Y, cuando terminaron de tocar, cuando ya había sonado la última trompeta y dispararon los cañones sobre la tumba del héroe muerto, me colgaba de la frente una gota de sudor helado, y otra de la mandíbula. Fue un momento muy solemne.

—Pues mi padre, que está ahí en la esquina —dijo el buhonero, señalando al abuelo William, que en ese momento se estaba llenando la boca—, se moriría de hambre por la música, tanto ahora como cuando era un chaval de quince años.

—En realidad —dijo Michael Mail, aclarándose un lado de la garganta como un hombre que pretende ser convincente—, hay un vínculo de amistad entre la música y la comida. —Se llevó el vaso a la boca y bebió, inclinándose gradualmente hacia atrás desde la posición perpendicular a la vez que sus ojos recorrían un circuito desde la pared, enfrente, hasta el techo, encima. Luego se aclaró el otro lado de la garganta—: Una vez, estaba sentado en la cocina de Los Tres Marineros, en Casterbridge, cenando algo, cuando pasó por la calle una banda de metales. ¡Qué banda tan bonita! Y, para no atragantarme, me puse a masticar al compás de la melodía. Que la banda tocaba un compás de seis por ocho, pues yo masticaba en seis por ocho, como fuera. Que tocaban un dos por cuatro, en dos por cuatro masticaban mis dientes los higadillos y los pulmones, sin desviarse ni un pelo.

—Eso es lo menos melódico que he oído en la vida —dijo el abuelo James, con la mirada ausente que acompaña a una crítica profunda.

—Pues entonces a mí no me gustan las historias melódicas de Michael —contestó la señora Dewy—. Son muy vulgares para una persona de buen gusto.

El pobre Michael torció la boca a uno y otro lado, como si quisiera sonreír y no supiera por dónde empezar, hasta que terminó con un gesto que a una mujer fina, como la del buhonero, no le disgustaba corregir.

—Bueno —dijo Reuben, seriamente decidido a zanjar la cuestión—, ese toque vulgar que tanto ofende los sentimientos de Ann es a mi juicio

recomendable, porque siempre demuestra que una historia es verídica. Y, por la misma razón, me gustan las historias inmorales. Todas las historias verídicas, hijos míos, tienen un toque vulgar y son inmorales: o lo uno o lo otro. Si los narradores hubieran podido sacar la decencia y las buenas enseñanzas morales de las historias verídicas, ¿quién se habría molestado en inventar parábolas? — Dicho esto, el buhonero se levantó para traer una nueva remesa de sidra, cerveza, hidromiel y vinos caseros.

La señora Dewy suspiró y añadió un comentario, en apariencia a espaldas de su marido, aunque los dos sabían perfectamente que las palabras llegarían a sus oídos.

—¡Hay que ver qué hombre es este Dewy! Nadie sabe lo que tengo que empeñarme para que sea mínimamente respetable. Y ya le habéis oído, hace un momento, hablando con Michael de «papas», como la gente ordinaria. Pues a mí no me educaron así. En nuestra familia se llamaban como mínimo «patatitas», y normalmente «patatas», nada más. Nuestra madre era muy detallista, y muy buena con nosotras. No había en toda la parroquia una familia mejor educada que la nuestra.

Llegó la hora de despedirse. Fancy no podía quedarse a pasar la noche porque había contratado a una mujer para que la esperase en casa hasta que volviera. Se apartó unos momentos del desfallecido grupo de bailarines y bajó las escaleras poco después, abrigada y transformada en una persona totalmente distinta de la que había sido hasta entonces: de hecho, para tristeza y decepción de Dick, en una mujer algo reservada y de temperamento flemático, en la que no quedaba ni rastro de la muchacha retozona que parecía menos de un cuarto de hora antes, a la que no le molestaba el peso de la mano de Dick en su cintura ni evitaba acercarse al muérdago.³

«¡Qué diferencia! —pensó el joven, convertido *pro tempore* en un viejo cínico—. ¡Qué engañosa y miserable diferencia de modales en una muchacha cuando baila y en otros momentos! Mira a esta preciosa Fancy: tocable, estrujable, incluso besable a lo largo de toda la noche. Medias horas enteras la he tenido tan cerca de mí que ni un papel habría cabido entre nosotros; y sentía su corazón justo al lado del mío, su vida latiendo tan cerca de la mía que notaba hasta el último soplo de su aliento. Ha subido un momento, se ha puesto un manto y un sombrero, y ya no me atrevo a tocarla más que...» Se quedó sin ideas y regresó a la realidad.

Pero este fue un sufrimiento soportable en comparación con el que vino después. El señor Shiner y su cadena de reloj, aprovechando la impertinente

ventaja que los solteros ardientes que vuelven a casa por el mismo camino que una muchacha guapa sacan siempre de estas circunstancias, se acercó para garantizarle a Fancy —con un desprecio absoluto de los sentimientos de Dick y en un tono que ciertamente no tenía nada de glacial— que él no se iría a la cama sin dejar sana y salva a tan hermosa dama en la puerta de su casa, y que no se separaría de su lado ni un centímetro hasta haber cumplido esta misión, así se ahogara en el intento. La señorita Day aceptó el ofrecimiento, según la premonitoria opinión de Dick, con un grado, o al menos unas décimas de calidez, superior a lo que requería un ánimo desinteresado de protegerla de los peligros de la noche.

Todo había terminado, y Dick se quedó mirando la silla en la que se había sentado Fancy y que ahora parecía un engaste del que se ha arrancado la gema. Ahí estaba su vaso, con la romántica cucharadita de vino añejo en el fondo, que no había sido capaz de tomarse a pesar de las poderosas razones del buhonero, que hasta le puso una mano en el hombro como un martillo de vapor: pero quien lo bebía ya no estaba. Ahí estaban las nueve o diez preciosas miguitas que había dejado en el plato: pero quien las comía se había ido.

Tenía Dick la sensación de estar ligado a su familia por una desagradable proximidad ahora que se habían quedado a solas, cara a cara. Su padre le pareció ofensivo, pues estaba tan animado como si los invitados siguieran presentes, y el abuelo James, que aún no se había marchado, parecía endiabladamente contento de haberlos perdido de vista.

—Bueno —dijo el buhonero, en un tono de plácida satisfacción—, he tenido tan poco tiempo para ocuparme de mí en toda la noche que ahora voy a disfrutar tranquilamente de la comida. Una loncha de este jamón, ni demasiado gorda ni demasiado fina: así; unos pocos pepinillos en vinagre, y volveré a estar fresco como una alondra. Y, si te digo la verdad, hijo, estoy tan seco por dentro como un cesto de cal que ha pasado la noche al raso.

—A mí me gusta mucho una fiesta de vez en cuando —dijo su mujer, dejando a un lado los adornos que había ido dando a su tono toda la noche y recuperando su voz natural de casada—. Pero ¡mañana nos espera un montón de trabajo! Entre los platos sucios, los cubiertos, el polvo y el humo, los trozos que se han caído de los muebles con tantas patadas y qué sé yo, a una casi le entran ganas de que no existiera la Navidad... ¡Aaay, madre! —bostezó, mientras el reloj de la esquina daba varios toques. Echó un vistazo a los muebles, descolocados y cubiertos de polvo, y pareció que se quedaba sin fuerzas solo de verlos.

—Bueno, me voy recuperando por momentos, ¡gracias a Dios! —dijo alegremente el buhonero, con la boca llena de pan y jamón, sin levantar los ojos del plato y cortando con el cuchillo y el tenedor como si estuviera talando árboles—. Ann, más vale que te vayas a la cama en vez de quedarte aquí con esa cara de sueño, que la tienes más estirada que un violín, ¡caray! Es verdad que debes de estar cansada. Yo cerraré las puertas y daré cuerda al reloj; tú acuéstate, o mañana estarás blanca como una sábana.

—Sí, no sé yo cómo voy a estar. —La matrona se frotó los ojos para desprenderse de la capa de sueño antes de subir.

Dick se preguntó cómo era posible que la gente casada se volviera tan ciega al romanticismo; y estaba seguro de que, si algún día tomaba por esposa a esa imposible maravilla que era Fancy, ni él ni ella serían nunca tan horrorosamente prácticos ni harían tan pocas demostraciones de pasión como su padre y su madre. Lo más raro era que todos los padres y las madres que conocía eran tan poco expresivos como los suyos.

CAPÍTULO IX

DICK VA DE VISITA A LA ESCUELA

Transcurrieron los primeros días del año, y Fancy, que había pasado las semanas de vacaciones en casa, volvió de nuevo a Mellstock.

Cada minuto libre de la semana que siguió a su regreso lo empleó Dick en pasar como quien no quiere la cosa por delante de la escuela en sus idas y venidas por el vecindario, pero ni una sola vez consiguió verla. Su madre había encontrado providencialmente un pañuelo de la joven mientras limpiaba la casa, el día siguiente a la fiesta, y Dick, con muchas artimañas, la convenció de que se lo diera para devolvérselo a su dueña en algún momento cuando pasara por la escuela. Sin embargo, aplazó la medida extrema de presentarse con el pañuelo, por miedo a que, si ella de verdad no sentía ningún interés por él, su visita pareciera ligeramente absurda, se adivinara la razón y el sentido del ridículo, que era muy acusado en la muchacha, acabara dañando gravemente su dignidad a ojos de ella; y es que la opinión que Fancy tuviera de él, incluso al margen de su afecto, lo era ahora todo para Dick.

Pero llegó la hora en que la paciencia del amor a los veintiún años no resiste más. El sábado se acercó a la escuela con un aire de leve indiferencia y tuvo la satisfacción de vislumbrar al objeto de su búsqueda en el fondo del jardín, tratando de arrancar, con ayuda de una pala y unos guantes, una zarza que había invadido el terreno.

Disimuló sus sentimientos ante las sospechosas ventanas de la casa de enfrente, afanándose en parecer un hombre muy atareado que se dispone a entregar el pañuelo y terminar lo antes posible una misión tan insignificante.

Su empeño fracasó rotundamente cuando, al llegar a la cancela, la encontró cerrada, para que los niños que estaban jugando al pillapilla en el patio no entrasen en el jardín privado de la maestra.

Ella no lo había visto, y lo único que a él se le ocurrió fue llamarla.

—¡Señorita Day!

Pronunció las palabras con una sacudida y un gesto, para dar a entender a las casas de enfrente que ahora era simplemente un muchacho al que le gustaba gritar, como un modo agradable de pasar el tiempo que no guardaba ninguna relación con las personas que pudieran estar en los jardines. El nombre se perdió en el aire, y la distraída señorita Day continuó cavando y arrancando como antes.

Dick se armó de valor para soportar las ventanas de las casas con mayor estoicismo y gritó una vez más. Fancy no se dio la menor cuenta.

Gritó por tercera vez, con desesperada vehemencia, y luego dio media vuelta y se retiró un poco, como si no estuviera allí en absoluto por placer.

Esta vez ella lo oyó, cruzó el jardín y entró en la escuela por detrás. Sus pasos resonaron en el interior, la puerta se abrió, y tres cuartas partes de la cara y el cuerpo de la joven y radiante maestra aparecieron delante de Dick: el marco de la puerta le cortaba un trozo de la mano izquierda. Después de examinar y de reconocer al visitante, la señorita Day se acercó a la cancela.

Al verlo, ¿había aumentado el color de sus mejillas, había disminuido o seguía cubriendo su zona habitual? Fue esta una pregunta que el joven meditó cientos de veces en las horas posteriores, y la meditación, después de tanto enredarse, siempre concluía del mismo modo: que era imposible decirlo.

—Su pañuelo, señorita Day. He venido a traérselo. —Se lo dio con un movimiento torpe y espasmódico—. Lo encontré mi madre, debajo de una silla.

—Ah, muchas gracias por traerlo, señor Dewy. No sabía dónde lo había dejado.

Pero Dick, que no tenía ninguna experiencia en el amor —a decir verdad, nunca había practicado el cortejo más que a la inocente manera de un colegial—, no supo aprovechar la oportunidad, y cometió el error que luego le costaría tantos momentos de amargura y tantas noches en vela.

—Buenos días, señorita Day.

—Buenos días, señor Dewy.

La cancela se cerró —ella se había ido—, y Dick se quedó fuera, en el mismo estado en el que se encontraba antes de llamar. Naturalmente, el Ángel no tenía la culpa, pues una joven que vivía sola no podía invitarlo a entrar en su casa a menos que lo conociera mejor, aunque tendría que haberla retenido un momento antes de caer en la torpeza de esa fatídica despedida. Lamentó no haber pensado mejor, antes de su llegada, en el placer que le producía el hecho

de estar a punto de llegar; y se marchó.

SEGUNDA PARTE

PRIMAVERA

CAPÍTULO I

DE PASO POR LA ESCUELA

Sucedió que, a medida que avanzaba la primavera, Dick tuvo que hacer muchos más viajes de lo habitual hasta entonces, y siempre se encontraba con que la ruta más corta para ir o volver a casa era el camino que bordeaba el jardín de la escuela. Los primeros frutos de su perseverancia fueron que, al torcer la esquina, la decimonovena vez que pasaba por allí, vio a la señorita Fancy, ataviada con un vestido gris oscuro, mirando desde una ventana alta por encima de la copa del sombrero del muchacho. El amistoso saludo que produjo este encuentro inesperado fue para Dick un elixir tan valioso que lo animó a pasar aún más a menudo y, cuando ya casi había abierto una vereda de tanto pisar a los pies de la cerca, donde jamás se había conocido ningún sendero, se vio recompensado con un encuentro en toda regla, cara a cara, en mitad del camino, delante de la cancela. Esto trajo otro encuentro, y otro más, y en todos ellos Fancy traslucía cierto placer de verlo; pero Dick, por más que analizaba cada uno de los pequeños movimientos de la joven horas después de que estos se produjeran, no alcanzaba a decidir qué clase de placer causaba en ella: si exultación por la esperanza que inspiraba su extremada hermosura o el sentimiento verdadero que era la única preocupación para él.

CAPÍTULO II

UNA REUNIÓN DEL CORO

Era un bonito día de primavera, a última hora de la tarde. El sol, que se estaba poniendo, formaba un nebuloso resplandor de luz ámbar, y su silueta se desdibujaba entre las nubes suspendidas como una melena alborotada.

Los principales miembros del coro de la parroquia de Mellstock se habían reunido en la puerta del taller del señor Penny, en el pueblo de abajo. Los envolvía un halo luminoso, y proyectaban una sombra alargada como la aguja de una torre; con la fuente de luz tan baja, las alas de los sombreros no servían de nada para proteger los ojos.

La casa del señor Penny era la última de esa parte de la parroquia y, como se encontraba en una hondonada, al borde del camino, las ruedas de los carros y las patas de los caballos quedaban más o menos a la altura del alféizar de la ventana de su taller. El taller era amplio y de techo bajo, y estaba abierto desde la mañana hasta el final de la tarde, por lo que a cualquier hora se veía al señor Penny trabajando en el interior, como el retrato enmarcado de un zapatero pintado por algún Moroni moderno⁴. Se sentaba mirando al camino, con una bota encima de las rodillas y el punzón en la mano, levantando un momento la vista cuando estiraba los brazos y se inclinaba hacia delante para dar el tirón; sus lentes se reflejaban entonces en la cara de los transeúntes como un destello de absoluta blancura, y el zapatero volvía a mirar su bota como siempre. Hileras de hormas grandes y pequeñas, resistentes y finas, cubrían la pared que formaba el fondo de la escena, y en este espacio de sombra profunda se veía una especie de muñeco con la forma de un aprendiz, sentado y con una cuerda alrededor del pelo, probablemente para apartárselo de los ojos. El aprendiz sonreía al oír los comentarios que llegaban de la calle, pero jamás se tuvo noticia de que respondiera a ellos en presencia del señor Penny. Por fuera, en la ventana,

normalmente había una bota de agua colgada de un gancho en un tablero, como puesta a secar. Lo cierto es que en la puerta no se había instalado ningún letrero, como en los antiguos bancos y las casas mercantiles, porque el zapatero despreciaba la publicidad en todas sus variantes y le habría parecido indigno pintar, para beneficio de desconocidos, el nombre de un negocio que funcionaba únicamente a través de relaciones basadas en el respeto personal.

Sus visitantes estaban al otro lado de la ventana, a veces apoyados en el alféizar, a veces moviéndose uno o dos pasos adelante y atrás. Gesticulando con mucho énfasis, hablaban con el zapatero entronizado entre las sombras del interior.

—A mí me gusta que un hombre respete a los hombres con los que se encuentra en la vida... Al menos los domingos. Eso es lo que yo hago.

—Es que hay gente que no sabe lo que es trabajar un solo día, os lo digo yo.

—Yo creo que él no tiene la culpa: es *ella*. Ella es la mala hierba.

—No, no del todo. Es un pobre idiota. Acuérdate del sermón que nos soltó ayer.

—El sermón estuvo bien. Fue un sermón muy fácil de entender, solo que no pudo escribirlo y leerlo. Es lo único que le pasaba al sermón. Que no tuvo tiempo de pasarlo por la pluma.

—Bueno, sí. Puede que el sermón estuviera bien, pero ten en cuenta que el sermón del Eclesiastés ya estaba en el tintero de Salomón antes de que él lo sacara de allí.

El señor Penny, que en ese momento estaba dando el tirón a la última puntada, tuvo tiempo de levantar la vista y terciar en la discusión.

—Yo creo que no es un buen orador, eso hay que reconocerlo.

—A veces se hace un lío de aúpa con los sermones —dijo Spinks.

—Bueno —dijo el buhonero—, mejor que no digamos eso porque, para unos pobres trabajadores, ni aquí ni en el más allá hay ninguna diferencia en que sus sermones sean buenos o malos, hijos míos.

El señor Penny hizo otro agujero con el punzón, pasó el hilo, levantó los ojos y volvió a hablar mientras extendía los brazos.

—Eso son tejemanejes suyos, amigos; eso es lo que son. —Tensó la cara para dar una fuerza hercúlea al tirón ordinario y añadió—: Lo primero que hizo nada más llegar fue ponerse muy pesado con las cosas de la iglesia.

—Cierto —asintió Spinks—. Eso fue lo primero que hizo.

El señor Penny, que ya había conseguido la atención del grupo, la aceptó,

dejó de coser y tragó una insignificante cantidad de aire, poco más que una píldora, antes de añadir:

—Lo siguiente que hizo fue pensar en hacer reformas, hasta que vio los gastos y los inconvenientes y cambió de idea.

—Cierto, eso fue lo siguiente que hizo.

—Y lo siguiente fue decir a los jóvenes que bajo ningún concepto dejaran los sombreros en la pila bautismal durante el oficio.

—Cierto.

—Y luego esto y luego lo otro, y ahora esta... —El señor Penny no encontró palabras convincentes con que terminar la frase y expresó la conclusión con un tirón.

—Ahora quiere echarnos del coro a todos —dijo el buhonero, al cabo de medio minuto, no para explicar la pausa y el tirón, que se entendieron perfectamente, sino con la intención de seguir insistiendo en el tema antes de la reunión.

La señora Penny salió a la puerta en este momento del debate. Como toda buena mujer casada, por más que se inclinara a interpretar un papel conservador frente al reformismo de su marido, y viceversa en tiempos de paz, se aliaba con él de todo corazón en tiempos de guerra.

—Hay que reconocer que no da la talla —respondió en general a los retazos de conversación que había oído desde dentro—. Está muy por debajo del señor Grinham. —El último párroco.

—Sí. Eso hay que decirlo en su favor. Con ese hombre podías estar seguro de que nunca iba a presentarse a la chita callando cuando estás en medio del trabajo para echarte una bronca.

—Nunca. Pero este señor Maybold, aunque puede que lo haga con muy buena intención, es inaguantable. Porque así no hay quien pueda tamizar las cenizas, fregar los suelos y vaciar los orinales. Os aseguro que no he podido vaciarlos desde hace varios días, a menos que los tire a la chimenea o por la ventana. En cuanto sale el sol, aquí lo tienes llamando a la puerta para preguntar cómo estás. Y es un fastidio encontrarte en la puerta con un caballero cuando estás liada con la limpieza.

—Es que el pobre no sabe hacerlo mejor —dijo el buhonero—. Tiene buena intención. El párroco que te toca es cuestión de suerte: se decide a cara o cruz, y no podemos elegirlo. Supongo que tenemos que aceptarlo como es, hijos míos, y dar gracias a Dios de que no sea peor.

—Me parece que lo he visto mirar a la señorita Day con más afecto de lo que exige el cristianismo —reflexionó la señora Penny—, aunque no me gusta decir eso.

—¡Qué va! No hay nada de eso —dijo el abuelo William.

—Si no hay nada, no veremos nada —contestó la señora Penny, en el tono de quien, a pesar de todo, quizá sigue teniendo su opinión personal.

—¡Ah! El señor Grinham era el mejor —dijo Bowman—. No nos molestaba más que con una visita a final de año. Podías ir adonde quisieras y hacer lo que quisieras con la seguridad de que nunca te encontrarías con él.

—Sí, era un párroco muy razonable —asintió Michael—. Por nuestra puerta no entró más que una vez en la vida, y fue para decirle a mi pobre mujer (¡ay, la pobrecita muerta y enterrada ya, como acabaremos todos!) que como era tan buena y tan mayor y vivía tan lejos de la iglesia ya no esperaba que fuera nunca más al oficio.

—Y también era un caballero muy generoso a la hora de elegir los salmos y los himnos los domingos. «¡Maldita sea! —decía—. ¡Meted ruido y rascad todo lo que queráis, pero a mí dejadme tranquilo!»

—Y le honraba que no nos pidiera a ninguno ir a escucharlo si sabía que nos íbamos de excursión o de juerga, o que le lleváramos a los niños para bautizarlos si tenían predisposición a berrear. Está bien que un hombre no le dé a la parroquia preocupaciones innecesarias.

—Y este otro no nos deja ni un momento en paz. Ese empeño en ser tan bueno y recto lo lleva a extremos nunca vistos.

—Nada más llegar se fijó en que la pila perdía agua y no la retenía: así llevaba años y años. Y, cuando le dije que el señor Grinham nunca se había preocupado por eso, que se escupía en un dedo y bautizaba a los niños igual de bien, dijo: «¡Dios bendito! Que alguien venga a arreglarla inmediatamente. Pero ¡dónde he venido a parar!». Eso, la verdad, no fue un cumplido que digamos para todos nosotros.

—A mí personalmente —dijo el abuelo William—, aunque nos haya declarado la guerra, me gusta que se lo tome todo tan a pecho.

—Tú, que darías la vida por el coro —le reprochó Bowman—, ¿cómo defiendes al enemigo del coro, William?

—Nadie sentirá la pérdida de nuestro trabajo en la iglesia tanto como yo —contestó el viejo con firmeza—. Eso lo sabéis todos. He estado en el coro de grande y de chico, desde que era un chaval de once años. Con todo y con eso, no

me sale decir que es un mal hombre: creo verdadera y sinceramente que es un buen muchacho.

Un rescoldo de la chispa juvenil que en otro tiempo anidaba en los ojos de William animó su mirada mientras decía estas palabras. El sol poniente le imprimía también cierta nobleza de aspecto, dando a su sombra un tamaño titánico, de lo menos tres metros de largo, y alargándola hacia el este en un contorno de imponente magnitud hasta donde terminaba la cabeza, en el tronco de un roble grande y viejo.

—Maybold es un hombre campechano y te dirige la palabra tanto si estás sucio como si estás limpio. La primera vez que me encontré con él fue en un callejón, y aunque no me conocía de nada se paró a saludarme. «¿Qué tal está? —me dijo, y asintió con la cabeza—. Que pase usted un buen día.» La segunda vez nos cruzamos de frente en la calle del pueblo; yo me había hecho un jirón en las polainas al meterme entre unas matas de espinos y zarzas para volver a casa por un atajo, y, como no quería faltarle al respeto dirigiéndole la palabra con esas pintas, fijé la vista en la veleta para que pasara a mi lado como un desconocido. Pues no: «¿Cómo está, Reuben?», me dice, con mucha simpatía. Y me estrechó la mano. Ni aunque hubiera ido yo vestido con lentejuelas de plata de los pies a la cabeza habría sido el hombre más educado.

En ese momento se vio venir a Dick por la calle del pueblo y todos se volvieron a mirarlo.

CAPÍTULO III

UN GIRO EN LA CONVERSACIÓN

—Me temo que Dick es un hombre perdido —dijo el buhonero.

—¿Qué? ¡No! —dijo Mail, dando a entender que era mucho más probable que sus oídos dieran parte de lo que no se decía y no que su juicio pudiera equivocarse.

—Sí —añadió el buhonero sin apartar la vista de Dick, que se acercaba ajeno a todo—. ¡No me gusta nada lo que veo! Demasiado tiempo mirando por la ventana sin fijarse en nada; demasiado limpiar las botas; demasiado asomarse por las esquinas; demasiado mirar el reloj y hablar de las cosas interesantes que «ella» ha hecho, hasta que te hartas de oírlo, y luego, a la menor insinuación en ese sentido, silencio total. Yo he recorrido ese camino una vez en la vida y conozco el terreno, vecinos. Os digo que ¡Dick es un hombre perdido! —El buhonero dio un cuarto de vuelta y sonrió con una sonrisa socarrona y triste a la luna nueva, al fijarse en ella por casualidad.

Los demás se habían puesto tan serios con el anuncio que no podían decir nada y seguían mirando a Dick a lo lejos.

—La culpa la tiene su madre —añadió el buhonero— por invitar a la chica a nuestra fiesta de Navidad. Fue lo primero que pensé en cuanto vi el vestido azul y los tacones finos de la moza. «Dios te guarde, hijo mío. No te hagas ilusiones», me dije.

—El domingo pasado me pareció que se trataban con mucha frialdad —dijo Mail tímidamente, como correspondía a quien no era miembro de la familia.

—Sí, eso es parte de la enfermedad. La frialdad va con ella; la picardía va con ella; las cosas más raras de la tierra van con ella. Tanto da que llegue pronto como tarde, que yo sepa. Y cuanto antes empiece antes acaba, porque venir vendrá.

—Lo que yo me pregunto —dijo el señor Spinks, entrelazando en un mismo hilo los dos temas de la conversación, como es propio en un hombre versado en la retórica, y dando un manotazo para señalar que había que fijarse en la forma más que en el fondo de su observación— es: ¿cómo se ha enterado el señor Maybold de que ella sabía tocar el órgano? Ya sabéis que nosotros supimos de sus propios labios, y no de otros, que ella jamás le había dicho tal cosa, y mucho menos que quisiera tocar.

En mitad de este acertijo, Dick se sumó al grupo, y la noticia que había causado tanta conmoción entre los viejos músicos se le comunicó entonces.

—Bueno —dijo, ruborizándose al oír el nombre de la señorita Day—, por lo que a mí me ha dicho sé que tiene especial interés en no tocar, porque es amiga nuestra, y cómo se ha decidido el cambio no lo sé.

—Este es mi plan —anunció el buhonero, reavivando el espíritu de la discusión al verse imbuido de nuevas ideas, como tenía por costumbre—. Este es mi plan y, si no os gusta, a nadie le hará daño. Nos conocemos todos muy bien, ¿verdad, vecinos?

Que todos se conocieran muy bien se entendió como una afirmación que, aun siendo familiar, no podía omitirse como introducción a ningún discurso.

—Esto es lo que os digo. —Y el buhonero, para mayor énfasis, dio al señor Spinks una palmada en el hombro con una fuerza de varios kilos, a lo que el señor Spinks procuró no dar muestra de sobresaltarse en lo más mínimo—. Os digo que vayamos todos derechos a ver al párroco Maybold mañana por la tarde, en cuanto den las seis. Nos quedamos todos a una en el pasillo y, luego, uno o dos de nosotros hablamos con él de hombre a hombre. Y le decimos: «Párroco Mayble, cada maestrillo tiene su librillo, y la iglesia de Mellstock es suya, pero en vez de echarnos del todo, deje que nos quedemos hasta Navidad, y entonces le cederemos el puesto a esa muchacha, señor Mayble, y dejaremos de hacer ruido. Y descuide, que siempre nos llevaremos la mano al sombrero con mucho gusto cuando nos crucemos con usted, señor Mayble, lo mismo que antes». ¡A que suena bien! ¿Eh?

—La verdad es que suena requetebién, Reuben Dewy.

—Y nada de sentarnos en su casa, para no darle demasiada confianza cuando hayamos terminado de reconciliarnos.

—No tenemos ninguna necesidad de sentarnos. Cumplimos nuestro deber, de hombre a hombre, damos media vuelta y nos largamos. Así nos respetará más.

—No sé yo si Leaf debería venir con nosotros —dijo Mail, mirando a Leaf y

tomándole la medida de arriba abajo—. Es tan bobo que podría estropearlo todo.

—No creo que tenga muchas ganas de ir. ¿Las tienes, Thomas Leaf? —preguntó William.

—¡Jeje! No. No quiero ir. ¡Solo un poquitín!

—Me da un miedo mortal, Leaf, que no sepas decir cuántos cortes hacen falta para afilar una vara —dijo Mail.

—Nunca he tenido cabeza, nunca, así es la cosa. ¡Jeje!

Todos asintieron a esta observación, no con el ánimo de humillar a Leaf, menospreciándolo después de una confesión tan sincera, sino porque era cosa sabida que a Leaf no le preocupaba lo más mínimo no tener cabeza y esa deficiencia suya era un hecho objetivo en la historia de la parroquia.

—Pero ¡sé dar mi agudo! —añadió Thomas Leaf, encantado de que lo tildaran de bobo con tanto cariño—. Sé dar mi agudo tan bien como cualquier moza o mujer casada, y hasta mejor. Y, si Jim no se hubiera muerto, habría tenido un hermano listo. Mañana es el cumpleaños del pobre Jim. Mañana habría cumplido veintiséis si no se hubiera muerto.

—Siempre parece que echas mucho de menos a Jim —dijo el abuelo William con aire pensativo.

—¡Ah! Sí. ¡Lo que habría podido ayudar siempre a madre! Ella no habría tenido que trabajar de mayor si él hubiera seguido fuerte, ¡pobre Jim!

—¿Qué edad tenía cuando murió?

—Cuatro horas y veinte minutos... pobre Jim. Cuando nació debía de ser de noche, y no duró hasta la mañana. No, no duró. Madre le puso Jim el día que tendría que haberlo bautizado si no se hubiera muerto, y siempre se está acordando de él. Como veis, murió muy joven.

—Pues sí, era muy joven —dijo Michael.

—En mi opinión, esa mujer es muy sentimental en cuestión de hijos —dijo el buhonero, abarcando a su auditorio con la mirada.

—¡Cómo no va a serlo! —dijo Leaf—. Tuvo doce, uno detrás de otro, y todos menos yo se le murieron muy jóvenes, o antes de nacer o justo después.

—Pobre hombre. Yo creo que quiere venir con nosotros —murmuró el buhonero.

—Bueno, Leaf, vendrás con nosotros, ya que la tuya es una familia tan triste —dijo el abuelo William con mucha pena.

—En la vida he visto una familia tan triste como esa —asintió Reuben—. A la madre de Leaf, pobre mujer, la veo asomar los ojos todas las mañanas por

detrás del cristal de la ventana, como una flor mustia en una maceta; y, como Leaf tiene una buena voz de tiple y no sabemos lo que haríamos sin él para dar el sol alto, le dejaremos que venga para darle un gusto, pobrecillo.

—Sí, le dejaremos que venga —dijo el señor Penny levantando los ojos, porque en ese momento le tocaba dar el tirón.

—Bueno —continuó el buhonero, dispersando estas digresiones sobre Leaf con un tono de voz distinto—. Sigamos con lo de ir a ver al párroco. Valdría lo mismo que uno de nosotros pasara a preguntarle qué intenciones tiene. Pero dará más lustre a nuestra causa que se presente el coro al completo. Lo importante es que nadie se ponga nervioso. Así que, antes de salir, iremos todos a mi casa a tomar una loncha de tocino, y después cada hijo de vecino se echará al cuerpo una pinta de sidra. Luego tomaremos un traguito de hidromiel para entonarnos algo más, y un poquito de jengibre: como mucho un dedal, ¿entendido?, no más que un traguito para aplacar al hombre que cada cual lleva dentro; y después nos vamos a casa del párroco Mayble. Porque, digo yo, ¿verdad que un hombre no es quien es hasta que se ha fortalecido con un bocado y un trago? Así podremos mirar a la cara a cualquier caballero sin asustarnos ni avergonzarnos.

Mail volvió en sí de una profunda meditación, con la vista en el suelo, a tiempo de respaldar calurosamente esta estrategia, y con esto se levantó la sesión.

CAPÍTULO IV

LA ENTREVISTA CON EL PÁRROCO

A las seis del día siguiente, el coro al completo salió de casa del buhonero y echó a andar por el camino con paso firme. La dignidad de la marcha decayó poco a poco a medida que avanzaban, y, cuando llegaron al cerro que había detrás de la casa parroquial, se habría podido observar en el venerable grupo cierto parecido con un rebaño de ovejas. No obstante, a una palabra del buhonero, formaron en fila de nuevo y, cuando bajaban la cuesta, el continuo pum, pum de sus pasos resonó claramente en el jardín de la casa parroquial. Al abrir la cancela otra vez desordenaron un poco la formación, por culpa de una curiosa costumbre de la puerta, que, si se abría de prisa, chocaba contra el quicio y se cerraba de golpe en las narices de quien la hubiera abierto.

—Ahora, todos a marcar el paso de nuevo —ordenó el buhonero—. Da mejor impresión y se corresponde más con la importancia del asunto que nos ha traído hasta aquí. —Así se acercaron a la casa.

Cuando Reuben llamó a la puerta, los más discretos del grupo se apartaron a un lado, se ajustaron el sombrero y observaron con aire crítico cualquier arbusto que por casualidad se encontrara en su línea de visión, procurando dar la impresión, a quien pudiera asomarse a la ventana, de que lo que iban a pedir, fuera lo que fuera, era más bien una idea espontánea que acababa de ocurrírseles inspeccionando el césped y las matas del jardín del párroco, antes que un plan preconcebido. El buhonero, que pasaba a menudo por la casa parroquial con vituallas, carbón, leña, etcétera, no estaba sobrecogido por el mismo temor que oprimía el pecho de casi todos los demás, y fijó la vista en el picaporte en este intervalo de espera. Como el picaporte no tenía ninguna característica digna de consideración, lo sustituyó por el nudo de la madera de una de las hojas de la puerta y se puso a estudiar los anillos de la veta.

—Señor, están aquí el buhonero Dewy y el anciano William Dewy y el joven Richard Dewy, y todo el coro, señor, menos los chicos... ¡Han venido a verlo! —anunció la criada al señor Maybold, con las pupilas dilatadas como ondas en el agua de un estanque.

—¿Todo el coro? —preguntó el asombrado párroco, a quien quizá proceda describir brevemente como un joven apuesto, de ojos valientes, boca tímida y nariz neutra, dejando de escribir y mirando a la sirvienta después de pronunciar estas palabras, como si creyera haber visto esa cara antes pero no recordara dónde.

—Y parecen muy decididos, y el buhonero Dewy no se desvía a la derecha ni a la izquierda, sino que mira al frente, muy solemne y como quien trae idea de algo.

—Todo el coro —repitió el párroco para sus adentros, intentando con este sencillo mecanismo apartar de sus pensamientos qué podía querer el coro.

—Sí: hasta el último mono, como que estoy viva. —La criada, que había nacido y crecido en el mismo pueblo, se expresaba a la usanza del lugar—. La verdad, señor, es que mucha gente en la ciudad y en el campo cree que...

—En la ciudad y en el campo. ¡Dios mío, no tenía la menor idea de ser del dominio público! —dijo el párroco, y sus facciones cobraron un tono entre el de la rosa y la peonía—. Bueno. «Mucha gente en la ciudad y en el campo cree que...»

—¡Que se va usted a encorajinar!, disculpe la falta de cortesía.

El párroco recordó de pronto que hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que era un craso error animar a su criada Jane a que diera opiniones personales. Por la cara que puso el párroco, Jane vio que se estaba acordando de eso y, apartando la frente del marco de la puerta, se frotó la marca que le había hecho el borde y se alejó por el pasillo mientras el señor Maybold decía:

—Diles que pasen, Jane.

Momentos después se oyeron en el pasillo empellones y tropiezos (reducidos a la forma más fina compatible con la naturaleza de este andar a trompicones); luego, un largo y concienzudo restregar de zapatos, como si hubiera montones de barro que limpiar; pero, como los caminos estaban tan limpios que en las botas del coro no había ni una sola partícula de tierra (todos los mayores llevaban las botas recién engrasadas y las de Dick estaban relucientes), tanto frotamiento quizá estuviera dictado simplemente por las ganas de demostrar que los hombres

respetables no tenían la mezquina intención de aprovecharse de los caminos limpios para abreviar importantes ceremonias. A continuación llegó un susurro fuerte del mismo lugar.

—Ahora, hijos míos, os quedáis aquí quietos, ¡todos! Y no hagáis ningún ruido. Y pegad bien la espalda a la pared, para que la gente pueda pasar cómodamente si quiere sin tener que apretarse entre vosotros; y basta con que entremos nosotros dos. —Era la voz del buhonero.

—¡Ojalá pudiera entrar también a ver la escena! —dijo una voz de flauta, la de Leaf.

—Lástima que Leaf sea tan tonto; si no, entraría —contestó otro.

—¡Nunca he visto que un coro entre en un estudio para hablar a las claras de música y canto! —se defendió Leaf—. Me gustaría verlo al menos una vez.

—Muy bien, le dejaremos que entre —accedió el buhonero—. Tú ni pinchas ni cortas, Leaf, así que da lo mismo. De acuerdo, hijo, ven. —Y al instante, entró con Leaf y el abuelo William.

—Nos hemos tomado la libertad de venir a verlo, señor —dijo Reuben, sosteniendo el sombrero con la mano izquierda y tocándose con la derecha el ala imaginaria de otro que llevaba en la cabeza—. Hemos venido a verlo, de hombre a hombre, y espero que no se ofenda.

—En absoluto —respondió el señor Maybold.

—Este anciano que está a mi lado es mi padre: William Dewy, señor.

—Sí, ya lo veo —dijo el sacerdote, saludando con la cabeza al abuelo William, que sonrió.

—Creí que no lo reconocería al verlo sin el violonchelo —se disculpó el buhonero—. Es que los domingos va siempre con su violonchelo y sus mejores galas, y un hombre mayor cambia mucho con eso.

—Y ¿quién es este joven? —preguntó el párroco.

—Dile cómo te llamas —dijo el buhonero volviéndose hacia Leaf, que se había apoyado con los codos en una estantería de libros.

—Thomas Leaf, santidad —dijo Leaf, temblando.

—Espero que le disculpe lo flaco que está —añadió el buhonero con desdén, dirigiéndose de nuevo al párroco—. Pero no es culpa suya, pobrecillo. Es tonto de nacimiento y nunca ha podido engordar; pero es un tiple excelente, y por eso le dejamos que siga en el coro.

—Nunca he tenido cabeza, señor —dijo Leaf, aprovechando ávidamente la oportunidad de que le perdonaran por existir.

—¡Ah! ¡Pobre muchacho! —dijo el señor Maybold.

—¡Jesús! A él le importa un comino, si a usted no le importa, señor —le tranquilizó el buhonero—. ¿A que sí, Leaf?

—No, a mí me importa un bledo, ¡jeje! Solo me preocupaba que a su santidad no le gustara, señor, nada más.

El buhonero, viendo que Leaf estaba teniendo tanto éxito con sus cualidades negativas, se vio tentado, en un arranque de generosidad, de presentarlo todavía mejor, reconociéndole las positivas.

—Es muy listo para ser tonto, se lo aseguro, señor. Nunca habrá visto a un muchacho con el sayo tan limpio, y también es muy honrado. La pinta cadavérica es lo único que tiene en contra, pobrecillo; pero ya sabe usted que eso nadie lo elige.

—Cierto: nadie lo elige. Tengo entendido que vives con tu madre, Leaf.

El buhonero miró a Leaf para indicarle que ni el mejor amigo de su lengua podía hacer nada más por él, y ahora tenía que apañárselas por su cuenta y riesgo.

—Sí, señor; viuda, señor. ¡Ay! Si mi hermano Jim no se hubiera muerto, ahora tendría un hijo listo y podría vivir sin trabajar.

—Pues sí, pobre mujer. Dale esta media corona. Pasaré a verla.

—Di gracias, señor —susurró imperiosamente el buhonero.

—Gracias, señor.

—No hay de qué. Siéntate, Leaf —dijo el señor Maybold.

—Sí, señor.

El buhonero se aclaró la garganta después de este paréntesis accidental suscitado por Leaf, rectificó su postura corporal y comenzó su discurso.

—Señor Mayble, espero que disculpe mi franqueza, pero siempre me gusta mirar las cosas a la cara. —Reuben se aseguró de que esta frase quedara grabada en la memoria del párroco, dirigiéndole una mirada dura cuando acabó de decirla y volviendo luego la vista a la ventana.

El señor Maybold y el abuelo William miraron en la misma dirección, con la impresión aparente de que las caras de las cosas aludidas estaban ahí a la vista.

—He estado pensando —y al emplear el verbo en pasado el buhonero quiso insinuar que no era ni mucho menos tan descortés para estar pensándolo en ese momento— que habría que dar al coro un poco de tiempo y no disolverlo hasta Navidad. Eso sería lo justo, de hombre a hombre. Y, señor Mayble, espero que disculpe mi franqueza

—Claro, claro... Hasta Navidad —murmuró el párroco, alargando exageradamente las dos palabras, como si la distancia hasta Navidad pudiera medirse así—. Bueno, quiero que todos comprendan que yo no tengo la culpa y tampoco pretendo cambiar la música de la iglesia por medios violentos, ni herir de ningún modo los sentimientos de ningún feligrés. Si he hablado definitivamente de este asunto es porque uno de los coadjutores de la iglesia me ha llamado varias veces la atención, hasta podría decir que ha insistido, sobre una instrumentista. Y, como el órgano que traje sigue aquí esperando —dijo, señalando un órgano de salón que tenía en el estudio—, no veo ningún motivo para aplazar la decisión por más tiempo.

—En ese caso, supongo que nos hemos equivocado, señor. Creíamos que la joven no tenía especial interés en tocar. —El buhonero compuso su expresión para señalar que no pretendía ser inquisitivo en absoluto.

—No, no lo tenía. Ni yo quiero definitivamente que empiece de momento, porque ustedes tocan muy bien. Pero, como les digo, uno de los coadjutores está muy impaciente por el cambio y, tal como están las cosas, no podía negarle mi consentimiento continuamente.

Entonces, por una u otra razón, el señor Maybold pareció pensar que estaba respondiendo con evasivas y, como párroco honrado que era, ni mucho menos quería eso. Se corrigió y se ruborizó, aunque Reuben no entendía por qué tenía que ruborizarse.

—Entiéndame bien —dijo—. El coadjutor me lo propuso, pero yo ya había pensado en convencer a la señorita Day para que tocara.

—¿Qué coadjutor ha sido el que se lo ha propuesto, señor? Disculpe mi franqueza. —El buhonero le dio a entender con el tono que, lejos de ser inquisitivo, ni siquiera le apetecía hacer una sola pregunta.

—El señor Shiner, creo.

—¿Qué dices, hijo mío? Disculpe, señor. Es que tengo esa forma de hablar y a veces se me escapa sin querer. Ese nos tiene inquina por hache o por be. A lo mejor por el ruido que hicimos la noche de Navidad. Lo que está claro es que la razón del señor Shiner no es verdadero amor por un determinado tipo de música. No tiene más oído que esa silla. Pero dejémoslo estar.

—No creo que deba llegar a la conclusión de que el señor Shiner les guarde rencor y por eso quiera cambiar la música. Yo mismo, lo reconozco, prefiero la música de órgano a cualquier otra. La encuentro muy adecuada, y creo que tengo derecho a tratar de introducirla en la iglesia. De todos modos, aunque otra

música sea mejor, no digo que la suya no sea buena.

—Entonces, señor Mayble, si vamos a morir, moriremos como hombres cuando usted quiera, disculpe mi franqueza. —El señor Maybold inclinó la cabeza—. Hemos pensado que dejar sin voz a unos cantantes tan antiguos como nosotros en un momento tan poco especial como este, en los domingos siguientes a la Pascua, sería un feo para los feligreses. Mientras que si caemos gloriosos, con unas pocas florituras en Navidad, tendríamos un final digno, en vez de marchitarnos un triste domingo cualquiera y sin nombre propio, antes o después de una fecha señalada.

—Sí, sí. Eso es razonable: reconozco que es razonable.

—Verá, señor Mayble, tenemos... ¿Le estoy molestando demasiado?

—No, no.

—Tenemos nuestros sentimientos... Mi padre sobre todo.

El buhonero, que estaba muy serio, se había acercado hasta quedarse a un palmo del párroco.

—Claro, claro —dijo el señor Maybold, alejándose un poco por la comodidad de ver—. Sé que todos le ponen mucho entusiasmo, y a mí me satisface que así sea. La tibieza laodicea⁵ es peor que la obcecación.

—Exactamente, señor. La verdad, señor Mayble —continuó Reuben, con una actitud imponente y acercándose un poco más al párroco—, padre es el modelo perfecto de amante de la música. —El clérigo retrocedió, y el buhonero también se separó unos pasos para dejar a su padre bien a la vista, señalándolo al mismo tiempo.

El abuelo William se removi6 inc6modamente en el asiento y, con una m6nima sonrisa en las comisuras de los labios, por educaci6n, dijo que en efecto era un gran amante de la m6sica.

—Ahora ya ve exactamente c6mo son las cosas —a6nadi6 Reuben, mirando de soslayo a los ojos del se6or Maybold para apelar a su sentido de la justicia. Dio la impresi6n de que el párroco veía las cosas tan bien que el agradecido buhonero volvi6 a acercársele con mayor descaro, hasta que los botones de su chaleco casi rozaron los del párroco mientras a6nadi6—: Para padre, si usted o yo o cualquier hombre o mujer de esta generaci6n le blandiera el pu6o delante de la cara cuando est6 sonando la m6sica, tal que as6, y le dijera: «¡No te deleites con la m6sica!» —Y el buhonero se alej6 hasta donde estaba sentado Leaf y levant6 el pu6o tan cerca de la cara del muchacho que este apret6 la cabeza contra la pared—. Tranquilo, chico, que no voy a hacerte da6o. Es solo para que el se6or

Maybe entienda lo que quiero decir. Como iba diciendo, si usted o yo o cualquier hombre blandiera el puño delante de la cara de mi padre, tal que así, y le dijera: «William, tu vida o la música», él diría: «Mi vida». Así es mi padre, y comprenda usted, señor, que a un hombre como él tiene que dolerle que lo despachen como si nada, a él y a su violonchelo. —El buhonero volvió a ponerse delante del párroco y a mirarlo a la cara, muy serio.

—Cierto, cierto, Dewy —asintió el señor Maybold, procurando alejar la cabeza y los hombros sin mover los pies y viendo que le era imposible sin alejarse unos centímetros. Estas continuas retiradas terminaron por dejarlo atrapado entre su silla y el borde de la mesa.

En el momento en que le anunciaron la llegada del coro, el señor Maybold acababa de mojar en el tintero la pluma con la que estaba escribiendo. Cuando entraron los representantes, en lugar de secar la pluma la había dejado encima de la mesa, con el plumín colgando del borde. En su última retirada, las colas del chaleco rozaron la pluma, que cayó, chocó contra el respaldo de la silla, pasó al asiento dando una voltereta y acabó en el suelo tintineando.

El párroco se agachó a recoger la pluma, y el buhonero, con ganas de mostrar que a pesar de sus grandes diferencias eclesiásticas no era tan inflexible para permitir que esto afectara a sus sentimientos sociales, también se agachó.

—Y ¿hay algo más que quiera usted explicarme, Dewy? —preguntó el señor Maybold desde debajo de la mesa.

—Nada, señor. Y ¿no se habrá ofendido, señor Maybe? Espero que comprenda que nuestros deseos son razonables —dijo el buhonero desde debajo de la silla.

—Indiscutiblemente, y no se me ocurriría negarme a escuchar una petición tan razonable —respondió el párroco. Viendo que Reuben había cogido la pluma, recuperó la posición vertical—: Ya sabe usted, Dewy, cuántas veces se dice lo difícil que es actuar de acuerdo con nuestras convicciones y complacer a todas las partes. También podría decirse, y sería igual de cierto, que para un hombre con un mínimo de criterio es difícil sostener cualquier convicción. Ahora bien, en mi caso, veo que tanto ustedes como Shiner tienen razón. Veo que los violines son buenos y que el órgano es bueno. Y si introducimos el órgano no será porque los violines sean malos, sino porque el órgano es mejor. Supongo que eso lo entenderá bien, Dewy.

—Lo entenderé. Y muchas gracias por tener esos sentimientos, señor. ¡Buff! ¡Hay que ver cómo se me sube la sangre a la cabeza cuando me agacho! —dijo

Reuben, que también se había incorporado y había hundido la pluma en el tintero casi hasta el fondo, para que no pudiera salir rodando en ninguna circunstancia.

El grupo de juglares que esperaba en el pasillo veía aumentar su curiosidad a medida que pasaban los minutos. Dick, que no veía esta visita con demasiada simpatía, se cansó pronto y se fue a la escuela. De todos modos, es probable que el sentido del decoro les hubiera obligado a abstenerse de descubrir lo que estaba ocurriendo en el estudio si la pluma del párroco no hubiera caído al suelo. La certeza de que el movimiento de las sillas, necesario para la búsqueda, solo podía ser consecuencia del catastrófico comienzo de una lucha sangrienta, pudo más que todas sus consideraciones, y se acercaron a la puerta, tal como merecía la ocasión. Así, cuando el señor Maybold levantó los ojos después de agacharse, lo que vio en el umbral fue el cuerpo entero del señor Penny, contemplándolo; la cara y los hombros de Mail por encima de la cabeza del señor Penny; la frente y los ojos de Spink por encima de la coronilla de Mail; una parte de la cara de Bowman debajo del brazo de Spink, entre otros fragmentos de cabezas y caras en forma de media luna visibles detrás de ellos; y una docena y pico de ojos erizados de intriga.

El señor Penny, como es el caso de los zapateros y los hombres excitables, al ver que el clérigo lo miraba y no oír una sola palabra, se creyó en el deber de decir algo. No se le ocurrió nada hasta que llevaba medio minuto observando al párroco.

—Disculpe que se lo señale, señor —dijo, contemplando con gran compasión la superficie de la cara del párroco—, pero quizá no se haya dado cuenta de que se ha hecho sangre al afeitarse esta mañana, señor.

—Eso ha sido al agacharse —sugirió el buhonero, observando la barbilla del párroco con profundo interés—. La sangre siempre vuelve a salir si se agacha la parte que ha sangrado.

El abuelo William levantó la vista y se fijó también en la barbilla del párroco, que estaba sangrando; y Leaf dio dos o tres pasos desde la estantería, absorto en la contemplación del mismo fenómeno con los labios entreabiertos y los ojos llenos de placer.

—Madre mía, madre mía —murmuró el señor Maybold atropelladamente, poniéndose muy colorado y frotándose la barbilla con la mano. Luego sacó un pañuelo y se secó la sangre.

—Eso es, señor. Ya está. Parece que no es nada —dijo el señor Penny—. Con un poco de pelusa del sombrero se le pasará en un minuto si vuelve a sangrar.

—Tenga un poco del mío —le ofreció Reuben, para mostrar su buena voluntad—. Mi sombrero está tan nuevo como el suyo, señor, y no se estropeará nada.

—No, no, gracias, gracias —dijo el señor Maybold, otra vez nervioso.

—Parece un corte muy profundo —dijo Reuben, con la sensación de que era el comentario más amable y mejor que podía hacer.

—No, no es para tanto.

—Bueno, señor, a veces a uno le tiembla la mano al afeitarse y, cuando quiere darse cuenta de que se puede cortar, ya está ahí la sangre.

—Le he estado dando vueltas al asunto de cuándo hacer el cambio —dijo el señor Maybold—, y me parece que podemos encontrar una fecha a medio camino. Navidad es demasiado tarde para mí, y ahora es demasiado pronto para ustedes. Les propongo hacerlo por San Miguel o en cualquier otra fecha conveniente para ambas partes, porque creo que la objeción de que sea un domingo cualquiera no tiene demasiado peso.

—Muy bien, señor. Supongo que los mortales no pueden esperar salirse totalmente con la suya, y en nombre de todos le digo que haremos el cambio cuando dice y quedaremos conformes. —El buhonero volvió a tocarse el ala de su sombrero imaginario, y el coro hizo lo mismo—. Por San Miguel, entonces, si es lo que usted propone, y así dejamos paso a la siguiente generación.

—Por San Miguel —asintió el párroco.

CAPÍTULO V

DE VUELTA A CASA

—Entonces, ¿se lo ha tomado muy bien? —preguntó Mail mientras subían todos por el monte.

—Se ha portado como un hombre, sí —dijo el buhonero—. Y me alegro de que le hayamos dado nuestra opinión. Aunque no haya servido de mucho aparte de eso, yo creo que ha valido la pena. No lo olvidará. Sí, se lo ha tomado muy bien. Imaginad que este árbol de aquí fuera el párroco Mayble, y yo estuviera aquí, y esta piedra grande fuera padre sentado en la butaca. Pues va y me dice: «Dewy, no quiero cambiar la música de la iglesia por la fuerza».

—Eso es muy amable de su parte, aunque las palabras se las lleva el viento.

—Mucho, de medio a medio. Claro que —añadió Reuben, en tono confidencial—, así es como se trata a un hombre. A todo el mundo hay que saber llevarlo. A las reinas hay que saber llevarlas; a los reyes hay que saber llevarlos, porque a los hombres hay que saber llevarlos casi tanto como a las mujeres, y eso es mucho decir.

—¡Eso es verdad! —murmuraron los casados.

—El párroco Mayble y yo nos hemos entendido como buenos amigos, casi como hermanos que se han jurado lealtad. Sí, es un buen hombre. Lo que le echa a perder son las cosas que le meten en la cabeza, y por eso teníamos que ir.

—Uno no puede fiarse ni de la mitad de lo que oye.

—Así es, hijos míos, esto no es cosa del párroco. Ese caballero de ahí —el buhonero señaló hacia la granja de Shiner— es el culpable de esta fechoría.

—¡Cómo! ¿Shiner?

—Sí. Y yo veo lo que el párroco no ve. Que Shiner busca favorecer a esa muchacha de la que anoche mismo os decía yo que se ha prendado Dick, aunque

me imagino que eso no puede ser. Quiere que destaque a ojos de la congregación, porque cree que luciéndola podrá conquistarla... Bueno, a lo mejor lo consigue.

—Eso quiere decir que la música va por detrás de la mujer, los otros coadjutores por detrás de Shiner, el párroco por detrás de los coadjutores y Dios Todopoderoso no está por ningún lado.

—Cierto —dijo Reuben—. Y al principio no sabía yo con cuál de todos pelearme. En resumidas cuentas, para salvar mi alma no podía pelearme con un hombre tan educado sin traicionar mi conciencia. Va y le dice aquí a padre, con una voz tan mansa como un corderillo: «William, usted es un hombre mayor, como lo seremos todos. Siéntese aquí en mi butaca y descanse». Y ahí se sentó padre. Me han dado ganas de reírme de ti, padre; porque al principio te lo has tomado a la ligera y luego has puesto cara de susto al ver que se hundía el asiento.

—Es que —se apresuró a explicar el abuelo William— me he asustado al ver que el asiento se hundía, ¿cómo iba a saber yo que tenía muelles?, y he pensado que lo había roto. Y claro, no quería yo romperle la butaca a nadie.

—Os digo yo, vecinos, que cuando un hombre que está tan ofendido ve a su padre sentado en la butaca de su enemigo, y cuando un pobre chico como Leaf da lo mejor de sí, casi como si tuviera cerebro, se le desinflan las velas de golpe, y eso es lo que me ha pasado a mí.

—Si esa picarona —dijo Bowman—, o sea, Fance Day, no se hubiera empeñado tanto en presumir delante de Shiner y de Dick y de todos, creo yo que nunca nos habrían echado de la galería.

—Pues yo creo que Shiner ha disparado las balas, pero quien ha cargado la escopeta es el párroco —contestó el señor Penny—. Mi mujer no para de decir que está enamorado de la chica.

—Eso nunca lo sabremos. Yo no sé a qué carta quedarme con ella.

—Pues deberías saberlo, porque es una chiquilla —dijo el buhonero.

—Cuanto más pequeña la chica, más grande el acertijo, me parece a mí. Y, además, viniendo de esa familia puede ser muy ladina.

—Sí. Geoffrey Day es listo como nadie. Nunca suelta prenda: él no.

—Nunca.

—Podríaís vivir cien años con él, hijos míos, y no saber nunca lo que tiene en la cabeza.

—Sí. Cualquiera de esos chupatintas de Londres dirían que Geoffrey es

tonto.

—Nunca se sabe lo que ese hombre tiene en la cabeza: nunca —dijo Spinks—. ¿Cerrado? ¡Vaya si es cerrado! Bien que sabe morderse la lengua. ¡Da gusto oírlo cuando se queda mudo!

—Es mucho lo que esconde cuando no dice nada. Se ve a las claras lo que está rumiando.

—Se muerde la lengua con mucha pero que mucha astucia —dijo Leaf—. A mí me mira como si viera girar mis pensamientos como las ruedas de un reloj.

—Bueno, todos estamos de acuerdo en que ese hombre sabe callarse, ya sea por mucho o por poco tiempo. Y, aunque no podemos esperar que la chica haya heredado su mutismo, puede que algo haya sacado de su inteligencia.

—Y de su bolsillo quizá.

—Sí, las novecientas libras que todo el mundo dice que él tiene, pero yo digo que son cuatrocientas cincuenta, porque nunca me creo más de la mitad de lo que oigo.

—Bueno, puede que haya ganado una o dos libras, y me figuro que serán para la chica, porque no hay nadie más. Aunque es una faena para ella haber nacido con fortuna y criarse como si no la tuviera, y dejarla que trabaje tanto.

—Él lo hace por principios. Es muy astuto.

—¡Ah —murmuró Spinks—, más duro sería para ella haber nacido con fortuna y quedarse sin ella! Ya me gustaría a mí sufrir lo que ella sufre.

CAPÍTULO VI

EL BOSQUE DE YALBURY Y LA CASA DEL GUARDA

El lunes siguiente por la mañana, estaba Dick risueño como pocas veces lo están los muchachos. Era la semana siguiente a las vacaciones de Pascua, y se había puesto en camino con el carro ligero y la yegua Lista, atento al vapor que desprendían las pendientes mojadas de las laderas con el calor del sol, que en aquella estación de tiempo revuelto iluminaba la hierba con la insolencia de un inspector ocasional más que como un dueño acostumbrado. Tenía que recoger a Fancy y algunos enseres, en casa de su padre, en la parroquia vecina, y llevarla a su casa de Mellstock. Las nubes oscurecían el horizonte a lo lejos, pero las partes más cercanas del paisaje estaban bañadas de blanco por los rayos de sol que atravesaban la densa sombra gris.

El buhonero aún no le había hablado a su hijo de los sentimientos que anidaban en el corazón de Shiner, según se imaginaba él a juzgar por las maniobras del coadjutor. Prefería que los asuntos delicados se arreglaran por sí solos; la experiencia le había enseñado que el incierto fenómeno del amor, tal como existía para otros, no era un terreno en el que él pudiera fundar una sola acción de su vida. Geoffrey Day vivía en el corazón del bosque de Yalbury, que formaba parte de una de las fincas más remotas del conde de Wessex, para quien trabajaba como guarda de caza, leñador y supervisor general del distrito. La carretera que iba de Casterbridge a Londres atravesaba el bosque en un punto no muy alejado de la casa, y en los últimos años habían talado varios árboles entre las ventanas y la cuesta de Yalbury Hill, para que su solitario residente pudiera ver a los transeúntes.

Era una satisfacción entrar en la casa del guarda, incluso como un desconocido, una mañana de primavera tan bonita como aquella. Un penacho de humo de leña salía por la chimenea y caía sobre el tejado como una pluma azul

en el sombrero de una señora, y el sol, que daba oblicuamente en el césped de la entrada, reflejaba su brillo en la fachada y la escalera, iluminando la cara vertical de cada escalón con un resplandor verdoso y cubriendo de sombra la cara horizontal.

El alféizar de la ventana de la sala de estar se encontraba a algo menos de un metro y medio del suelo, y se inclinaba hacia dentro formando un banco amplio y bajo; sobre este banco, lo mismo que en toda la superficie de la pared de abajo, colgaba siempre una sombra profunda que se consideraba molesta en todos los aspectos menos en uno: que las semillas y el agua que se derramaban de la jaula del canario, puesta encima, no ofendían así la vista de las visitas. La ventana formaba una vidriera de cristales nudosos, en distintos tonos de verde, enmarcados, principalmente en la parte inferior, por gruesos perfiles de plomo en forma de rombo. No había para Fancy nada más familiar que la extravagante apariencia de las cosas, vistas desde dentro, a través de estos ojos o nudos circulares que levantaban los sombreros de la cabeza, los hombros del cuerpo, dispersaban los radios de las ruedas de los carros y doblaban los troncos rectos de los abetos en un semicírculo. El techo se apoyaba en una viga atravesada en el centro, y a un lado de ella sobresalía un clavo grande que se usaba única y continuamente como percha para el sombrero de Geoffrey: en el clavo se había dibujado una mancha en forma de arcoíris, grabada por el ala del sombrero cuando se dejaba allí chorreando.

Lo más llamativo de la sala era el mobiliario. Se trataba de una réplica, con objetos inanimados, del antiguo principio introducido por Noé, compuesta en su mayor parte por dos piezas casi iguales de cada clase. Este sistema de mobiliario duplicado tenía su origen en la previsión de la madre de Fancy, ejercida desde el mismo día en que nació su hija. La disposición hablaba por sí sola: nadie que conociera el estilo de la familia podía mirar aquellos muebles sin darse cuenta de que el segundo elemento era una provisión para cuando Fancy se casara y tuviera su propia casa. El ejemplo más evidente era un par de relojes con la esfera verde que hacían tictac desacompasadamente y daban las doce por separado, con una diferencia de dos minutos y medio y tres minutos respectivamente; el uno proclamaba, con florituras italianas, el nombre de Thomas Wood como su fabricante; el otro, arqueado en la parte superior y de aspecto en conjunto más cínico, el de Ezekiel Saunders. Ambos eran relojeros de Casterbridge, ya difuntos, cuya rivalidad acérrima a lo largo de la vida se perpetuaba categóricamente en casa de Geoffrey como en ningún otro lugar. Estas principales muestras de la previsión matrimonial se veían secundadas, a la

derecha, por un par de aparadores de cocina equipados con un juego completo de tazas, fuentes y platos, seguidos a su vez por dos mesitas con ruedas, dos Biblias, dos calentadores de cama y dos juegos de sillas entremezclados.

Pero el último rincón —el de la chimenea— era definitivamente el lado más atractivo del paralelogramo. Tenía el tamaño suficiente para acoger, además de al propio Geoffrey, a su mujer, la butaca y la mesa de trabajo de la señora Geoffrey en el espacio de la línea de la repisa, sin peligro o incomodidad por el calor del fuego, y la amplitud suficiente por arriba para instalar unos palos de los que colgar el tocino, cubiertos con largos jirones de hollín que flotaban al paso de las corrientes de aire como pendones maltrechos en las paredes de antiguos recintos.

Aunque estas características eran comunes a la mayoría de las chimeneas del vecindario, había un rasgo que convertía el hogar de Geoffrey no solo en un objeto de interés para ocasionales visitantes aristocráticos —en quienes el hogar de cualquier casa de campo causaba cierta curiosidad—, sino que también despertaba la admiración de los amigos acostumbrados a los hogares del modelo habitual en la aldea. Esta peculiaridad era una trampilla abierta en el fondo de la chimenea, casi por encima del fuego, por la que el humo se escapaba como una caricia cuando se desviaba de su curso perpendicular. La repisa de madera de la trampilla estaba estampada con una curiosa serie de círculos negros —las quemaduras que habían hecho las bases de las tazas que se habían dejado allí después de haberlas calentado en las brasas del hogar—, y la repisa parecía en consecuencia un sobre que ha pasado por numerosas oficinas de correos.

Fancy flotaba por la sala mientras preparaba la comida, ladeando la cabeza a uno y otro lado, y canturreando fragmentos de melodías que brotaban en su cabeza como setas. Las pisadas de la señora Day se oían en el piso de arriba. Fancy por fin salió a la puerta.

—¡Padre! La comida.

Por la ventana se vio acercarse una figura alta y delgada, con paso bien medido, y el guarda entró del jardín. Parecía ser un hombre que siempre mira al suelo, como si intentara recordar algo que dijo el día anterior. Más que arrugas en la piel tenía fisuras, y unas bolsas por encima y por debajo de los ojos que servían como una especie de párpados exteriores. Una refriega con cazadores furtivos le había dejado la nariz levantada y aplastada, de manera que cuando el sol estaba bajo y le daba en la cara se le veía hasta el cráneo. Destilaba una calma adusta que en momentos de contrariedad habría podido convertirse en hosquedad si no hubiera estado atemperada por la rectitud de espíritu, y que a

veces se transformaba en obstinación por no ir acompañada de sutileza.

Aunque no era demasiado taciturno entre amigos ligeramente más ricos que él, nunca malgastaba palabras con los forasteros y rara vez comunicaba sus pensamientos a su trampero, Enoch, más que afirmando o negando con la cabeza. Un largo conocimiento mutuo de sus costumbres, tanto como de la naturaleza de sus tareas, hacía que las palabras fueran casi superfluas entre ellos como vehículo del intelecto, al tiempo que la coincidencia de sus horizontes y la asombrosa igualdad de sus opiniones sociales, que de vez en cuando asustaban al guarda por ser muy perjudiciales para la teoría del amo y el criado, les prohibía estrictamente permitirse la cortesía de las palabras.

Detrás del guarda llegó Enoch, que había estado echando una mano en el jardín, a la respetuosa distancia cronológica de tres minutos: un intervalo de retraso por parte del trampero no exento de cálculo. Cuatro minutos habrían manifestado falta de respeto por las normas de la casa, y simultaneidad una excesiva ansia de comer.

—¿Un poco antes de lo acostumbrado, Fancy? —preguntó el guarda cuando se sentó y miró los relojes—. Ese Ezekiel Saunders tuyo ha vuelto a adelantarse a Thomas Wood.

—He calculado la hora intermedia entre los dos —dijo Fancy, mirando también los relojes.

—Es mejor fiarse de Thomas —dijo su padre—. Cualquier hombre se dejaría llevar automáticamente por una fe ciega en el saludable compás de Thomas. Es tan fiable como el horario del ferrocarril. ¿Cómo es que no está aquí tu madrastra?

Fancy estaba a punto de responder cuando se oyeron las ruedas de un carro y la voz del señor Richard Dewy gritando: «¡Sooo, Lista!» llegó desde la esquina de la casa.

—Anda, es el carro de Dewy que viene a buscarte, Fancy. Dick también llega antes de tiempo. Bueno, dile que tome un plato con nosotros.

Dick entró por la puerta asegurándose de indicar con su actitud general que su interés por Fancy era el mismo que sentía por cualquier miembro de su misma raza y país. Le habría gustado que ella no se hubiera mostrado tan indiferente en apariencia, como si sus encuentros accidentales nunca hubieran ocurrido, pero lo dejó correr. Enoch se había sentado en diagonal, en una mesa puesta debajo de la rinconera, y se estaba tomando una pinta de sidra en una jarra alargada y decorada con altos abetos pintados en marrón a los lados. De vez en cuando,

intercalaba algún comentario en la conversación general, con la ventaja de participar de los placeres de la charla en la mesa (por intrascendente que fuese) sin cargar con la responsabilidad de dirigirla.

—¿Por qué no baja tu madrastra, Fancy? —preguntó Geoffrey—. Discúlpela, señor Dewy. A veces es un poca rara.

—Sí, claro —dijo Richard, como si tuviera la costumbre de disculpar a la gente a diario.

—Es de esas mujeres que se casan con viudos; una clase bastante curiosa.

—Sin duda —asintió Dick, simpatizando con algo indefinido.

—Sí. Y eso es difícil para una mujer, sobre todo cuando ya ha estado casada antes, como ella.

—Muy difícil. Debe de serlo.

—Sí. Su primer marido era un joven que la consintió demasiado: la verdad es que le armaba unos escándalos tremendos por la cosa más insignificante del mundo. Y, cuando yo me casé con ella y lo descubrí, me dije: «Esto ya no tiene remedio». Así que le dejo que siga. Pero es rara. ¡A veces mucho!

—Lo siento.

—¿Qué se le va a hacer? Las mujeres casadas son una clase social muy irritante porque, aunque nunca llevan razón, nunca se equivocan más que a medias.

Fancy parecía incómoda mientras su padre impartía esta lección de moral doméstica que quizá pudiera deslucir la imagen de hada etérea que Dick, tal como le indicaba su astucia femenina, le había atribuido. El silencio sepulcral de Fancy grabó en Geoffrey la impresión de que alguna de sus palabras no coincidía con las ideas educadas de la muchacha, y decidió cambiar de conversación.

—¿Ha mandado Fred Shiner el tonel de sidra, Fancy?

—Creo que sí. Sí, lo ha mandado.

—Un hombre agradable y serio, Fred Shiner —le dijo Geoffrey a Dick mientras le servía un poco de salsa, acercando la cuchara al plato por encima de la fuente de patatas para no manchar el mantel en el caso de que se derramara.

Ahora bien, Geoffrey no había quitado los ojos del plato en los cuatro o cinco minutos anteriores y, al moverlos, los llevó solo hacia la cuchara, que por lo llena que estaba y la distancia del trayecto necesitaba una estricta vigilancia en todo su recorrido. Con la misma intensidad con que el guarda había puesto la vista en la cuchara, Fancy la había puesto en su padre, sin premeditación aunque sin el más leve atisbo de secretismo, y ahí la dejó clavada. Y lo había hecho por

lo siguiente:

Dick estaba sentado a su derecha, y enfrente de su padre. Fancy había posado la mano levemente en el mantel apenas un segundo, y notó con alarma que Dick, después de soltar el tenedor y frotarse la frente, como si ese fuera el motivo, bajó la mano izquierda, cubrió con ella un tercio de la suya y no la retiró. La inocente Fancy, en lugar de sacar la mano de la trampa, miró a su padre, para evitar que este descubriera el peligroso juego de Dick. Dick terminó su bocado; Fancy terminó su miga de pan; y nada de esto se hizo sin dejar de mirar a los ojos de Geoffrey. Las manos se separaron entonces: la de Fancy se deslizó unos quince centímetros por el mantel; la de Dick poco más de tres. Geoffrey había levantado la vista.

—Digo que Fred Shiner es un hombre agradable y serio —repitió, con mayor énfasis.

—Lo es, sí lo es —balbució Dick—. Aunque yo apenas lo conozco.

—Claro. Yo lo conozco todo lo bien que se puede conocer a un hombre. Y tú también lo conoces muy bien, ¿verdad, Fancy? —Geoffrey habló en un tono peculiar, para subrayar que sus palabras tenían en ese momento unas cien veces más del peso de su significado literal.

Dick parecía inquieto.

—¿Me pasas un poco de pan? —pidió Fancy, aturullada, con un leve rubor y el mayor gesto de preocupación que un ser humano puede mostrar por un trozo de pan.

—Sí, ten —dijo Geoffrey sin darse cuenta—. Sí —añadió, retomando la idea apartada—, seguro que seguimos llevándonos bien con el señor Shiner si las ruedas no encuentran obstáculos.

—Eso es estupendo. Yo diría que es muy importante —dijo el joven, con demasiado ardor considerando que sus pensamientos, en lugar de responder a la observación de Geoffrey, habían anidado a una distancia de cinco centímetros a su izquierda y no se movían de ahí.

—La cara de una muchacha es capaz de cambiar la dirección del viento del norte, señor Dewy: ¡si lo sabré yo! —Dick se puso más nervioso y prestó la máxima atención a estas palabras—. Sí: cambia la dirección del viento del norte —añadió Geoffrey, después de una pausa impresionante—. Y aunque sea de mi propia sangre...

—¿Puedes traer un poco de queso fresco del estante de la despensa? —le interrumpió Fancy, como si estuviera muerta de hambre.

—Sí, ya voy, hija... Y eso que el señor Shiner no dijo nada hasta el último sábado por la noche... ¿Has dicho queso, Fancy?

Dick consiguió dominar la emoción que le causaron estas misteriosas alusiones al señor Shiner, ayudado al detectar que Fancy no compartía el entusiasmo de su padre, y respondió como si no estuviera al corriente de los asuntos del vecindario:

—Sí, se podrían decir muchas cosas del poder de las caras de las muchachas para cambiar el curso de las cosas —se aventuró a decir mientras el guarda iba a por el queso.

—La conversación está tomando un rumbo muy extraño. Yo nunca he hecho nada que justifique que se digan esas cosas —murmuró Fancy con énfasis, subiendo la voz lo justo para que llegara a los oídos de Dick.

—Eso es lo que tú te crees —saltó Enoch desde su rincón, como si quisiera llenar el vacío que había dejado la ausencia momentánea de Geoffrey—. Cásese usted con ella, señor Dewy, y se acabó.

—Por favor, Enoch, no diga eso —le reprendió severamente Fancy. Y Enoch volvió a sumirse en su actitud servil.

—Si estamos destinados a casarnos, nos casamos. Si estamos condenados a quedarnos solteros, solteros nos quedamos —fue la respuesta de Dick.

Geoffrey ya había vuelto a sentarse, y esta vez afinó los labios, tensándolos sobre las encías, y contempló por la ventana las vistas de la cuesta que subía hacia el cerro de Yalbury.

—Ese no es el caso de todos —dijo al cabo de un rato, como si leyera las palabras escritas en un cartel al fondo del prado.

Fancy puso cara de interés y Dick dijo:

—¿No?

—Esa mujer mía, por ejemplo. No estaba destinada a ser la mujer de nadie en todo el universo. Pero se empeñó en serlo, y lo ha conseguido dos veces. ¿Destino? El destino no pinta nada cuando una mujer se le pone delante: es un niño indefenso en sus manos.

Se oyeron entonces movimientos en el pasillo del piso de arriba, y pasos que bajaban. La puerta que había al pie de la escalera se abrió, y la segunda señora Day apareció en el umbral, sin apartar la vista de la mesa mientras se acercaba, aparentemente ajena a la presencia de otros seres humanos que no fueran ella. Dicho de otro modo: si la mesa hubieran sido las personas y las personas la mesa, su mirada habría sido lo más natural del mundo.

Parecía dueña de un rostro de mujer corriente, un pelo gris como el hierro, unas caderas mínimas y una limpieza extraordinaria en la amplia cinta blanca del delantal que le cubría el vestido oscuro desde la cintura.

—Me imagino que ahora la gente saldrá corriendo con el cuento de que los manteles de Jane Day están viejos y andrajosos como los del sindicato de los mendigos —dijo.

Dick se fijó entonces en que el mantel estaba un poco usado y, después de reflexionar un momento, llegó a la conclusión de que «la gente», en el lenguaje de la madrastra, probablemente era él. Al levantar los ojos descubrió que la señora Day había vuelto a esfumarse en el piso de arriba y volvía justo en ese momento con un montón de manteles de hilo de damasco, doblados en cuadrados y planchados hasta dejarlos duros como tablas. Los lanzó sobre una silla, cogió uno, lo desplegó de una sacudida y lo extendió sobre la mesa por partes, trasladando poco a poco las fuentes y los platos del mantel viejo al nuevo.

—Y ¡también me imagino que dirán que no tiene un cuchillo y un tenedor decentes en su casa!

—Yo nunca diría una cosa tan malintencionada... —empezó a decir Dick. Pero la señora Day había desaparecido en la habitación de al lado. Fancy parecía angustiada.

—¿Verdad que es una mujer muy rara? —dijo Geoffrey, mientras seguía comiendo tranquilamente—. Pero ya es demasiado tarde para curarlo. Lo tiene tan enquistado que para sacárselo habría que matarla. Sí, es muy rara: se quedaría usted pasmado si viera las cosas de valor que tenemos guardadas en el piso de arriba.

Otra vez apareció la señora Day, con una cubertería completa de acero brillante con el mango de asta: hasta con tenedores de servir y cuchillos de trinchar. Les limpió el aceite con que los había impregnado para conservarlos y fue dejando un cuchillo y un tenedor al lado de cada comensal, a golpetazos, clavó el cuchillo y el tenedor de trinchar en la fuente de la carne y retiró los que ya se habían usado.

Geoffrey cortó plácidamente una loncha de carne con los cubiertos nuevos y le preguntó a Dick si quería un poco más.

La mesa se había preparado para la combinación de comida y té a medio día que, entre la gente de campo, era frugal.

—La gente de por aquí —continuó la señora Day sin mirar a ningún ser vivo mientras apartaba rápidamente el servicio del té, de cerámica de Delft marrón—

es la más perezosa, la más cotilla y el mayor hatajo de cazadores furtivos que he conocido nunca. Y ahora ¡me imagino que hablarán de mi tetera y de mis tazas! —Se llevó la tetera, las tazas y los platos y volvió con un servicio de té de porcelana blanca y un paquete envuelto en papel marrón. Abrió el paquete, retiró los pliegues de papel de seda que había dentro y sacó una tetera de plata reluciente.

—Te ayudaré a preparar las cosas —dijo Fancy para tranquilizarla, levantándose del asiento—. Tendría que haber sacado la mejor vajilla, pero —aquí amplió la mirada para abarcar también a Dick— como llevo mucho tiempo fuera de casa cometo unos errores garrafales cuando hago las tareas. —Ofreció entonces este radiante pajarillo sonrisas y dulzura por doquier.

Concluidos estos preparativos y otras modificaciones, la señora Day ocupó su puesto en la cabecera de la mesa y presidió con mucha compostura la última parte de la comida, la correspondiente al té. Puede causar cierto asombro saber que, ahora que se había olvidado de sus manías, resultó ser una persona excelente, con un gran sentido común y hasta con una reverencia religiosa en lo relacionado con sus achaques.

CAPÍTULO VII

DICK SE HACE ÚTIL

Las alusiones fortuitas de Geoffrey al señor Shiner tuvieron el efecto de reducir considerablemente el buen curso de la conversación espontánea que de otro modo habría brotado del joven Dewy en el viaje de vuelta a casa. Y cierta observación que le hizo a Fancy, de una manera demasiado brusca e impaciente, dejó a la muchacha aún más callada de lo que estaba él. Se mostraban los dos reacios a hablar de nada que no fueran asuntos triviales, y sus frases rara vez se alargaban más de lo que se podía expresar con dos o tres palabras.

Como Fancy llegó más tarde de la hora que le había prometido a la mujer de la limpieza, esta se había cansado de esperarla, y Dick no pudo por menos que quedarse y ayudarla amablemente en el enojoso momento de entrar e instalarse en una casa vacía después de haber estado una semana fuera. Bajaron del carro los muebles y demás enseres que habían traído (entre otros una jaula con un canario) y luego desengancharon a la yegua y la dejaron en el prado de enfrente, donde había algo de hierba fresca. Dick encendió el fuego, que ya estaba preparado, y la actividad empezó a soltarles un poco la lengua.

—¡Vaya! —dijo Fancy—. Nos hemos olvidado de traer los accesorios de la chimenea.

Cuando se instaló en la vivienda, había encontrado en la sala de estar, en consonancia con la expresión «casi amueblada» con la que el director del colegio la describía en la carta que le había enviado, una mesa, tres sillas, un guardafuegos y una alfombra. El «casi» lo había complementado hasta entonces con ayuda de una amable amiga que le prestó su vajilla y los accesorios de la chimenea hasta que pudiera traerlos de casa de su padre.

Dick se ocupó del fuego utilizando el mango del látigo como atizador, hasta que lo destrozó y tuvo que seguir con el palo de una valla.

—La tetera ya está hirviendo. Ahora podrá tomar una taza de té —dijo Fancy, rebuscando en el cesto que habían traído.

—Gracias —dijo Dick, a quien el viaje había abierto las ganas de tomar un té, sobre todo en compañía de Fancy.

—Bueno... aquí solo hay una taza y un platito. ¿En qué estaría pensando mi madre? ¿Le molesta si lo tomamos por turnos, señor Dewy?

—En absoluto, señorita Day —dijo el educado muchacho.

—Y ¿se conforma solo con una taza? O ¿solo con un plato?

—Me da completamente igual.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir la taza, si usted prefiere el plato.

—Y ¿el plato si prefiero la taza?

—Exactamente, señorita Day.

—Gracias, señor Dewy, porque prefiero la taza decididamente. Un momento: ¡ahora faltan cucharas! —Volvió a buscar en el cesto y al cabo de un buen rato levantó la mirada y dijo—: Me imagino que no le molesta si no encuentro una cuchara.

—En absoluto —dijo el complaciente Richard.

—Es que las cucharas se han ido al fondo, debajo de todo lo demás. Ah, aquí hay una, pero solo una. Me imagino que preferirá tener una cuchara a no tenerla, señor Dewy.

—En realidad no. Las cucharas nunca me han interesado demasiado.

—Entonces la usaré yo. A mí sí me interesan. Tendrá que remover el té con un cuchillo. ¿Me haría el favor de apartar el hervidor para que no se consuma el agua?

Dick se acercó a la chimenea de un salto y retiró el hervidor con diligencia.

—¡Vaya, con las prisas se ha puesto la mano negra! Aquí siempre utilizamos un agarrador, ¿tan poco sabe de la vida doméstica, señor Dewy? Bueno, da igual que se haya tiznado la mano. Venga. Yo también me voy a lavar las manos.

Se acercaron a una jofaina que había en la habitación trasera.

—Es la única jofaina que tengo —dijo Fancy—. Súbase las mangas y cuando yo me haya lavado las manos puede empezar usted.

Ya tenía las manos dentro del agua.

—¡Ay, qué fastidio! No queda ni una gota de agua para usted a menos que la traiga del pozo, y tiene qué sé yo cuántos metros de profundidad. Toda la que

había en la jarra la he puesto en el hervidor y esta jofaina. ¿Tiene algún inconveniente en mojarse las puntas de los dedos en la misma...?

—En absoluto. Y, para ahorrar tiempo, no esperaré a que haya terminado, si no tiene usted ninguna objeción.

Dicho esto, metió las manos en el agua, y los dos remaron a dúo. Era la primera vez en la vida que Dick tocaba unos dedos femeninos debajo del agua y, naturalmente, registró la sensación como muy agradable.

—La verdad es que no sé cuáles son mis manos y cuáles las tuyas, de tanto como se han mezclado —dijo Fancy, retirando las manos de repente.

—Eso no tiene ninguna importancia, al menos por mi parte.

—¡Ay! ¡No hay toalla! ¿Quién se acuerda de una toalla hasta que tiene las manos mojadas?

—Nadie.

—«Nadie.» Qué aburrido se hace todo cuando la gente es tan complaciente. Vamos, señor Dewy. ¿No podría levantar la tapa de esa caja con el codo y luego, con algún ardid, sacar la toalla que encontrará debajo de la ropa limpia? Pero asegúrese de no tocar nada con las manos mojadas, porque todo lo de arriba está almidonado y planchado.

Con ayuda de un cuchillo y un tenedor, Dick consiguió sacar una toalla de debajo de un vestido de muselina sin tocar este último y, por un momento, se atrevió a hacer una observación crítica:

—Temo por ese vestido —dijo, mientras se secaban las manos a la vez.

—¿Qué? —preguntó la señorita Day, mirando el vestido aludido dentro de la caja—. Ah, ya sé lo que quiere decir... ¿Que el párroco nunca me permitirá ponerme esa muselina?

—Sí.

—Bueno, sé que está condenada por todas las órdenes de la Iglesia, por ostentosa e impropia de las muchachas sencillas que tienen que ganarse la vida. Pero ya lo veremos.

—Por el bien de la Iglesia, espero que no lo diga en serio.

—Lo digo en serio, pero ya lo veremos. —Hizo con los labios un gesto de determinación muy favorecedor, muy agradable para un interlocutor que no era ni obispo ni sacerdote ni diácono—. Creo que puedo manejar la opinión que cualquier clérigo tenga sobre mí, si no pasa de los cuarenta años.

Dick habría preferido que a ella nunca se le hubiera ocurrido la idea de manejar a los clérigos.

—Tomaré con mucho gusto un poco de su delicioso té —dijo, con bastante libertad, aunque con modestia, como corresponde a quien ocupa una posición entre la de visitante y reo, contemplando con nostalgia su platito solitario.

—Yo también. ¿Hay algo más que necesitemos, señor Dewy?

—Yo diría que no, señorita Day.

Fancy se dispuso a sentarse mientras miraba por la ventana con aire pensativo cómo disfrutaba Lista con la rica hierba del prado.

—Parece que nadie se interesa por mí —murmuró, con los ojos perdidos en el cielo, por detrás de Lista.

—Puede que el señor Shiner se interese —dijo Dick, en el tono de un hombre ligeramente dolido.

—Sí, lo había olvidado. Sé que él sí.

Dick lamentó al instante haber mencionado al señor Shiner, a la vista del lamentable efecto que había producido.

—Estoy segura de que usted se interesará mucho por alguien algún día, ¿verdad, señor Dewy? —añadió ella, mirando con mucha ternura al centro matemático de los ojos de Dick.

—Sí, seguro que sí —asintió él, también con ternura y mirando a su vez en las negras pupilas de Fancy, que se apartaron entonces.

—Quiero decir —añadió ella, interrumpiéndole justo cuando estaba a punto de ofrecerle un contundente relato de sus sentimientos—, quiero decir que nadie viene a ver si estoy aquí... Ni siquiera el párroco.

—Si quiere usted verlo, pasará a decírselo en cuanto hayamos tomado el té.

—¡No, no! ¡No deje que aparezca por nada del mundo mientras tenga este desorden! Los clérigos se llevan una decepción y se sienten muy incómodos cuando una tiene la casa empantanada. Empiezan a dar vueltas y a hacer sugerencias imposibles, con pintorescas frases académicas, hasta que te ponen los pelos de punta y te dan ganas de verlos muertos. ¿Lo toma usted con azúcar?

Justo en ese momento se vio llegar por el sendero al señor Maybold.

—¡Vaya! ¡Es él! ¡Ojalá no estuviera usted aquí! Qué situación tan embarazosa. ¡Madre mía! —exclamó Fancy, con un repentino acceso de sangre en las mejillas y, por lo visto, más enfadada con Dick que con el párroco.

—Por mí no se alarme, señorita Day, se lo ruego... ¡Buenas tardes! —Y Dick, enfurruñado, se puso el sombrero para salir precipitadamente por la puerta de atrás.

Agarró y enganchó a la yegua, y ya estaba montando los ejes para ponerse en

camino cuando vio al párroco por la ventana, subido encima de un montón de libros puestos en una silla para clavar un cuadro en la pared. Fancy, con gesto recatado, le acercó la jaula del canario como si en la vida solamente hubiera visto párrocos y canarios.

CAPÍTULO VIII

DICK SE ENCUENTRA CON SU PADRE

Varios minutos pasó Dick de camino a casa reflexionando con tanta angustia sobre su riña con Fancy que la carretera y el paisaje eran para él como una bruma que cubría las auténticas imágenes de sus pensamientos. ¿Era una coqueta? El equilibrio entre la prueba de que lo quería y la de que no era perfecto, tanto que el muchacho no encontraba estabilidad en su opinión. Fancy había dejado que le cubriera las manos con las suyas; había permitido que su mirada cayera a plomo en las profundidades de sus ojos —y la suya en los de ella— tres o cuatro veces; se había mostrado muy atrevida con la jofaina y la toalla; y pareció que se disgustaba cuando él habló de Shiner. Por otro lado, le había hecho seguirla por la casa como un perro o un gato faldero, había dicho que Shiner se interesaba por ella, y parecía impaciente por que al señor Maybold le ocurriera lo mismo.

En esto iba pensando mientras se acercaba al letrero del cruce de Mellstock, sentado en el pescante de la carreta con las piernas colgando y el cuerpo sacudido como la llama de una vela por el trote de Lista, cuando vio bajar por la cuesta a su padre en el carro ligero, estremecido como él por sacudidas a menor escala, únicamente las que ocasionaban las piedras del camino. No tardaron en cruzarse de frente.

—¡Sooo! —le dijo el buhonero a Risueña.

—¡Sooo! —le dijo Dick a Lista, con un eco de la misma voz.

—¿Ya la has dejado en casa? —preguntó Reuben tranquilamente.

—Sí —dijo Dick, con tanta contundencia como si no fuera a decir una sola palabra más en la vida. Risueña, pensando que ahí terminaba la conversación, se preparó para seguir adelante.

—¡Sooo! —dijo el buhonero—. Te voy a decir lo que pasa, Dick. Que esa

chica se te ha metido en la cabeza más de lo que te conviene, hijo. Ahora nunca estás contento más que cuando sufres por ella por una cosa o por otra.

—No sé qué dices, padre —contestó Dick, como un memo.

—Pues yo sí que lo sé. ¡So, Risueña! Malditas mujeres que ahora no hacen más que buscar a los jóvenes y llevarlos por mal camino.

—Bah, padre. Estás repitiendo lo que dice todo el mundo, nada más.

—El mundo es muy sensato sobre las cosas en general, Dick, muy sensato.

Dick se quedó mirando, a lo lejos, los amplios terrenos de una finca hipotecada.

—Me gustaría ser rico como un hidalgo y que él fuera pobre como una rata —murmuró—. No tardaría en pedirle algo a Fancy.

—A mí también me gustaría, hijo, de todo corazón. Solo te digo que pienses bien qué es lo mejor.

Lista se movió uno o dos pasos.

—Supón, padre... ¡eepa, Lista!... que hubiera estado pensando un poco en ella y tuviera una oportunidad que no tengo. ¿No crees que ella es muy buena para... para...?

—Sí, es buena. Muy buena. Cuando te decidas a casarte, quédate con la primera mujer respetable que se presente. Ella es tan buena como cualquier otra; en el fondo todas son parecidas: solo se diferencian en los adornos. Es muy buena, pero no entiendo por qué demonios un chico como tú, con una casa cómoda y un hogar, y un padre y una madre que te quieren y que te han llevado a un colegio tan bueno que ha sido casi una injusticia para tus hermanos, vas corriendo detrás de una joven que solamente intenta meterse un marido en el bolsillo, a la chita callando, y lo mismo le da uno que otro, dispuesta a condenarse a la pobreza, a ella y a su familia, sin sombrero ni gorra ni peluca ni chaleco que poner a sus hijos: que me muera aquí mismo si lo entiendo, y ¡no te digo más, hijo mío!

Dick miró las orejas de Lista y luego el cerro, pero nada de lo que encontraba su mirada le sugería ninguna razón.

—Supongo que por lo mismo que lo hiciste tú, padre.

—¡Caray, hijo, ahí me has pillado! —Y el buhonero se permitió mostrar una adusta admiración, con el gesto de un hombre demasiado magnánimo para no apreciar el arte de un pequeño rapapolvo, aunque fuera dirigido contra él.

—Te guste o no, le he preguntado una cosa cuando íbamos por el camino.

—¿No me digas? ¿De verdad? ¡Caray! ¡La gracia que le va a hacer a tu

madre! Bueno, está preparada, no lo dudo.

—No le he pedido que se case conmigo. ¡Si me dejas hablar, te diré lo que quiero saber!... Solo le he preguntado si me quería.

—¡Uuuyyy!

—Y entonces se ha quedado callada medio kilómetro, y luego ha dicho que no lo sabía. Bueno, lo que quiero saber es... ¿qué significa esa contestación? —pronunció estas últimas palabras tajantemente, como si le trajera sin cuidado hacer el ridículo ante todos los padres de la tierra.

—Lo que significa esa contestación —respondió el buhonero con parsimonia — es que quiere que el significado siga oculto por ahora. Bueno, Dick, como padre te digo sinceramente que no voy a negar lo que tú ya sabes perfectamente; es decir, que como el bolsillo de su padre anda mejor que el nuestro, la acogeré de mil amores si así tiene que ser.

—Pero ¿qué crees que quería decir en realidad? —insistió Dick, insatisfecho.

—Me temo que no valgo yo mucho para adivinar, y menos aún sin estar presente cuando lo dijo. Además, tu madre es la única mujer a la que me he acercado tanto en esas cosas.

—Y ¿qué dijo madre cuando se lo pediste? —preguntó Dick, con aire pensativo.

—No veo de qué te sirve saber eso.

—El principio es el mismo.

—Bueno, sí. ¿Qué dijo? A ver... Yo estaba engrasando mis botas de diario sin quitármelas, con la cabeza colgando, justo cuando ella rozó la cancela del jardín como una hoja juguetona. «Ann», le dije, y luego... Pero, Dick, yo no creo que a ti te sirva de nada, porque nosotros éramos una pareja rara, tu madre y yo... Al menos uno de los dos lo era: es decir, yo. Y los encantos de tu madre eran más de modales que físicos.

—Da lo mismo. «Ann», le dijiste.

—«Ann», le dije, como te iba diciendo... «Ann —le dije, mientras me engrasaba las botas de diario con la cabeza colgando—: ¿quieres casarte conmigo?» Lo que ocurrió después no lo recuerdo bien, porque ha pasado mucho tiempo. Puede que ella se acuerde: tiene mejor memoria que yo para sus pequeños triunfos. La historia, en resumidas cuentas, es que cuando quise darme cuenta nos habíamos casado. Fue un martes de Pentecostés (el club de Mellstock desfilaba ese mismo día, de dos en dos) y hacía muy buen tiempo, un calor achicharrante. ¡No veas cómo me daba el sol en la espalda camino de la iglesia!

Recuerdo que iba sudando a chorros, en cuerpo y alma... Pero Fance se casará contigo, Dick. No se irá con otro: no tendremos esa suerte.

—No lo sé —dijo Dick, fustigando a Lista en el flanco por puro capricho, de un modo que, la yegua se dio cuenta, no guardaba ninguna relación con lo que estaba pasando—. Y aparte de eso está el párroco Maybold. Lo tengo todo en contra.

—¿Qué pasa con él? ¿No habrá estado esa chica metiendo en tu inocente corazón que él está enamorado de ella? ¡Señor, qué vanidad tienen las mozas!

—No, no. Pero ha ido a su casa, y he visto que a él lo miraba de una manera y a mí de otra, muy distintas las dos. Y, cuando me marchaba, él le estaba colgando la jaula del pájaro.

—Bueno, ¿por qué no iba a colgarle el hombre la jaula del pájaro? La ocasión la pintan calva. ¿Qué tiene eso que ver? Mira, Dick, no digo que seas un cobarde, pero tampoco es que seas un toro bravo, ¿qué quieres que te diga?

—Sí, ya.

—Y ahora ¿qué piensas hacer?

—No lo sé.

—Te voy a dar otro quebradero de cabeza. ¿Quién crees que ha sembrado la cizaña para que nos echen de la iglesia? ¿Te lo ha contado la cuadrilla?

—No, supongo que el párroco Maybold.

—Shiner, porque está enamorado de tu moza y tiene ganas de ver su bonita figura sentada delante de ese instrumento tan raro, y sus bonitos dedos aporreando las teclas.

Esta revelación de su padre produjo en Dick una intensa mezcla de dulce y amargo.

—Shiner es idiota. No, eso no es verdad. No me lo creo, padre. Shiner nunca se habría atrevido a dar un paso así si ella no estuviera conforme y lo viera con buenos ojos. ¡Qué va!

—Y ¿quién dice que ella no esté conforme?

—Lo digo yo.

—Tú sigue engañándote.

—¿Por qué me dices eso?

—¿Te ha dado alguna esperanza?

—No.

—Pues lo mismo ha hecho con él. ¡Caramba con las mozas! Te voy a decir

cómo es una moza. Te jurará y te perjurará que se muere por ti; pero, a la vez que te lo dice, mirará de reajo a otro muchacho sin dejar de morirse por ti al mismo tiempo.

—Ni se muere por mí ni le ha mirado de reajo a él.

—Entonces puede que se esté muriendo por él, porque a ti te ha mirado.

—La verdad es que no entiendo nada —dijo Dick con pesadumbre.

—Lo único que yo entiendo —contestó el buhonero, levantando el látigo, preparando sus músculos y articulaciones e indicando a la yegua que echara a andar— es que, si no sabes leer los pensamientos de una moza por sus gestos, me parece a mí que la naturaleza te está dando la señal de que te quedes soltero. ¡Arre, Risueña, arre! —Y el buhonero siguió adelante.

Dick sujetó con fuerza las riendas de Lista, pero ni la yegua ni el carro ni el hombre se avenían a arrancar sus raíces del camino. Es difícil saber cuánto habría podido durar esta situación si los pensamientos de Dick, después de acumular abundantes razones para el sufrimiento, no se hubieran acercado poco a poco a la certeza de que algo había que hacer y quedándose allí toda la noche no podría hacer nada.

Cuando llegó a casa, subió a su dormitorio, cerró la puerta como si no fuera a salir de allí en la vida, cogió una cuartilla, descorchó el tintero y se dispuso a escribir una carta. La dignidad de los propósitos del escritor se derramaba en cada línea con una intensidad que oscurecía notablemente la secuencia lógica de hechos e intenciones; y no estaría del todo claro para un lector si en ese momento había dejado de querer a la señorita Fancy Day, si nunca la había querido de verdad ni tenía intención de quererla nunca, si hasta ese preciso instante se había estado muriendo y ahora se había propuesto curarse, o si hasta entonces había gozado de buena salud y ahora se proponía morir por ella de inmediato.

Metió la carta en un sobre, lo cerró y escribió la dirección con severa caligrafía de trazos rectos, prohibiéndose rigurosamente ninguna floritura espontánea. Salió al camino con el sobre en el bolsillo, dando zancadas ni un centímetro menores de un metro. Adoptó una expresión firme y decidida cuando ya estaba cerca de la puerta de la muchacha, la borró de su rostro, volvió a casa, rompió la carta y se sentó.

El tono de la carta era de lo más inoportuno: eso tenía que reconocerlo. Lo que exigía la coyuntura era expresarse como un hombre de mundo: un tono cruel. Que la quería mucho y que no la quería: esto último lo dejaba a elección

de Fancy; pero que, como miembro de la sociedad, se permitía el desparpajo de hacerle una pregunta que únicamente podía responderse de la misma manera: ¿significaba algo su manera de comportarse con él o no?

Esta carta le pareció convincente en todos los aspectos, tanto que después de dejarla en manos de un niño y ordenarle que la llevase corriendo a la escuela le advirtió de que no mirara atrás si él lo llamaba y le pedía que se la devolviera, sino que siguiera corriendo como si nada. Una vez tomada esta precaución frente a posibles dudas, Dick se quedó mirando cómo se alejaba su mensajero y entró luego en casa silbando una tonada, con unas sacudidas y unos arranques tan horribles que el acto de silbar parecía lo más alejado de lo que en el muchacho era instintivo.

La carta se entregó según lo ordenado: llegó y transcurrió la mañana siguiente sin que hubiera respuesta. También la siguiente y la siguiente. Llegó la tarde del viernes. Dick decidió que, si Fancy no daba respuesta o señal al día siguiente, o el domingo, iría a buscarla y se lo diría todo a la cara, de viva voz.

—Dick —dijo su padre, que justo en ese momento venía del jardín con una colmena de abejas en cada mano, envueltas en una tela para que no se le escaparan—, creo que será mejor que mañana lleves tú estos dos enjambres a la señora Maybold y yo me vaya con Risueña y el carro.

Fue un alivio, porque la señora Maybold, la madre del párroco, a quien últimamente le había dado el capricho de criar abejas (pudorosamente disimulado con la excusa de que era más económico producir su propia miel), vivía cerca del arroyo de Budmouth Regis, a más de quince kilómetros de allí, y, como el encargo de llevar las colmenas le ocuparía el día entero, podría matar un poco las horas muertas entre esta tarde y el próximo domingo. Lavó a conciencia la mejor carreta, engrasó los ejes y preparó a las abejas para el viaje.

TERCERA PARTE

VERANO

CAPÍTULO I

A LA SALIDA DE BUDMOUTH

El cuello inclinado con naturalidad y una grácil posición de la cabeza; una magnífica melena castaña y ondulada; el suave rumor de unos pies menudos; bonitos adornos en la falda del vestido; ojos profundos y serenos; en resumidas cuentas, un dechado de encantos: ¡era Fancy! El corazón de Dick corrió a su encuentro.

El escenario era la esquina de Mary Street, en Budmouth Regis, cerca de la estatua del Rey⁶, donde el ángulo blanco de la última casa de la hilera cortaba en perpendicular un manso brazo de agua salada y casi inmóvil que entraba del mar, iluminado ese día con reflejos verdes y opalinos. Dick y Lista acababan de doblar la esquina, y a mano derecha, con la brillante lámina de color líquido como telón de fondo, estaba Fancy Day, que volvió la cabeza y lo reconoció.

Dick apartó sus pensamientos de la carta para preguntarse qué hacía allí Fancy mientras conducía pegado a las cadenas del paseo marítimo y obligaba a apartarse bruscamente a dos criados que iban empujando unas sillas de ruedas y acababan de cobrar vida para la temporada de verano, con camisas limpias y atuendo renovado, a la vez que esquivaba por poco a un muchacho envarado que pasaba traqueteando con un carro de panadero sin mirar a derecha ni a izquierda. Le preguntó a Fancy si volvía a Mellstock esa noche.

—Sí, estoy esperando la diligencia —dijo ella, como si también apartara sus pensamientos de la carta.

—Puedo llevarla a casa amablemente y ahorrarle media hora. ¿Quiere venir conmigo?

Viendo que la capacidad de Fancy para decidir lo que quería se esfumaba misteriosamente en ese instante, Dick zanjó la cuestión bajando del carro para ayudarla a subir sin más palabras.

El rubor que había teñido las mejillas de la joven unos momentos se suavizó hasta cobrar una tonalidad estable, y por fin sus miradas se cruzaron; sentían los dos esa vergüenza que se siente en parecidas circunstancias, cuando todos los actos instintivos que exige la ocasión han concluido. Dick, ocupado con las riendas, no pensaba en la incomodidad de la situación tanto como Fancy, que no tenía otra tarea que la de sentir la presencia del joven y era cada vez más consciente de que, al aceptar un asiento a su lado había sucumbido al tono de su carta. Lista iba sin prisa, Dick iba sin prisa, y la desamparada Fancy no tuvo más remedio que dejarse llevar, con la sensación de que en cierto modo la habían capturado y hecho prisionera.

—Le agradezco mucho la compañía, señorita Day —dijo Dick cuando pasaban por delante de las dos ventanas semicirculares del hotel Old Royal, donde su majestad el rey Jorge III había asistido en numerosas ocasiones a los bailes de los burgueses.

Para la señorita Day, que atribuía al muchacho la misma conciencia de dominio —una conciencia de la que él era totalmente inocente—, esta observación sonó como el magnánimo propósito de tranquilizar a la cautiva.

—¡No he aceptado por el gusto de complacerlo con mi compañía! —dijo. Y la inesperada descortesía de su respuesta debió de sorprender bastante a Dewy. Al mismo tiempo, cabe señalar que, cuando una muchacha replica con grosería al comentario cortés de un joven, su corazón se encuentra en estado de abogar por su causa favorablemente más que de atacarlo.

Guardaron silencio hasta que dejaron atrás el paseo marítimo y pasaban entre los cerca de veinte árboles que adornaban el camino hacia Casterbridge y Mellstock, a la salida de la ciudad.

—Yo tampoco lo he hecho por eso, aunque habría podido —dijo Dick, cuando llegaron al árbol número veintiuno.

—Nada de flirtear, señor Dewy. Que lo sepa. Porque eso está mal y no es lo que yo quiero.

Dick volvió a sentarse como iba sentado, compuso su expresión con mucho énfasis y carraspeó.

—La verdad es que cualquiera pensaría que se ha encontrado usted conmigo haciendo recados cuando solo estaba a punto de empezar —añadió la obstinada señorita.

—Sí, eso pensaría.

—¡No hay que estar tan seguro!

Era un comienzo endeble. Dick lo cortó de cuajo y, como un hombre decidido a no consentir que le estropeen la dicha de amar a una mujer, dijo alegremente:

—Bueno, y ¿cómo se encuentra ahora mismo, señorita Day? Radiante, no lo dudo en absoluto.

—No estoy radiante, Dick... Ya lo sabe.

—Radiante no quiere decir radiantemente ataviada.

—No me he imaginado que radiante quisiera decir radiantemente ataviada. ¡Madre mía! ¡Qué erudito se ha vuelto!

—Veo que le han pasado muchas cosas esta primavera.

—¿Qué ha visto?

—Ah, nada. Quiero decir que lo he oído.

—¿Qué ha oído?

—El nombre de un galán, con gemelos de bronce, anillo de cobre y reloj con cadena de hojalata, ligeramente relacionado con el suyo. Nada más.

—Pinta un retrato muy poco amable del señor Shiner, porque es a él a quien se refiere. Los gemelos son de oro, como sabe, y la cadena es de plata auténtica; el anillo no lo puedo defender en conciencia, porque solo se lo he visto una vez.

—Puede que lo llevara puesto cien veces pero solo lo haya enseñado la mitad.

—Bueno, ese hombre no significa nada para mí —observó serenamente Fancy.

—¿No más que yo?

—Pero bueno, ¡señor Dewy! —le reprendió con severidad—. Pues claro que no significa más que usted para mí.

—¿No tanto?

Ella apartó la cabeza para considerar el alcance preciso de la pregunta.

—Eso no se lo puedo decir exactamente —contestó, con leve picardía.

Iban bastante despacio, y otro carro en el que viajaban un hacendado, la mujer del hacendado y el capataz del hacendado, los adelantó, y la mujer del hacendado y el capataz miraron a la pareja con honda curiosidad. El hacendado no apartó la vista de la cola del caballo.

—¿Por qué no me lo puede decir exactamente? —insistió Dick, arreando un poco a Lista para ponerse justo detrás del hacendado, su mujer y el capataz.

Como no hubo respuesta, y a falta de otra cosa que hacer con los ojos, se

quedaron los dos contemplando la escena que tenían delante y se fijaron en que la mujer del hacendado iba embutida entre los hombres, que tenían que salirse del asiento para dejarle sitio y casi iban sentados en su respectiva rueda; y también se fijaron en el chal de seda de la mujer del hacendado, que se inflaba como un globo alrededor de sus hombros y volvía a desinflarse con cada sacudida del caballo. La mujer del hacendado, consciente de estos ojos en la nuca, los miró por encima del hombro. Dick se rezagó diez metros.

—Fancy, ¿por qué no me lo puede decir? —repitió.

—Porque lo mucho que signifique para mí depende de lo mucho que yo signifique para usted —dijo en voz baja.

—¡Todo! —exclamó Dick, tendiendo una mano hacia ella y mirando con énfasis la curva superior de los pómulos de la muchacha.

—Ni se le ocurra tocarme, Richard Dewy. No he dicho que cómo piense usted en mí afectara a la pregunta... Puede que lo contrario, ¿no lo ve? No me toque, señor. ¡Dios mío, no, Dick!

La causa de este sobresalto repentino fue la inoportuna aparición, a la derecha del hombro de Dick, de un carro de leña vacío con cuatro oficiales de carpintero perezosamente reclinados, con los ojos vueltos hacia el mundo circundante en distintos ángulos oblicuos, como si el principal propósito de su existencia consistiera al parecer en analizar hasta el tuétano del último objeto inanimado que encontrara cabida en su campo visual.

Dick superó la dificultad saliendo al trote hasta que el carro y los carpinteros se desdibujaron entre la nube de polvo que levantaban las ruedas de su carro y les envolvía la cabeza como la niebla.

—Di que me quieres, Fancy.

—No, Dick. Por supuesto que no. Aún no es momento para eso.

—¿Por qué, Fancy?

—De momento es mejor señorita Day, si no le molesta. Y yo no debería haberlo llamado Dick.

—Tonterías. ¡Sabes que haría cualquier cosa por tu amor! Me haces creer que amar es algo que puede hacerse y deshacerse, ponerse y quitarse por antojo.

—No, no lo voy a decir —insistió ella con dulzura—. Hay cosas que me dicen que no debería dedicarme demasiado a pensar en ti, pero...

—Pero tú quieres, ¿verdad? Sí, di que quieres. Es mejor decir la verdad. Por mucho que digan que una mujer tiene derecho a ocultar dónde ha puesto su amor y fingir que no existe y otras cosas por el estilo, eso no es lo mejor. Yo lo sé,

Fancy. Y una mujer que es honrada en eso, como en todos sus asuntos diarios, brilla con más luz y a la larga es más respetada.

—Bueno, entonces, puede que te quiera un poco, Dick —susurró con ternura—, pero ahora no quiero que hablemos más de eso.

—No diré nada más si tú no quieres, cariño. Pero me quieres un poquito, ¿a que sí?

—No me obligues a repetirlo todo dos veces: ahora no puedo decir nada más, así que tendrás que conformarte con lo que tienes.

—Pero ¿puedo visitarte, Fancy? Eso no tiene nada de malo.

—Sí... Puedes...

—Y no vuelvas a llamarme nunca más señor Dewy.

—Muy bien.

CAPÍTULO II

MÁS ADELANTE EN EL CAMINO

Después de estas confesiones de su enamorada que le habían levantado el ánimo, Dick golpeó a Lista con el látigo en el flanco y en el cuello, muy por debajo de las orejas. La yegua, que llevaba un rato perdida en sus pensamientos, sin imaginarse que Dick pudiera alcanzar tan lejos con un látigo que en este viaje en particular no había pasado en ningún momento de su grupa, levantó la cabeza y salió al trote con un brío que resultó muy agradable para la joven pareja, hasta que al doblar una curva del camino se encontraron delante con el hacendado, el capataz del hacendado y la mujer del hacendado con su chal ondulante, que seguían avanzando tranquilamente.

—¡Qué fastidio esta gente! Otra vez los tenemos aquí.

—Pues claro. Tienen tanto derecho al camino como nosotros.

—Sí, pero me molesta que no nos tengan en cuenta. Me gusta tener el camino para mí solo. Mira qué despacio van... —Justo en ese momento, las ruedas del carro del hacendado se hundieron en un bache, el carro se zarandó y sus tres ocupantes asintieron con la cabeza hacia la izquierda para asentir de nuevo hacia la derecha al salir del bache, y siguieron después moviendo la cabeza arriba y abajo como de costumbre—. Los adelantaremos en cuanto se ensanche la carretera.

Cuando se le presentó la ocasión de llevar a cabo su propósito, se oyeron una ruedas veloces y ligeras que se acercaban por detrás, y por el estrecho tramo de carretera libre pasó como una bala una calesa flamante, tan reluciente que los radios de las ruedas emitían un continuo resplandor tembloroso hacia un punto de su círculo y los paneles refulgían como espejos en los ojos de Dick y de Fancy. El conductor, y por lo visto dueño del vehículo, era un hombre muy bien parecido: su compañero era Shiner. Los dos volvieron la cabeza al pasar junto a

ellos y miraron a Fancy con osadía y admiración hasta que no tuvieron más remedio que concentrarse en la operación de adelantar al hacendado. Dick miró de reojo a Fancy mientras ella se sometía a este escrutinio, y luego puso la vista en las riendas con un gesto tristísimo.

—¿Por qué vas tan callado? —preguntó ella al cabo de un rato, sinceramente preocupada.

—Por nada.

—Sí, es por algo, Dick. No he podido evitar que esos hombres pasaran.

—Ya lo sé.

—Pareces ofendido. ¿Qué he hecho?

—No te lo puedo decir sin ofenderte.

—Es mejor que me lo digas.

—Bueno —dijo Dick, como si estuviera deseando soltarlo, aun a riesgo de ofenderla—, estaba pensando en lo distinta que eres tú enamorada de mí enamorado. Mientras esos hombres te miraban me has apartado de tus pensamientos por completo y...

—Ya no puedes ofenderme más, dímelo todo.

—Y te he visto en la cara que te gustaba saber que eres atractiva.

—No seas bobo, Dick. Sabes muy bien que eso no es verdad.

Dick movió la cabeza con escepticismo y sonrió.

—Dick, yo siempre acepto un halago, *cuando se tercia*, y ahora mismo se ha terciado. Te confieso abiertamente mi debilidad. Pero no lo he provocado adrede.

Y Dick, viendo en la mirada de Fancy que no iba a desdecirse de esta afirmación, se abstuvo por caridad de decir nada que la obligase a mentir. Al ver a Shiner también se había acordado de otra ramificación del caso: la que había sido su mayor preocupación hasta que la compañía y las palabras de Fancy descartaron esa posibilidad.

—Por cierto, Fancy, ¿tú sabes por qué van a despedir a nuestro coro?

—No, aparte de que el señor Maybold quiere que yo toque el órgano.

—Y ¿sabes cómo ha llegado a quererlo?

—Eso no lo sé.

—El señor Shiner, como coadjutor de la iglesia, ha convencido al párroco, aunque él ya estaba dispuesto antes. Shiner, lo sé, está loco por verte tocar todos los domingos. Supongo que prefiere tu música porque el órgano estará cerca de su banco. Aunque sé que tú nunca lo has animado.

—¡Nunca! —dijo Fancy, con mucho énfasis y los ojos llenos de sinceridad—. La verdad es que no me cae simpático. Y no sabía nada eso. Siempre he pensado que me gustaría tocar en una iglesia pero nunca he querido que os echaran a ti y a tu coro, y nunca dije que sabía tocar hasta que me lo preguntaron. No creerás ni por un momento que lo dije, ¿verdad?

—Sé que no, cariño.

—¿O que él me interese una pizca?

—Sé que no.

La distancia entre Budmouth y Mellstock era de casi dieciocho kilómetros y, como había en el camino una buena fonda, El Barco, a unos seis kilómetros de Budmouth, con un mástil y sus palos cruzados en la fachada, Dick tenía la costumbre de hacer el viaje en tres etapas, descansando allí a la ida y a la vuelta sin pisar los establos de la ciudad siempre que su visita era cuestión de llegar y marcharse, como este día.

Acompañaron a Fancy a un saloncito de té mientras Dick llevaba a Lista a los establos para que le diesen de comer. Al ver los elocuentes gestos de los palafreneros y otros trabajadores que holgazaneaban en la fonda, Dick intentó disimular por todos los medios que había algún sentimiento entre él y Fancy, y se mostró como un simple buhonero que llevaba a casa a una pasajera. En ese momento entró en la fonda y abrió la puerta del saloncito donde lo esperaba Fancy.

—Dick, me he dado cuenta de que es muy violento estar aquí a solas contigo. Creo que no deberías haber entrado.

—Eso es muy desagradable, cariño.

—Sí, lo es. Quería que tú también pudieras tomar algo, porque debes de estar cansado.

—Bueno, entonces déjame que tome un poco de té contigo. Ya me lo negaste una vez. No sé si te acuerdas, Fancy.

—Sí, sí, eso da igual. Y sería una descortesía negártelo ahora, pero no sé qué hacer.

—Haremos lo que tú digas. —Dick ya iba a retirarse, con una mueca de decepción y una mirada de despedida a la apetecible bandeja del té.

—¿Es que no lo entiendes, Dick? ¿Por qué me hablas así? —dijo ella, con más ardor del que había demostrado nunca—. Sabes que aunque te quiera mucho tengo que recordar que me encuentro en una posición muy delicada. Al párroco no le gustaría que yo, que soy su maestra, me permita un *tête-à-tête* en cualquier

parte con cualquiera.

—Pero ¡yo no soy cualquiera! —protestó Dick.

—No, no. En fin... con un joven. —Y añadió en voz baja—: A menos que estuviera comprometida con él.

—¿Solo eso? Entonces, amor mío, nos comprometeremos ahora mismo, eso haremos. Y ¡así puedo sentarme! Ya está: ¡más fácil imposible!

—¡Sí! Pero ¡imagina que yo no quisiera! ¡Ay, madre! ¿Qué he hecho? —balbuceó, y se puso muy colorada—. ¡Parece que te he forzado a decir eso!

—Hagámoslo... O sea, comprometernos. Vamos, Fancy, ¿quieres casarte conmigo?

—Tú sabes, Dick, que ha sido muy poco amable de tu parte decirme lo que me has dicho en el camino —dijo ella, como si no hubiera oído la última parte del discurso; aunque un observador atento habría notado que, cuando la palabra «casarte» salió de los labios de Dick, del pecho de Fancy escapó una suave y silenciosa serie de suspiros con brevísimas pausas entre uno y otro.

—¿Qué te he dicho?

—Que intentaba parecer atractiva para esos hombres de la calesa.

—No podías evitarlo, tanto si lo quisieras como si no. Y, Fancy, ¿tú me quieres?

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí.

—Y ¿serás mi mujer?

A Fancy se le aceleró el corazón, y en sus mejillas confluyeron y se retiraron diversos tonos de rojo a juego con cada pensamiento cambiante. Dick observó con expectación el color maduro de su boca delicada, impaciente por oír su respuesta.

—Sí, si padre me lo permite.

Entonces se acercó a ella y frunció los labios como si estuviera a punto de silbar la melodía más dulce del mundo.

—¡De eso nada! —dijo Fancy solemnemente.

El recatado Dick retrocedió un paso.

—Dick... Dick... ¡Bésame y suéltame inmediatamente! ¡Viene alguien! —exclamó entre susurros.

Media hora más tarde, Dick salía de la fonda, y, si los labios de Fancy hubieran sido cerezas de verdad, el muchacho habría aparecido con la cara llena de manchas. El posadero estaba en el patio.

—¡Je, je, ja, ja, señor Dewy! ¡Jo, jo! —se rió, dejando que la risa escapara despacio y poco a poco, para no hacer demasiado ruido, a la vez que le daba un puñetazo a Dick por debajo de la quinta costilla—. ¡Esto no puede ser, señor Dewy! ¡Caramba! Me pide un té para una señorita, y luego entra y se sienta y se toma una taza con ella. Y ¡la de rato que ha tardado!

—Pero ¡cómo! ¿No lo sabe? —preguntó Dick, fingiendo sorpresa—. Sí, sí. ¡Ja, ja! —Y le devolvió el golpe al posadero debajo de las costillas.

—¿Cómo? ¿Qué? Sí, sí. ¡Ja, ja!

—¡Claro que lo sabe!

—¡Claro! Aunque... es decir... ¿yo no...?

—¿Lo que hay entre esa señorita y yo? —dijo Dick, señalando con la cabeza hacia la ventana de la sala donde seguía Fancy.

—No. ¡Nada! —dijo el posadero, moviendo los ojos en círculo.

—Entonces ¿no lo sabe?

—Ni una palabra. ¡Se lo juro!

—Pero se ha reído cuando yo me reí.

—Bueno, ha sido por solidaridad: ¡usted también se ha reído cuando yo me reí!

—¿De verdad que no lo sabe? ¡Madre mía! ¡Cómo no iba a saberlo!

—Le juro que no lo sé.

—Pues sí —dijo Dick, con escueta retórica de desdeñoso asombro—, estamos prometidos, ya lo ve. Y es natural que cuide de ella.

—Claro, claro... Eso no lo sabía, y espero que disculpe la pequeña libertad que me he tomado, señor Dewy. Aunque es muy raro porque, precisamente el viernes pasado, estuve hablando con su padre de usted muy íntimamente de asuntos familiares, y ¿quién cree que llegó entonces? Pues llegó el guarda Day, y seguimos hablando de asuntos familiares. Pero ni el uno ni el otro dijeron una sola palabra de eso: conociéndome como me conocen, desde hace tantos años, y habiendo estado yo en la boda de su padre, ¡no me esperaba eso de un antiguo vecino!

—Bueno, la verdad es que entonces aún no le habíamos dicho a padre nada de nuestro compromiso... En realidad, no estaba decidido.

—¡Claro! El asunto se cerró el domingo: sí, sí. El domingo es el día del

cortejo. ¡Ju, ju!

—No, no fue el domingo concretamente.

—Esta semana después del horario de clase: bueno, muy buen momento; un momento estupendo.

—Pues no, tampoco fue entonces.

—¿Hoy durante el camino, supongo?

—Ni mucho menos. Nunca se me pasaría por la cabeza comprometerme en un carro.

—¡Demonios! ¡Ya podía haberlo dicho desde el principio! De todos modos, es un buen día, y espero que la próxima vez vengan ya como marido y mujer.

Fueron entonces a buscar a Fancy, la ayudaron a subir al carro, y así el mozo y la moza recién prometidos enfilaron la cuesta que sube a Ridgeway y se perdieron de vista por el camino de Mellstock.

CAPÍTULO III

UNA CONFESIÓN

Era una mañana de finales del verano, una mañana de rocío rezagado, cuando la hierba nunca se seca a la sombra. Las fucsias y las dalias estuvieron hasta las once cubiertas de hilillos y gotas de agua que cambiaban el color de sus destellos con cada movimiento del aire; y en todas partes, las mismas gotas colgaban de las ramas como minúsculos frutos de plata. Los filamentos de las telas de las arañas se veían gruesos y brillantes. En las zonas secas y soleadas, docenas de tóxicas de patas largas salían zumbando de la hierba a cada paso que daba el caminante.

Fancy Day y su amiga Susan Dewy, la hija del buhonero, se encontraban en un paraje como este, tirando de una rama cargada de manzanas tempranas. Tres meses habían transcurrido desde que Dick y Fancy hicieron aquel viaje juntos desde Budmouth, y su amor había crecido vigorosamente entretanto. Fueron bastantes las dificultades que encontró en su camino y bastante la astucia necesaria para guardarlo en secreto, para dar a la pasión de Fancy una frescura creciente y continua mientras Dick, ya fuera o no por estas circunstancias, le mostraba en todo momento toda la ternura que cabía desear. Sin embargo, una nube velaba ahora el horizonte de Fancy.

—Es muy rica... mucho más que cualquiera de nosotras —estaba diciendo Susan Dewy—. Las tierras de su padre abarcan veinte hectáreas, y podría casarse con un médico o un coadjutor, con quien quisiera, a poco que se esforzara.

—Creo que Dick no tendría que haber ido a ese pícnic, cuando sabía que yo no podía ir —dijo Fancy con inquietud.

—Cuando se enteró de que no ibas ya era demasiado tarde para rechazar la invitación.

—Y ¿cómo era ella? Cuéntamelo.

—Bueno, era muy guapa, eso tengo que reconocerlo.

—¡Dime toda la verdad! ¿No puedes? Venga, Susan. ¿Cuántas veces has dicho que bailó con ella?

—Una.

—Creo que dijiste dos.

—Estoy segura de que no he dicho eso.

—Bueno. Y supongo que él quería volver a bailar con ella.

—No, no lo creo. Aunque sé que ella se moría por volver a bailar con él. A todas les pasa lo mismo con Dick, por lo guapo que es y lo bien que corteja.

—¡Sí, a mí me pasa! ¿Cómo has dicho que llevaba ella el pelo?

—Con tirabuzones largos... Tiene el pelo claro, y se le riza sin necesidad de ponerse bigudíes. Por eso es tan atractiva.

—Está intentando engatusarlo: ¡sí, sí! Lo está intentando. Y yo, por culpa de esta escuela miserable, ¡no puedo rizarme el pelo! Pues lo voy a hacer, aunque tenga que irme a casa y abandonar la escuela. ¡Me lo voy a rizar! Dime, Susan: ¿tiene el pelo así de largo y suave? —Fancy se sacó un mechón de debajo del sombrero, lo estiró hasta el hombro para mostrar su longitud y miró a los ojos de Susan con el ánimo de captar en ellos su opinión.

—Es más o menos igual de largo —dijo la señorita Dewy.

Fancy se quedó un rato pensativa.

—¡Ojalá lo tuviera más claro, como el suyo! —añadió con voz lastimera—. Pero el suyo no será tan suave, ¿o sí? Dímelo.

—No lo sé.

Fancy amplió la mirada con un gesto distraído y se puso a examinar una mariposa amarilla y otra roja y negra que revoloteaban juntas, hasta que se dio cuenta de que Dick se acercaba por el jardín.

—Susan, ahí viene Dick. Debe de ser porque estábamos hablando de él.

—Entonces me iré a casa. No me necesitáis. —Y con este sentido práctico, Susan dio media vuelta y se marchó.

Entra en escena resueltamente Dick, cuyo único delito en el pícnic había sido el de querer a Fancy con demasiada exclusividad y privarse del inocente placer que la ocasión pudo haberle brindado mientras suspiraba por su ausencia; que había bailado con la rival por pura desesperación, no viendo otro modo de soportar una tarde tan rancia, insulsa e inútil. Pero ella no se lo creería.

Fancy ya había trazado su plan emocional. ¿Reprochárselo a Dick? No, no.

—Estoy muy preocupada —dijo, entregándose a lo que pretendía ser la melancólica concentración de unas manzanas pequeñas desperdigadas a los pies del árbol; aunque un oído crítico habría detectado en su voz la incertidumbre por el efecto que sus palabras causaban en Dick mientras las pronunciaba.

—¿Qué es lo que te preocupa? Cuéntamelo —le pidió él encarecidamente—. Lo compartiré contigo y te ayudaré, cariño.

—No, no. ¡No puedes! ¡Nadie puede!

—¿Por qué no? Sea lo que sea, no te lo mereces. Cuéntamelo, amor mío.

—¡No es lo que crees! ¡He cometido un pecado horroroso!

—¡Un pecado! ¡Como si tú pudieras pecar! Eso no puede ser.

—¡Sí, sí! —dijo la muchacha, con un lindo arrebatado de pena—. He obrado mal y no quiero contarlo. Nadie me perdonará nunca, ¡nadie! ¡Y mucho menos tú! Me he... me he permitido... co...

—¿Qué? ¡Coquetear, no! —exclamó él, dominando su emoción como si la empujara bruscamente hacia dentro para apartarla de la superficie—. Pero ¡si ayer mismo me dijiste que no habías coqueteado en la vida!

—Sí... Eso he hecho. Y ¡ha sido una maldad! He dejado que otro me corteje y...

—¡Dios mío! Bueno, te perdono. Sí... Si no has podido evitarlo, te perdono —dijo Dick, ahora abatido—. ¿Le diste pie?

—¡Ay! No lo sé. Sí... No... ¡Ay, creo que sí!

—¿Quién era?

No hubo respuesta.

—Dímelo.

—El señor Shiner.

Tras un silencio interrumpido únicamente por la caída de una manzana, un suspiro que Dick no pudo aguantar por más tiempo y un sollozo de Fancy, el joven añadió con sincera severidad.

—¡Cuéntamelo todo! ¡Hasta la última palabra!

—Me miró, y lo miré, y me dijo: «¿Me permite que le enseñe a... cazar pinzones aquí en el arroyo?». Y... yo tenía muchas ganas de aprender. ¡Hacía mucho tiempo que quería un pinzón! No pude resistirme y dije: «¡Sí!». Y él me dijo: «Venga conmigo». Y fui con él hasta el precioso riachuelo y entonces dijo: «Fíjese en cómo lo hago y así aprenderá. Unto esta rama con liga, me vengo aquí y me escondo entre unas matas, y, al momento, el astuto señor Pájaro se acerca y se posa en la rama, aletea y, antes de que puedas decir “Jack... no sé qué”». ¡Ay,

no me acuerdo!

—Jack Sprat⁷ —apuntó Dick con voz lastimera, entre las brumas de su tristeza.

—No, no era Jack Sprat —sollozó ella.

—Entonces ¡era Jack Robinson! —dijo él, con la voluntad de quien está resuelto a descubrir hasta la última pizca de verdad o morir en el intento.

—Sí, eso era. Y entonces yo puse la mano en la barandilla del puente para cruzar y... nada más.

—Bueno, tampoco es para tanto —dijo Dick con aire crítico y algo más animado—. Aunque no veo qué interés puede tener Shiner en enseñarte nada. De todos modos, yo diría... yo diría que tiene que haber algo más para que te hayas sofocado tanto.

Miró a Fancy a los ojos. Horror de horrores: la culpa seguía escrita en su mirada.

—Fancy, ¡tú no me lo has contado todo! —exclamó, con una severidad impropia de un muchacho tranquilo.

—¡Ay, no me hables con tanta crueldad! ¡Ahora ya no me atrevo a contártelo! Te lo habría contado todo si no te hubieras puesto así, pero ¡ahora no puedo!

—Venga, cariño. Venga, cuéntamelo. Te perdonaré... Con lo que yo te quiero... no tengo más remedio, me guste o no.

—Bueno, cuando puse la mano en la barandilla, me la rozó...

—¡Qué granuja! —dijo Dick, triturando un imaginario esqueleto humano hasta convertirlo en polvo.

—Y luego me miró y al final dijo: «¿Está enamorada de Dick Dewy?». Y yo dije: «Puede ser». Y entonces contestó: «Ojalá que no lo estuviera porque quiero casarme con usted con toda mi alma».

—¡Ahora sí que es un villano! ¡Quiere casarse contigo! —Y Dick se estremeció con una risotada amarga y sardónica. Después comprendió que quizá debería tener en cuenta la opinión de su interlocutora—. A menos, claro está, que tú quieras aceptarlo... A lo mejor quieres —añadió, con la triste apatía del náufrago.

—No, te aseguro que no —dijo Fancy. Y sus sollozos empezaron a dar un giro favorable para calmarse paulatinamente.

—Bueno. —Dick volvió un poco en sí—. Lo has exagerado mucho dando un comienzo tan horrible a una insignificancia. Y sé por qué lo has hecho... Ha sido

por lo del pícnic... —Se apartó de ella y dio cinco pasos con determinación, como cansado de un mundo ingrato del que ella formaba parte—. Lo has hecho para ponerme celoso, y ¡eso no te lo voy a consentir! —Le lanzó estas palabras por encima del hombro y se marchó muy ofendido, impaciente por huir a la más remota de las Colonias en ese mismo instante.

—Ay, ay, ay, Dick... ¡Dick! —gritó Fancy, trotando detrás de él como un corderillo y sinceramente asustada por fin—. ¡Me vas a matar! Mis impulsos son malos... miserablemente malignos... y no lo puedo evitar... ¡Perdóname, Dick! Y yo siempre te quiero... Hasta cuando pareces tonto y dudo de que seas lo suficientemente bueno para mí ¡te quiero igual, Dick! Y hay algo más grave... aunque no tiene nada que ver con ese paseo que di con él.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó él. Y, olvidando la idea de marcharse a las Colonias, pasó de hecho al extremo opuesto: se quedó tan clavado en el sitio como si no tuviera intención siquiera de irse a casa.

—Verás —dijo ella, sofocando el nuevo torrente de lágrimas que había empezado a derramar—. Esta es la parte grave. Mi padre le ha dicho al señor Shiner que le gustaría tenerlo como yerno, si consigue convencerme... Que le da de todo corazón su consentimiento para que venga a cortejarme.

CAPÍTULO IV

UN ACUERDO

—¡Eso es grave! —dijo Dick, con una inteligencia con la que no había hablado en mucho tiempo.

Lo cierto era que Geoffrey no sabía nada de los continuos paseos y encuentros de su hija con Dick. Cuando llegó a sus oídos la insinuación de que podían ser indicio de un compromiso entre los jóvenes, decidió enérgicamente que debía tomar cartas en el asunto antes de permitir que ocurriera una cosa así —tan imprudente por parte de Dick, al margen de lo que sintiera Fancy—, pero los enamorados se cuidaron de no dejarse ver en público nunca más, y Geoffrey se olvidó de los rumores y no intervino de ninguna manera. Así, el señor Shiner recuperó su antigua posición en los pensamientos de Geoffrey con el mero correr del tiempo. Incluso Shiner empezaba a creer que Dick había dejado de existir para Fancy, aun cuando aquel muchacho tan increíblemente tranquilo no hubiera dado de momento ningún paso por su cuenta en esa dirección.

—Y padre no solo le ha dicho eso al señor Shiner —añadió Fancy—, también me ha escrito una carta, en la que me dice que le gustaría mucho que le dé esperanzas al señor Shiner si me parece conveniente.

—¡Ahora mismo voy a hablar con tu padre! —dijo Dick, dando dos o tres vehementes zancadas hacia el sur, hasta que se acordó de que el señor Day vivía al norte y volvió sobre sus pasos.

—Creo que sería mejor que fuéramos juntos. No decirle a qué vas ni nada por el estilo hasta que le caigas simpático, y llegarle a la cabeza a través del corazón, que es siempre el modo de ganarse a la gente. Lo haremos así: el sábado iré a casa para ayudar a recoger la miel; podrías venir a verme allí, comer y beber algo, y dejarle que adivine el significado de tu visita sin decírselo con tantas palabras.

—Eso haremos, mi amor. Pero le pediré tu mano lisa y llanamente, sin esperar a que él lo adivine. —Y el enamorado se acercó entonces con la intención de darle a Fancy un besito en la mejilla, pero sus labios aterrizaron en una remota zona de la espalda de ella, por culpa del impulso que le hizo apartar la cabeza bruscamente—. Sí. Me pondré mi segundo mejor traje y una camisa y un cuello limpios, y lustraré las botas como si fuera domingo. Verás lo bien arreglado que voy, y ya sabes que eso siempre es un buen comienzo.

—No te pongas el chaleco viejo, Dick. ¿Me harás ese favor?

—¡Qué cosas tienes! No... ¿Cómo iba a...?

—No me lo tomes a mal, querido Dick —añadió, temiendo haber herido sus sentimientos—. Es un chaleco muy bonito. Lo que quería decir es que, aunque es un chaleco estupendo para un hombre asentado, no es del todo idóneo para... — se interrumpió mientras el rubor se extendía por sus mejillas y por fin dijo—: para cortejar.

—No. Me pondré el bueno de invierno que me hizo mi madre, ese que va forrado de cuero. Es un chaleco precioso por dentro. Tan bonito como el que más. El otro día, sin ir más lejos, me lo desabroché para enseñarle el forro a uno, y dijo que era el forro más fuerte y más bonito que había visto nunca, digno del chaleco del mismísimo rey.

—Yo no sé muy bien qué ponerme —dijo ella, como si su indiferencia habitual por la indumentaria hubiera ocultado hasta ese momento un asunto tan importante.

—Pues el vestido azul que llevabas la semana pasada.

—No me ajusta bien el cuello. No puedo ponerme eso.

—A mí me da igual.

—Sí, eso ya lo sé.

—Entonces no hay pega. Porque a ti solo te preocupa estar guapa para mí, ¿verdad, cariño? Ten por seguro que yo solo me visto para ti.

—Sí, pero comprende que no puedo presentarme otra vez con el mismo vestido.

—Supongo que, si te cruzas en el camino con cualquier caballero desconocido, se fijará en cómo se ajusta el cuello. Mira, Fancy, los hombres enamorados no piensan tanto en arreglarse para otras mujeres. —Es difícil decir si lo que traslucían sus palabras era en tono de broma, juguetón, o de leve reproche.

—Bueno, Dick —dijo ella, con jovial sinceridad—, lo reconozco. No me

gustaría que un desconocido me viera mal vestida, aunque esté enamorada. Supongo que eso va en nuestra naturaleza.

—¡Eres la mujer perfecta!

—Sí, si pones el acento en «mujer» —murmuró Fancy, contemplando unas matas de malvarrosas en flor rodeadas por una multitud de mariposas que se habían congregado allí como mujeres ociosas en una sombrerería.

—Pero, volviendo al vestido, ¿por qué no te pones el que llevabas en nuestra fiesta?

—Ese me sienta bien, pero una chica que se llama Bet Tallor y vive cerca de nuestra casa acaba de hacerse uno casi igual (aunque solo por el dibujo, porque la tela es de lo más barata) y por eso no puedo ponérmelo. ¡Ay, madre! Ahora me temo que no podré ir.

—Claro que sí. Tienes que ir. ¡Sé que irás! —dijo Dick, mirándola con consternación—. ¿Por qué no te pones el que llevas ahora?

—¡Qué! ¡Este es viejo! En realidad creo que, si me pongo el gris el sábado, podré ponerme el azul el domingo. Sí. Eso haré. ¿Sombrero o bonete, qué será mejor? ¿Cuál de los dos me favorece más?

—Yo creo que el bonete es más bonito... Más discreto y respetable.

—¿Qué objeción le ves al sombrero? ¿Me hace mayor?

—No, no. El sombrero está muy bien. Pero te da un aire demasiado... ¿No te molestará que te lo diga, cariño?

—Ni mucho menos... porque pienso ponerme el bonete.

—Demasiado frívolo y coqueto para una muchacha comprometida.

Fancy reflexionó unos instantes.

—Sí. Sí... De todos modos, creo que el sombrero será mejor: es que los sombreros *son* mejores. Sí, tendré que ponerme el sombrero, Dicky, porque hay que llevar sombrero, ya lo sabes.

CUARTA PARTE

OTOÑO

CAPÍTULO I

A COGER AVELLANAS

Dick, vestido con su segundo mejor traje, irrumpió en la sala de estar de Fancy radiante de felicidad.

Eran las dos de la tarde del viernes, el día anterior al que ella tenía previsto visitar a su padre, y, por alguna razón, coincidió con la limpieza de la escuela: habían dado a los niños la tarde del viernes libre, además del sábado como de costumbre.

—¡Fancy! ¡Qué casualidad tan oportuna que tengas la mitad del día libre! Lista está coja de la pata delantera izquierda y, como no puedo hacer nada, me he tomado la tarde de vacaciones y he venido a buscarte para que vayamos a coger avellanas.

Fancy estaba sentada al lado de la ventana, con el vestido azul en el regazo y unas tijeras en la mano.

—A coger avellanas. Sí. Pero no creo que pueda hasta dentro de una hora, más o menos.

—¿Por qué no? Es la única tarde libre que quizá podamos pasar juntos en muchas semanas.

—Por este vestido, que me voy a poner el domingo en Yalbury. Me queda tan mal que al final voy a tener que hacerle unos arreglos. Le pedí a la costurera que siguiera un patrón que le di en su día, pero lo hizo a su manera, y ahora parezco un espantajo.

—¿Cuánto vas a tardar? —preguntó él, bastante decepcionado.

—No mucho. Quédate y dame conversación, anda, cariño.

Dick se sentó. La conversación discurrió muy agradablemente entre tijeretazos y puntadas hasta eso de las dos y media, cuando el joven empezó a

darse golpecitos en la punta del pie con una vara que había cortado del seto viniendo de camino. Fancy seguía hablando, pero el descuido con que a veces respondía indicaba a las claras que sus pensamientos estaban puestos principalmente en su regazo, con el vestido azul.

El reloj dio las tres. Dick se levantó del asiento, dio un paseo por la sala con las manos en la espalda y examinó todos los muebles; después tocó unas notas en el armonio, después abrió todos los libros que encontró a mano y después acarició la cabeza de Fancy. Ella seguía cortando y cosiendo.

El reloj dio las cuatro. Dick estaba impaciente: disimuló los bostezos, contó los nudos de la madera de la mesa, bostezó sin disimular, contó las moscas del techo, lanzó un bostezo tremendo, fue a la cocina y al fregadero y estudió tan a fondo el principio mecánico que activaba la bomba del agua que habría podido dar una conferencia sobre su funcionamiento. Cuando volvió con Fancy y vio que seguía ocupada, salió al jardín a examinar las coles y las patatas, y se acordó de que siempre le había parecido que tenían un aspecto decididamente femenino; luego arrancó unas cuantas malas hierbas y volvió a la casa. El reloj dio las cinco, y los tijeretazos y las puntadas continuaron.

Dick intentó matar una mosca, mondó la corteza entera de la vara y la tiró en el fregadero porque la había destrozado, produjo unos acordes atroces en el armonio y volcó sin querer un jarrón de flores: el agua del jarrón se deslizó sobre la mesa como un riachuelo, goteó en el suelo y formó un lago cuya silueta Dick se empeñó en modificar considerablemente con el pie al cabo de un rato hasta que se pareció a un mapa de Inglaterra y Gales.

—Oye, Dick, no hacía falta que armaras tanto lío.

—Supongo que no. —Se acercó al vestido azul y lo miró detenidamente. Entonces pareció que se le ocurría una idea—. Fancy.

—Sí.

—Creía que habías dicho que ibas a ponerte el vestido gris para el viaje a Yalbury, y también por la noche, cuando esté allí contigo y le pida tu mano a tu padre.

—Eso es.

—Y ¿el azul el domingo?

—Y el azul el domingo.

—Pero el domingo yo no estaré contigo en Yalbury, cariño.

—No, pero por la tarde iré a la iglesia de Longpuddle con mi padre, y ya sabes que allí me mirará mucha gente, y no me ajustaba bien alrededor del

cuello.

—Yo nunca lo he notado ni creo que nadie lo note.

—Podrían notarlo.

—Entonces ¿por qué no te pones el gris también el domingo? Es tan bonito como el azul.

—La verdad es que podría ponerme el gris. Pero no es igual de bueno: no costó ni la mitad que este; además, sería el mismo que llevaba el sábado.

—Entonces ponte el de rayas, cariño.

—Podría ser.

—O el oscuro.

—Sí, podría... Pero quiero llevar uno nuevo, uno que no hayan visto.

—Ya veo, ya veo —dijo Dick, limando abiertamente el tono cariñoso de su voz con una intención muy llamativa a la vez que sus pensamientos tomaban el siguiente derrotero: «Yo, que soy el hombre al que más quiere en el mundo, según dice, tengo que comprender que mi triste medio día de vacaciones se haya estropeado porque ella quiere ponerse el domingo un vestido que no tiene la más mínima necesidad de ponerse; en realidad, lo hace solo para que los jóvenes de Longpuddle la vean aún más guapa de lo normal, y encima yo no estaré allí»—. O sea, que tienes tres vestidos que valen para mí pero ninguno vale para los jóvenes de Longpuddle —dijo.

—No, no es eso exactamente, Dick. De todos modos, quiero... parecerles guapa... es la verdad. Pero ya no tardaré mucho.

—¿Cuánto?

—Un cuarto de hora.

—Muy bien. Volveré dentro de un cuarto de hora.

—¿Por qué te vas?

—¿Por qué no puedo?

Se marchó, echó a andar por el camino y se sentó en lo alto de una cerca. Allí meditó y meditó, y, cuanto más meditaba, más furioso se ponía y más se convencía de que la señorita Fancy Day le había hecho perder el tiempo de una manera escandalosa. Es decir, que lejos de ser la muchacha sencilla que nunca había tenido novio, como le había asegurado solemnemente una y otra vez, era, si no una coqueta, una mujer con un sinfín de admiradores: una chica desmesuradamente preocupada por los vestidos; una chica de sentimientos cálidos pero poco profundos; una chica con un afán excesivo de estar guapa para otros hombres. «Lo que más le gusta del mundo —pensó, y su visión se tiñó

incipientemente del pesimismo de su padre— es su pelo y su cutis. Lo siguiente que más le gusta son los vestidos y los sombreros. Lo siguiente que más le gusta soy yo, quizá.»

Profundamente angustiado por esta deslealtad y esta dureza con su enamorada, aunque dispuesto a perseverar en ellas, le vino a la cabeza un pensamiento terriblemente cruel. ¡No iría a buscarla, tal como había prometido, al cabo de un cuarto de hora! Sí, sería un castigo bien merecido para ella. Aunque ya había perdido la mejor parte de la tarde, iría a coger avellanas como tenía previsto, e iría solo.

Saltó la cerca y anduvo unos cuatro kilómetros, hasta una senda sinuosa conocida como la Cuesta del Caracol que subía por un cerro y se adentraba en un avellanal por un agujero como la madriguera de un conejo. Por allí se coló, se perdió entre los matorrales y pronto no quedó más señal de su existencia en la tierra que el rumor ocasional de las frondas y el chasquido de las ramas a su paso en distintos rincones del Bosque de Grey.

Nunca un hombre recolectó avellanas como Dick esa tarde. Trabajó como un condenado a galeras. Pasó media hora, y otra media hora, y allí seguía recogiendo sin tregua. Por fin, cuando ya se había puesto el sol y los manojos de frutos no se distinguían de las hojas que los alimentaban, se cargó al hombro el saco con casi doce kilos de los mejores productos del bosque, que le valían de tanto como doce kilos de piedras, bajó tranquilamente por la senda forestal, cruzó la carretera y allí cogió el camino de vuelta a casa, silbando a cada paso. Es probable que el señor Dewy nunca tuviera una opinión tan mala de la señorita Fancy Day como aquella tarde, ni antes ni después. En realidad, es incluso posible que unos cuantos vestidos azules más, pensados para los jóvenes de Longpuddle, hubieran podido aclarar definitivamente el cerebro de Dick hasta convertirlo de nuevo en un hombre libre.

Pero Venus tenía otros planes para él, al menos de momento. El Camino del Cuco, el que había tomado, pasaba por la cresta de un risco afanosamente erguido contra el cielo a unos cincuenta metros por delante de él. Ahí, contra el vivo arrebol del horizonte, se dibujó entonces una silueta irregular que nuestro muchacho tomó al principio por una rama que sobresalía ligeramente de sus vecinas. Luego le pareció que la forma se movía, y, según iba avanzando, ya no le cupo la menor duda de que era un ser vivo sentado en la cuneta, con la cabeza apoyada en una mano. Como las hierbas que cubrían el margen del camino ensordecían los pasos de Dick, la persona en cuestión no lo reconoció hasta que lo tuvo cerca. La silueta se levantó de un salto y Dick se vio cara a cara con

Fancy.

—Dick, Dick. ¡Ah, eres tú, Dick!

—Sí, Fancy —dijo el joven, en un tono muy arrepentido y dejando en el suelo su saco de avellanas.

Ella corrió a su encuentro, tiró el parasol entre la hierba, apoyó la cabecita en el pecho del joven y comenzó un relato deshilvanado e interrumpido por un llanto tan histérico que jamás en la historia del amor se había visto algo superior en intensidad.

—Ay, Dick —sollozó—. ¿Dónde estabas? ¡Me he deshecho en angustia pensando que nunca volverías a mi lado! Esto es una crueldad, Dick... No, ¡es justicia! He estado dando vueltas y vueltas por el Bosque de Grey, tratando de encontrarte, hasta que me sentí agotada y sin fuerzas para dar un paso más y tuve que volver. ¡Ay, Dick!, en cuanto te marchaste, me di cuenta de que te había ofendido y dejé el vestido: no lo he terminado ni tengo ya intención de terminarlo. ¡El domingo me pondré uno viejo! Sí, Dick, eso haré, porque lo mismo me da ponerme una cosa que otra si tú no estás conmigo. ¡Tú crees que no es verdad, pero lo es!... Y salí corriendo detrás de ti, y te vi subir por la Cuesta del Caracol sin mirar atrás ni una sola vez, y luego te perdí de vista y quise alcanzarte, pero estaba demasiado lejos. ¡No te imaginas las ganas que tenía de talar todos los matorrales para ver tu silueta querida! Y entonces empecé a llamarte, pero nadie contestaba, y no me atrevía a gritar demasiado, por miedo a que alguien me oyese. Luego eché a andar sin rumbo fijo, ¡torturada de dolor, Dick! Y después cerré los ojos y me dio por imaginarte mirando a otra mujer, a una muy guapa y bonita, pero sin una pizca de cariño o de verdad en el corazón, y me imaginé que pensabas: «Vale tanto como Fancy, porque Fancy me ha mentido, y es una coqueta, y se preocupa más por sí misma que por mí, así que ahora me haré novio de esta». No hagas eso, Dick, ¡con lo que yo te quiero!

Huelga decir que Dick renunció a la libertad en ese mismo instante, y la besó diez veces, y prometió que ninguna mujer guapa como la aludida absorbería jamás sus pensamientos: en definitiva, que, aunque se había enfadado con ella, el enfado era ya agua pasada, y en lo sucesivo y para siempre no existiría para él nada más que Fancy o la muerte. Y volvieron entonces a casa, muy despacio, por lo cansada que estaba ella, que además de reclinarsse en el hombro de él recibía el apoyo de su brazo alrededor de la cintura, aunque en el último trecho del camino se recuperó de su desesperación lo suficiente para cantarle: *¿Por qué has venido aquí, si se puede saber?* Tampoco es necesario describir con detalle que el saco de avellanas quedó olvidado hasta tres días más tarde, cuando se descubrió entre

las zarzas y se le devolvió, vacío, a la señora Dewy, pues llevaba sus iniciales bordadas con hilo rojo; y que esta se rompió la cabeza pensando cómo demonios había ido a parar su saco al Camino del Cuco.

CAPÍTULO II

LA RECOLECCIÓN DE MIEL Y LO QUE OCURRIÓ DESPUÉS

La tarde del sábado iba Dick andando hacia el bosque de Yalbury, según lo acordado con Fancy.

Como el paisaje era cóncavo, todo quedó cubierto de repente, al ocultarse el sol, por un manto de color uniforme. El atardecer dio paso a la noche mucho antes de que Dick alcanzara su destino, y el joven recorrió el último tramo del trayecto entre los árboles del camino guiándose por el revoloteo de los aterrados pájaros que habían anidado en sus ramas. Al cruzar las cañadas, las masas de aire seco y caliente concentradas sobre los montes a lo largo del día le acariciaron las mejillas, alternándose con las ráfagas de aire húmedo de la noche que llegaban de los valles. Llegó a la casa del guarda de caza, con el césped y el jardín delantero bañados por una luz pálida que contrastaba con la profunda oscuridad de la arboleda de la que acababa de salir, y se detuvo delante de la verja del jardín.

No llevaba allí ni un minuto cuando vio una especie de procesión que venía hacia él desde la puerta. A la cabeza del grupo iba Enoch, el trampero, con una pala al hombro y un farol colgando de la mano. Lo seguía la señora Day, y la luz del farol dejó ver que la mujer llevaba en los brazos unos objetos curiosos, de unos treinta centímetros de largo y en forma de cruz latina (hechos con listones y papel marrón sumergido en azufre), que los apicultores llamaban teas; a continuación iba la señorita Day, con un chal en la cabeza; y, cerrando el cortejo, en la penumbra, el señor Frederic Shiner.

En su consternación al ver a Shiner, Dick no sabía qué hacer, y se retiró a los pies de un árbol para poner en orden sus ideas.

—Estoy aquí, Enoch —dijo una voz, y el cortejo siguió adelante hasta que los rayos del farol iluminaron la silueta de Geoffrey, que esperaba junto a una

hilera de colmenas delante del sendero. Cogió la pala de Enoch y empezó a cavar dos hoyos en la tierra, al lado de las colmenas, mientras los demás formaban en círculo, menos la señora Day, que dejó las teas en la horquilla de un manzano y se fue a casa. Todos estaban ahora iluminados por el farol, en el centro, y sus sombras se proyectaban sobre el jardín en todas direcciones, como los radios de una rueda. La aparente incomodidad de Fancy por la presencia de Shiner causó un silencio en el corrillo mientras se hacían los preparativos necesarios, se clavaban las cruces, se prendían las estacas, se colocaban las dos colmenas encima de los dos agujeros y se aplastaba la tierra alrededor de los bordes. Geoffrey se incorporó entonces y estiró la espalda después de cavar.

—¡Qué familia tan curiosa! —dijo el señor Shiner, contemplando las colmenas con aire pensativo.

Geoffrey asintió.

—Esos agujeros serán la tumba de miles —dijo Fancy—. A mí esto me parece una crueldad.

Su padre negó con la cabeza.

—No —dijo, mientras daba unos golpecillos a las colmenas para que las abejas muertas cayeran de las celdas—. Si las asfixias así solo, mueren una vez; si las fumigas, como se hace últimamente, resucitan y se mueren de hambre, y así sufren dos veces la agonía de la muerte.

—Yo me inclino por la opinión de Fancy —dijo el señor Shiner, riéndose un poco.

—La manera de recoger la miel, para no asesinar a las abejas ni dejar que se mueran de hambre, es un enigma —añadió el guarda de caza.

—Yo preferiría no quitársela nunca —insistió Fancy.

—Pero hay que pensar en el dinero —dijo Enoch cavilosamente—. Sin dinero no somos más que sombras.

La luz del farol molestó a muchas abejas que habían huido días antes de las colmenas destrozadas y, desmoralizadas de aflicción, se ganaban ahora la vida merodeando a las puertas de otras colmenas. Unas cuantas revolotearon alrededor de la cabeza y el cuello de Geoffrey y se lanzaron luego contra él con un zumbido furibundo.

Enoch soltó el farol, echó a correr y metió la cabeza entre unas matas de grosellas; Fancy se escabulló por el sendero y el señor Shiner corrió a buscar refugio entre las coles. Geoffrey se quedó en el sitio, sin alterarse y firme como una roca. Fancy fue la primera en volver, seguida de Enoch, que recogió el farol.

El señor Shiner seguía sin dar señales de vida.

—¿Te han picado esos bichos? —le preguntó Enoch a Geoffrey.

—No, no mucho. Solo me he llevado unos cuantos picotazos —dijo con serena solemnidad, sacudiéndose una abeja de la manga de la camisa y sacándose otra del pelo y otras dos o tres del cuello. Los demás observaron el procedimiento con la grata sensación de estar al margen, como observan los vecinos a una nación europea sumida en un estado de conmoción interna.

—¿Esas son todas, padre? —dijo Fancy, cuando Geoffrey ya se había librado de cinco abejas.

—Casi. Sigo notando que una o dos me están picando en el hombro y el costado. ¡Ah! Y otra acaba de picarme otra vez en la columna. ¡Bichillos revoltosos! ¿Cómo os habéis metido ahí? Pero, bueno, ya no pueden picarme mucho más, las pobres. Deben de estar muy débiles. A lo mejor se quedan conmigo hasta que me vaya a la cama.

Como Geoffrey era el único afectado, la situación se consideró en conjunto favorable y, tras unos pisotones que aplastaron las coles entre las que Shiner venía dando tumbos, su voz resonó en la oscuridad.

—¿Ha pasado el peligro?

Al no recibir respuesta, pareció dar por sentado que podía aventurarse a seguir adelante y se acercó poco a poco hasta el farol. Retiraron entonces las colmenas de los agujeros, y una quedó en manos de Enoch, para que la llevara a cubierto, mientras Geoffrey se hacía cargo de la otra.

—Trae el farol, Fancy: la pala puede esperar.

Geoffrey y Enoch se dirigieron entonces a la casa, dejando a Shiner y a Fancy a solas en el jardín.

—Permítame —dijo el hacendado, agachándose para coger el farol y alcanzándolo a la vez que Fancy.

—Puedo llevarlo yo —dijo ella, evitando religiosamente cualquier intento de jugueteo. Había reflexionado a fondo sobre el caso a raíz de la llorosa explicación de la aventura de la caza de pájaros que le dio a Dick, y había llegado a la conclusión de que era deshonesto por parte de una joven prometida como ella jugar con los ojos o las manos de los hombres, y no lo haría nunca más. Al ver que Shiner seguía sujetando el farol, Fancy retiró la mano, y él, viendo que ella lo tenía sujeto, también lo soltó. El farol cayó al suelo y se apagó. Fancy dio un paso al frente.

—¿Dónde está el sendero? —preguntó el señor Shiner.

—Aquí. Pronto se le acostumbrarán los ojos a la oscuridad.

—¿Me da la mano mientras tanto?

Fancy le ofreció la punta de los dedos y así avanzaron por el sendero.

—No acepta usted las atenciones fácilmente.

—Eso depende de quién me las ofrezca.

—Un hombre como yo, por ejemplo.

Silencio sepulcral.

—Bueno, ¿qué me dice, señorita?

—En ese caso depende de cómo se ofrezcan.

—No es a tontas y a locas, por descuido; no es adrede, aunque tampoco por azar; ni demasiado de prisa ni demasiado despacio.

—¿Cómo, entonces? —dijo Fancy.

—Fría y prácticamente. ¿Cómo se aceptaría esa clase de amor?

—Sin ansia pero sin indiferencia... Sin sonrojos ni palidez; ni religiosamente ni con picardía.

—Bueno... ¿Cómo?

—De ninguna manera.

El almacén de Geoffrey Day, detrás de la vivienda, estaba lleno de manojos secos de marrubio, menta y salvia colgados de las vigas, de sacos de papel con tomillo y lavanda, y largas ristras de cebollas limpias. En los estantes se apilaban las manzanas, grandes, rojas y amarillas, y un surtido selecto de patatas para la siembra del año siguiente, mientras que la multitud de ejemplares más vulgares se amontonaba en el suelo de cualquier manera. Varias colmenas vacías colgaban de un clavo en un rincón por encima de dos o tres barricas de sidra recién hecha, con la primera cosecha de manzanas, que soltaban burbujas y chorritos por la espita todavía abierta.

Fancy se había arrodillado junto a las dos colmenas puestas del revés, con una de ellas apoyada en el regazo para manipularla cómodamente. Se subió las mangas por encima de los codos e introdujo la mano menuda y sonrosada por el borde, entre los blancos lóbulos de los panales, con la destreza y el cuidado necesarios para no desprender ni una sola celdilla. Luego, quebrando el panal en la base de la colmena con un ligero movimiento hacia delante y hacia atrás, levantó las dos partes para dejarlas en una enorme bandeja azul colocada en un banco, a su lado.

—¡Qué fastidio estos bichos! —protestó Geoffrey, que le estaba sosteniendo

la luz; y dio un respingo con la espalda, incómodo—. Al final voy a tener que ir a casa y quitármelas, pobrecillas, porque no me dejan en paz. Ahora mismo me están picando dos con todas sus fuerzas. No entiendo cómo pueden resistir tanto.

—De acuerdo, amigo. Yo sostendré la luz mientras usted va a quitárselas —dijo el señor Shiner, cogiendo tranquilamente la vela para que el guarda pudiera retirarse, cosa que este hizo con su zancada larga de costumbre. No había tenido apenas tiempo de llegar a la puerta cuando se oyeron pasos que se acercaban al almacén, la punta de un dedo se posó en el hueco por el que se levantó la tranca de madera y Dick Dewy entró en el cobertizo después de haber estado todo este tiempo dando vueltas por el bosque sin ton ni son, a la espera de que Shiner se marchara.

Fancy levantó los ojos y lo saludó con mucho azoramiento. Shiner sujetó la vela con más fuerza y, por miedo a que su silencio tal vez no señalara a Dick con la debida claridad que estaba muy tranquilo, a sus anchas, rompió a cantar con inquebrantable resolución:

El rey Arturo tenía tres hijos.

—¿Está aquí tu padre? —preguntó Dick.

—Creo que está en casa —dijo Fancy, mirándolo con simpatía.

Dick examinó la escena y no se vio inclinado a salir corriendo justo en ese momento. Shiner siguió cantando:

El molinero se ahogó en su laguna.
El tejedor se ahorcó con un cordón.
Y la hija se fugó con el sastrecillo,
que llevaba un retal debajo del brazo.

—¡Qué rima tan chapucera, si es que pretende rimar! —dijo Dick, con un punto de altanería.

—A mí no se me queje de la rima —contestó Shiner—. Eso dígaselo al que se la inventó.

Fancy había cobrado confianza para entonces.

—Pruebe un poco, señor Dewy —dijo, ofreciéndole un trozo redondo del panal que estaba encima del montón, arrodillada todavía y echando la cabeza hacia atrás para verle la cara—. Así probaré un poco yo también.

—Y yo también, si me hace el favor —dijo el señor Shiner. Sin embargo, el

hacendado parecía superior, como si le costara abandonar su importantísima posición social para sumarse al juego, y, al ofrecerle Fancy el panal, le dio la vuelta con la mano hasta que las celdas se aplastaron y un fino cordón de miel le recorrió por los dedos.

Una exclamación de Fancy hizo que los dos hombres se volvieran a mirarla.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó Dick.

—No es nada, solo ¡ay... ay! ¡Me ha picado una abeja por dentro del labio!

—Tenemos que bajar la hinchazón, o puede ser grave —dijo Shiner, dando un paso y arrodillándose al lado de Fancy—. Déjeme que lo vea.

—No, no.

—Déjame *a mí* que lo vea —dijo Dick, arrodillándose al otro lado; y, tras unos instantes de vacilación, ella se bajó el labio con un dedo para mostrarle el sitio.

—Espero que mejore pronto. No me molesta que me piquen en un sitio normal, pero en el labio es muy malo —añadió, con los ojos llenos de lágrimas y retorciéndose un poco de dolor.

Shiner levantó la luz por encima de la cabeza de Fancy y arrimó tanto la cara a la de ella como si le hubiera enseñado el labio exclusivamente a él, y Dick se arrimó entonces un poco más, como si Shiner no estuviera.

—Se está hinchando —le dijo Dick al lado derecho de Fancy.

—No se está hinchando —le dijo Shiner a su lado izquierdo.

—¿Es peligroso que piquen en el labio? —gritó Fancy—. Sé que en la lengua es peligroso.

—Qué va, no es peligroso —dijo Dick.

—Muy peligroso —había dicho Shiner al mismo tiempo.

—¡A ver si soy capaz de soportarlo! —dijo Fancy, ocupándose de nuevo de las colmenas.

—Es bueno ponerse un poco de asta de venado y aceite, señorita Day —dijo Shiner, muy preocupado.

—El aceite con asta de venado he visto que va bien para curar las picaduras, señorita Day —dijo Dick, más preocupado aún.

—Tenemos un poco en casa. ¿Sería tan amable de ir corriendo y traerlo? —dijo Fancy.

El caso es que ya fuera por descuido o con mala intención, la formulación de la frase en singular y con un significado tan ambiguo hizo que tanto Dick como Shiner se incorporaran de un salto, como acróbatas gemelos, que marcharan

hacia la puerta de dos en fondo, que los dos cogieran la tranca, la levantaran y continuaran hombro con hombro hasta la casa. No solo eso sino que, al entrar en la sala de estar y avanzando de la misma manera, fueran los dos derechos a la butaca de la señora Day, dejando que la puerta del tabique de roble diera tal portazo que las hileras de cacharros de peltre que había sobre el aparador tintinearón como una campanilla.

—Señora Day, una abeja le ha picado a Fancy en el labio, y me ha pedido el asta de venado, por favor —dijo el señor Shiner, muy cerca de la cara de la señora Day.

—¡Ay, señora Day! Fancy me ha pedido que le lleve el asta de venado, por favor, porque una abeja le ha picado en el labio —dijo Dick, aún más cerca de la cara de la señora Day.

—¡Qué hombres! ¡No hay razón para que me coman, supongo! —dijo la señora Day, apartándose de ellos. Buscó en la rinconera, encontró el frasco y empezó a quitar el polvo del corcho, el borde y todas las demás partes con pulcritud, mientras la mano de Dick y la de Shiner esperaban lado a lado.

—¿Quién de los dos es el principal? —preguntó la señora Day—. Y ¡no se me vuelvan a acercar a traición! ¿Quién es el principal?

Ninguno de los dos respondió, y el frasco se inclinó hacia el señor Shiner. Shiner, que aunque era un hombre de clase alta no parecía ni mucho menos victorioso, ya estaba dando media vuelta para marcharse con el frasco cuando Geoffrey bajaba la escalera después de haber buscado las abejas escondidas en su ropa interior.

—Ah, ¿es usted, señor Dewy?

Dick le aseguró al guarda que así era, y se atrevió a asestar un golpe audaz para alcanzar su objetivo, olvidando que lo malo de los golpes audaces son las desastrosas consecuencias que acarrearán cuando fallan.

—He venido a propósito, para hablarle de un asunto en particular, señor Day —dijo, triturando las palabras con intención de que llegaran a los oídos del señor Shiner, que en ese momento desaparecía entre las jambas de la puerta.

—Bueno, he tenido que subir y desnudarme para quitarme de encima unas cuantas abejas —dijo Geoffrey, acercándose despacio a la puerta abierta y deteniéndose en el umbral—. Las muy bribonas se me han metido en la camisa y no había forma de que se estuvieran quietas.

Dick lo siguió hasta la puerta.

—He venido a hablar con usted —repitió, contemplando la pálida neblina

que subía poco a poco desde la penumbra del valle—. A lo mejor se imagina de qué se trata.

El guarda hundió las manos en los bolsillos, hizo unos giros con los ojos, se apoyó en equilibrio sobre las puntas de los pies y miró hacia abajo en perpendicular, como si su mirada fuera una plomada. Luego miró en horizontal, juntando todas las grietas de la cara hasta que se concentraron alrededor de sus ojos.

—Puede que no —dijo.

Dick se quedó callado, y únicamente el grito de un pajarillo al que una lechuza estaba dando muerte en el bosque vino a turbar la quietud, perforando el silencio sin mezclarse con él.

—Me he dejado el sombrero en el dormitorio —dijo Geoffrey—. Espere aquí un momento mientras voy a buscarlo.

—Estaré en el jardín —asintió Dick.

Salió al jardín por una portezuela lateral y Geoffrey subió al dormitorio. Era costumbre en Mellstock y en sus alrededores discutir los asuntos de placer o las cosas corrientes en casa, y reservar el jardín para las cuestiones muy importantes; una costumbre que, como cabe suponer, tenía su origen en el deseo de librarse del resto de los miembros de la familia cuando no había más que un cuarto de estar en la casa, aunque seguía practicándose con la misma frecuencia por quienes no padecían estas limitaciones en el tamaño de su hogar.

La forma de la cabeza del guarda surgió en la penumbra del jardín, y Dick salió a su encuentro. Geoffrey se detuvo y se apoyó en la barandilla de una pocilga que había a la izquierda del sendero, y Dick hizo lo mismo; se quedaron los dos contemplando una sombra blanquecina que se movía y gruñía entre la paja.

—He venido a pedirle la mano de Fancy —dijo Dick.

—Pues hubiera preferido que se lo ahorrara.

—Y ¿eso por qué, señor Day?

—Porque me obliga usted a decirle que ha venido a pedir algo que no puede tener. ¿Ha venido a algo más?

—Nada más.

—Entonces solo le diré que ha sido una insensatez venir. ¿Sabe usted qué era su madre?

—No.

—Era la institutriz de una familia de terratenientes, que cometió la insensatez

de casarse con el guarda de la finca, porque entonces yo no era más que un guarda, aunque ahora no doy abasto: soy administrador de mi señor y me ocupo también de la venta de la madera, de la tala anual, de la venta de arena y grava, y de esto y lo otro. Sin embargo, ¿usted cree que Fancy ha aprendido sus buenos modales, su labia, su talento musical y su conocimiento de los libros en un agujero como este?

—No.

—¿Sabe dónde aprendió?

—No.

—Verá, cuando murió su madre y yo me fui a deambular, ella se quedó con su tía, que dirigía un internado, hasta que su tía se casó con el abogado Green, un hombre afilado como una aguja, y el colegio quebró. ¿Sabe usted que entonces se fue a la escuela de magisterio y su nombre encabezó la lista de estudiantes becados por la reina?

—Eso he oído.

—Y ¿sabe que cuando hizo el examen para obtener su certificado como maestra del gobierno fue la primera de la clase?

—Sí.

—Muy bien, y ¿sabe por qué vivo yo tan míseramente cuando tengo más de lo necesario para no pasar estrecheces, y por qué he mandado a mi hija a trabajar de maestra en lugar de tenerla aquí?

—No.

—Para que, si un caballero que se considera igual a mi hija en refinamiento quisiera casarse con ella, y ella con él, no sea superior a ella en cuestión de bolsillo. Después de lo que le he dicho, ¿se cree usted suficiente para mi hija?

—No.

—Entonces, buenas noches, señor Dewy.

—Buenas noches, señor Day.

Se le quebró la voz a Dick al dar esta humilde respuesta, y se marchó asombrado de su osadía al pedir la mano de una mujer a la que desde el principio había considerado superior a él.

CAPÍTULO III

FANCY BAJO LA LLUVIA

La siguiente escena es la de una tarde tormentosa del mes siguiente, cuando vemos a Fancy Day volviendo desde casa de su padre a Mellstock.

Un nubarrón gris cubría el paisaje, y de él empezaban a caer en ese momento la niebla y la lluvia como una cortina ondulada alternativamente fina y gruesa. Los árboles de los campos y los bosques se retorcían como hombres transidos de dolor al paso veloz del aire: la parte inferior de los troncos, que rara vez se había visto moverse, se estremecía visiblemente con las ráfagas más intensas, afligiendo el espíritu con su dolorosa extrañeza como cuando se ve llorar a un hombre fuerte. Las ramas bajas se sacudían arriba y abajo, las altas y erguidas iban de un lado a otro según el capricho de las rachas, divididas en tantas corrientes cruzadas que las ramas vecinas del mismo árbol barrían los cielos con movimientos propios, cruzándose o enredándose unas con otras. Bandadas de hojas verdes y amarillentas surcaban los espacios abiertos arrastradas a grandes distancias desde sus árboles padres, alcanzaban el suelo y se quedaban tendidas con el envés vuelto hacia arriba.

Cuando la lluvia y el viento arreciaron, y los lazos del bonete de Fancy empezaron a azotarle la barbilla de un modo cada vez más desquiciante, la joven se detuvo en la entrada de Mellstock para orientarse y calcular la distancia hasta algún refugio. La casa más cercana era la de Elizabeth Endorfield, en Upper Mellstock, no lejos del cruce de este pueblo con el camino que estaba siguiendo. Apretó el paso, y en cuestión de cinco minutos estaba cruzando una cancela que, al abrirse, derramó a sus pies una cascada de gotas de agua.

—¡Entra, hija! —gritó una voz antes de que Fancy hubiera llamado, con una rapidez que le habría sorprendido si no hubiera sabido que la señora Endorfield era una mujer de ojos y oídos extraordinaria y excepcionalmente despiertos.

Fancy entró y se sentó. Elizabeth estaba pelando patatas para la cena de su marido.

Mondaba, mondaba y lanzaba la patata a un cubo de agua, donde caía salpicando.

Mientras observaba con desgana los movimientos de la señora Endorfield, Fancy empezó a reconsiderar un antiguo asunto que seguía muy presente en su corazón. Desde la entrevista entre su padre y Dick, sus días estaban velados de melancolía. La oposición de Geoffrey, que no aceptaba a Dick como yerno, era más firme de lo que ella esperaba. Es verdad que había visto a su amado con frecuencia desde entonces y que precisamente por esa oposición lo quería más de lo que nunca se había imaginado, y esto le causaba cierta felicidad. Pero, aunque el amor es en estos casos un fin en sí mismo, debe aceptarse que también es el medio de alcanzar otro fin si queremos que adopte los tonos sonrosados de un placer puro. Y tanto Fancy como Dick se negaban rotundamente ahora a aceptarlo.

Elizabeth Endorfield tenía, entre las mujeres, fama de que había en su naturaleza algo entre la distinción y la notoriedad. Esto se basaba en los siguientes rasgos personales: era astuta y perspicaz, vivía en un rincón solitario, nunca iba a la iglesia, llevaba una capa roja, siempre estaba en casa con el bonete puesto y tenía la barbilla afilada. Hasta aquí sus atributos eran definitivamente satánicos, y quienes no miraban más allá de las apariencias la llamaban bruja sin tapujos. Sin embargo, no estaba demacrada, no era fea de barbilla para arriba ni tenía un comportamiento especialmente extraño; por eso, cuando quienes la conocían más íntimamente hablaban de ella, suavizaban el término, y la mujer se convertía simplemente en un enigma tan profundo como alta era. Se podría decir que Elizabeth formaba parte de una clase de sospechosos que empezaba a perder progresivamente sus características misteriosas bajo los auspicios del joven párroco, aunque en los largos años de reinado de su predecesor, el señor Grinham, la parroquia de Mellsotck se había mostrado extremadamente favorable a creer en la proliferación de brujas.

Mientras Fancy daba vueltas a estas cosas, y pensaba si valía la pena confiar sus preocupaciones a Elizabeth y pedirle consejo para librarse de ellas, la bruja tomó la palabra.

—Tú estás mustia, muy mustia —dijo de pronto, tirando otra patata al cubo.

Fancy no se dio por enterada.

—Es por ese muchacho.

Fancy se puso colorada. Parecía que Elizabeth le leía el pensamiento. La verdad es que casi podía creerse que tenía los poderes que le atribuía la gente.

—Tu padre no lo ve con buenos ojos, ¿verdad? —Terminó de pelar otra patata y la lanzó al agua—. Ya lo sé. Los pajaritos me cuentan cosas que nadie se imagina que sé.

Fancy estaba desesperada por Dick, y de pronto se le presentaba una oportunidad de recibir ayuda, ¡una oportunidad perversa!, y también la bondad que pudiera existir al margen del amor.

—Ojalá pudiera decirme qué hacer para que él lo vea con buenos ojos —dijo.

—Podría ahora mismo —dijo la bruja tranquilamente.

—¿De verdad? Dígamelo... Lo que sea... Me da lo mismo con tal de conseguirlo. ¿Qué podría hacer, señora Endorfield?

—No tiene nada de extraordinario.

—Bueno, pero ¿cómo se hace?

—Con brujería, por supuesto.

—¡No!

—Sí, te lo garantizo. ¿Nunca has oído decir que soy bruja?

—Bueno —titubeó Fancy—, he oído que la llamaban así.

—Y ¿lo creíste?

—No puedo decir que lo creyera exactamente, porque eso es horrible, es muy malo... Pero ¡cuánto me gustaría que lo fuera!

—Pues lo soy. Y te diré cómo embrujar a tu padre para que te deje casarte con Dick Dewy.

—¿Le hará daño? ¡Pobrecillo!

—¿A quién?

—A mi padre.

—No: el hechizo funciona con sentido común, y el conjuro solo se rompe si cometes una tontería.

Fancy la miró con perplejidad, y Elizabeth añadió entonces:

Este temor a Lizz, venga de donde venga,
no tiene fundamento.

Lo suyo es solo sentido común,
sin más aditamento.

—Tienes que hacer lo siguiente.

La bruja dejó el cuchillo y la patata y vertió entonces en el oído de Fancy una larga y detallada lista de instrucciones, mirándola de reojo con una expresión de humor siniestro. Las facciones de Fancy se iluminaron, se nublaron, se animaron y se afligieron a medida que avanzaba el relato.

—Ya está —dijo Elizabeth por fin, agachándose para recoger el cuchillo y otra patata—. Haz eso y a la larga lo habrás conseguido.

—¡Eso haré! —dijo Fancy.

Y volvió a prestar atención al mundo exterior.

Seguía lloviendo como antes, pero el viento había amainado considerablemente en el curso de la conversación. Juzgando que ya podía sujetar el paraguas sin dificultad, Fancy volvió a ponerse la capucha por encima del bonete, se despidió de la bruja y reanudó su camino.

CAPÍTULO IV

EL HECHIZO

El consejo de la señora Endorfield se siguió a pie juntillas.

—Siento mucho que su hija no se encuentre demasiado bien —le dijo un hombre de Mellstock a Geoffrey una mañana.

—¿Es que le pasa algo? —preguntó el guarda con inquietud, ladeando el sombrero a la derecha—. No entiendo qué quiere decir. No se quejó de nada la última vez que la vi.

—Dicen que ha perdido el apetito.

Geoffrey se acercó a Mellstock esa tarde y pasó por la escuela. Fancy lo recibió como de costumbre y le pidió que se quedara a tomar el té con ella.

—No soy de tomar té a esta hora del día —dijo él, pero se quedó.

La observó atentamente cuando se sentaron y, con gran consternación, descubrió los siguientes cambios sin precedentes en la saludable muchacha: que se cortó una rebanada traslúcida de pan con mantequilla, la dejó en el plato y se pasó todo el tiempo desmenuzándola sin llegar a comer más de una décima parte. Esperaba que su hija dijera algo de Dick y terminase rompiendo a llorar, como había hecho después de que él tomara la decisión en contra del muchacho, en los días posteriores a la entrevista en el jardín. Pero Fancy no dijo nada y, llegada la hora, Geoffrey regresó a Yalbury.

—Ojalá que la pobre señorita Fancy pueda continuar en la escuela —le dijo a Geoffrey su ayudante, Enoch, la semana siguiente, mientras desenterraban hormigueros en el bosque.

Geoffrey clavó la pala en el suelo, se quitó siete u ocho hormigas de la manga, mató a una que estaba merodeando alrededor de su oreja y miró luego la tierra en perpendicular, como tenía por costumbre, a la espera de que el otro

añadiese algo.

—Bueno, ¿por qué no iba a poder? —dijo por fin el guarda.

—El panadero me contó ayer —explicó Enoch, sacudiéndose también otra hormiga que se le había subido alegremente a un muslo— que con el pan que ha llevado a la casa-escuela el último mes hasta un ratón se moriría de hambre en los tres mundos creados⁸: eso me dijo. Y luego me tomé una pinta de cerveza suave, donde Moors, y allí me enteré de más cosas.

—¿De qué te enteraste?

—De que todas las semanas, puntual como un reloj, antes le pedía al lechero Viney casi medio kilo de la mejor mantequilla para ella, y otro tanto de mantequilla salada para la chica que la ayuda en la escuela y la mujer de la limpieza; pero ahora la misma cantidad le dura tres semanas, y creen que tiene que tirarla porque se le pone rancia.

—Termina con las hormigas y lleva el saco a casa. —El guarda cogió su escopeta, se la metió debajo del brazo y se fue sin silbar a los perros, que lo siguieron de todos modos como dando a entender que no esperaban recibir semejantes atenciones cuando su amo estaba reflexionando.

El sábado por la mañana llegó una nota de Fancy para su padre. No debía molestarse en enviarle ese par de conejos, como estaba previsto, porque se temía que no le apetecían. Ese mismo día, Geoffrey fue a Casterbridge y pasó por la carnicería que le servía a Fancy la carne fresca, anotándola en la cuenta de su padre.

—Vengo a pagarte nuestra factura, vecino Haylock, y ya de paso me das también la cuenta de la chica.

El señor Haylock dio tres cuartos de vuelta entre un montón de costillas, volvió la vista de la carne al dinero, entró en una pequeña oficina que constaba solamente de una puerta y una ventana, consultó enérgicamente un libro que era largo pero no ancho y, cogiendo luego un trozo de papel, hizo unos garabatos y entregó la factura.

Tal vez fuera la primera vez en la historia de las transacciones comerciales en que el escaso monto de una factura del carnicero causara la preocupación del deudor.

—Pero ¡aquí no está todo lo que ha pedido en un mes entero! —dijo Geoffrey.

—Hasta el último bocado —contestó el carnicero—. (Oye, Dan, lleva esa pierna y esa paletilla a la señora White, y estos cinco kilos de aquí al señor

Martin.) Será que últimamente le habrá enviado usted piezas menores, señor Day.

—No he cazado más que dos o tres conejos en la última semana, como que estoy vivo. Ya quisiera yo.

—Bueno, mi mujer me dijo. (¡Dan!, no pongas tanto, no pongas tanto en esa bandeja. Mejor que hagas dos viajes.) Mi mujer me dijo, mientras anotaba las cuentas: «Haylock, a la señorita Day ha debido de afectarle el bochorno de este verano, como nos pasa a todos; o eso o le ha estado comprando a John Grimmett sin que lo sepamos, porque mira su cuenta». Normalmente es pequeña, en el mejor de los casos, porque vive sola, pero es que ahora casi no es nada.

—Lo averiguaré —dijo Geoffrey con abatimiento.

Volvió por Mellstock y pasó a ver a Fancy en cumplimiento de una promesa. Era sábado, los niños no tenían clase, y al entrar en la casa no vio a Fancy por ningún lado. Nan, la mujer de la limpieza, estaba barriendo la cocina.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó el guarda.

—Verá usted, estaba cansada de las clases de la semana, y esta mañana me ha dicho: «Nan, no me levantaré hasta que anochezca». Ya sabe usted, señor Day, que si la gente no come, no puede trabajar. Y como ha dejado de comer tiene que dejar de trabajar.

—¿Le ha llevado algo de comida?

—No, no quiere nada. En fin, todos sabemos que estas cosas no pasan sin una buena razón. Aunque no quiero decir que se le haya roto el corazón ni nada de eso.

A Geoffrey sí que le dio un vuelco el corazón. Se acercó a la escalera y subió hasta la puerta de su hija.

—¡Fancy!

—Pasa, padre.

Ver a una persona en la cama una tarde tan bonita, por la razón que sea, da mucha lástima. Y allí tenía a su única hija, no solo acostada, sino también muy pálida. Geoffrey se alarmó visiblemente.

—Fancy, ¡no esperaba encontrarte aquí, hija! ¿Qué te pasa?

—No me encuentro bien, padre.

—¿Y eso por qué?

—Porque pienso cosas.

—¿Qué cosas son esas que tanto te atormentan?

—Ya lo sabes, padre.

—Supongo que crees que he sido cruel al decirte que tu Dick no puede casarse contigo, porque es un pobretón.

No hubo respuesta.

—Bueno, Fancy. Sabes que lo hago por tu bien, que ese chico no es suficiente para ti. Lo sabes perfectamente. —Volvió a mirarla entonces, tendida en la cama—. Bueno, Fancy, no puedo dejar morir a mi única hija: supongo que, si no puedes vivir sin él, tendrás que casarte con él.

—No, así no lo quiero: en contra de tu voluntad y desobedeciéndote —suspiró la inválida.

—No, no. No es en contra de mi voluntad. Ahora que he visto cuánto te duele vivir sin él, es mi deseo que se case contigo en cuanto lo hayamos considerado un poco. Es mi único deseo, Fancy. No me llores, chiquilla. Tendrías que haber llorado antes. Ahora que todo está arreglado ya no hay necesidad de llorar. Bueno, de todos modos, procura levantarte y ven mañana a vernos a tu madrastra y a mí. Come algo con nosotros.

—Y ¿Dick también?

—Sí, Dick también. Por mi parte no hay pega.

—Y ¿para cuándo crees que lo habrás considerado y podrá casarse conmigo, padre? —intentó sonsacarle.

—Bueno, digamos que para San Juan. No falta demasiado.

Al salir de la escuela, Geoffrey fue a casa del buhonero. El abuelo William abrió la puerta.

—¿Está su nieto Dick, William?

—No, ahora mismo no está, señor Day. Aunque últimamente sale poco de casa.

—Ah, y ¿cómo es eso?

—Por hache o por be siempre anda mustio, se podría decir. No parece el mismo. Sí, se sienta a estudiar y a pensar, como si fuera a hacerse disidente⁹, pero luego no hace nada más que dar vueltas por ahí. Antes era un chico muy hablador, y ahora no abre la boca. Pero ¿no quiere usted pasar? Creo que Reuben llegará enseguida.

—No, gracias. Ahora no puedo quedarme. ¿Podría decirle a Dick que haga el favor de pasar mañana por Yalbury, con mi hija Fancy, si es que ella se encuentra en condiciones? No me gusta que vaya sola ahora que no está demasiado rebosante de salud.

—Eso he oído. Sí, claro, se lo diré sin falta.

CAPÍTULO V

DESPUÉS DE QUE FANCY SE SALIERA CON LA SUYA

La visita a Geoffrey transcurrió todo lo placenteramente que cabía esperar tratándose del primer día en que el curso del amor, obstaculizado hasta entonces, se veía libre de trabas. Y llegaron entonces varios días felices presididos por la misma serenidad. Dick podía cortejar a Fancy cuando quisiera; alejarse de ella cuando quisiera, que era nunca; pasear con ella por cascadas y arroyos sinuosos, entre paisajes otoñales, hasta que la escarcha y el crepúsculo los obligaban a volver a casa. Y así se acercaron al día de la cosecha de Acción de Gracias, que era también la fecha elegida para que el órgano sonara por primera vez en la iglesia de Mellstock.

Quiso el azar que ese mismo día Dick tuviera un compromiso lejos de Mellstock. Un amigo suyo había muerto de tuberculosis el martes anterior en Charmley, un pueblo vecino, y Dick, en honor a una antigua promesa, iba a llevarlo hasta la sepultura. Cuando pasó ese martes por la escuela para poner al corriente a Fancy, es difícil decir si su desilusión por no poder presenciar el triunfante debut de la organista fue mayor que su irritación por que su amorcito se viera privada del placer de su presencia en tan gran ocasión. Sin embargo, le dio la noticia. Ella la recibió de la mejor manera posible, sin lamentarlo demasiado ni afirmar en exceso que su actuación no significaría ya nada para ella.

Justo antes de las once del domingo se dispuso el muchacho a cumplir su triste misión. El funeral se celebraría inmediatamente después del oficio matinal, y, como Dick tenía por delante sus buenos seis kilómetros y el viaje en carro no era cómodo, necesitaba salir relativamente temprano. Podía haberse quedado en casa media hora más y cumplir su cometido igual de bien, pero en el último momento nada pudo contentar su ánimo ardiente, y se empeñó en desviarse un

kilómetro y medio para pasar por la escuela con la esperanza de ver a su amor cuando saliera hacia la iglesia.

Tomando así el camino de la escuela, en lugar de ir derecho a Charmley a través de los prados, estaba delante de casa de Fancy justo cuando su diosa salía por la puerta.

Si una mujer se ha parecido alguna vez a una divinidad fue Fancy Day esa mañana cuando bajó flotando las escaleras del colegio como una nebulosa de colores que tendían al azul. Con una audacia sin precedentes en la historia de las maestras rurales —en parte sin duda por los respetables ahorros de su papá, que hacían que su profesión no fuera del todo necesaria—, se había puesto un sombrero y una pluma y soltado el pelo, que siempre llevaba recogido en alto y ahora le caía sobre los hombros con abundancia de rizos. El pobre Dick se quedó atónito: nunca la había visto tan arrebatadoramente hermosa, aparte de en Nochebuena, cuando llevaba el pelo en el mismo estado de exuberante libertad. Pero este primer arrebatado de deliciosa sorpresa dio paso a sensaciones menos gratas en cuanto su cerebro recobró la facultad de raciocinio.

Fancy se había ruborizado... ¿Era de confusión? También se había aplastado los rizos involuntariamente. No esperaba encontrarse con él.

—Fancy, por un momento no me has reconocido, con este traje de funeral, ¿verdad?

—Buenos días, Dick. La verdad es que por un momento no te he reconocido con ese traje tan triste.

Dick contempló una vez más el sombrero y los alegres tirabuzones.

—Nunca te había visto tan encantadora, cariño.

—Me alegra que me elogies, Dick —dijo ella, sonriendo con picardía—. Eso es como agua y alimento para una mujer. ¿De verdad estoy guapa?

—¡Qué cosas! Ya lo sabes. ¿Te acordabas, es decir, no te acordabas de que hoy tenía que irme?

—Bueno, sí me acordaba, Dick. Pero ya sabes que... Quería estar guapa... perdóname.

—Sí, cariño, claro que sí. No tengo nada que perdonarte. No, solo estaba pensando que cuando hablamos el martes y el miércoles, y el jueves y el viernes, de que hoy no podría estar aquí, y yo lo sentía tanto, tú dijiste, Fancy, que también lo sentías, y casi lloraste, y dijiste que hoy ya no disfrutarías siendo la atracción de la iglesia, porque yo no estaría.

—Y no disfrutaré tanto, vida mía... Aunque sigo un poquito contenta con mi

vida —dijo con un mohín.

—Al margen de la mía.

Ella lo miró con perplejidad.

—Sé que estás enfadado conmigo, Dick, y es porque justo el primer domingo que me rizo el pelo y me pongo un sombrero con pluma desde que estoy aquí coincide precisamente con el día en que tú tienes que irte y no estarás conmigo. Sí, di que es por eso, porque lo es. Y crees que tendría que haberme pasado toda la semana recordando que hoy no estarías, y no haber hecho el esfuerzo de arreglarme más de lo normal. Sé que lo piensas, Dick, y eso es muy poco amable.

—No, no —dijo él, con sincera sencillez—. No he pensado tan mal de ti. Solo he pensado que... si fueras tú quien tuviera que marcharse, yo no me habría arreglado especialmente para atraer las miradas de otras personas. Pero tú y yo somos distintos, como es natural.

—Bueno, puede que lo seamos.

—¡Qué dirá el párroco, Fancy!

—No me preocupa lo más mínimo lo que pueda decir —dijo ella con orgullo—. Pero no dirá nada de lo que tú imaginas. No, no.

—No creo que se atreva a decir nada, eso es verdad.

—Vamos, Dick, di que me perdonas totalmente, porque tengo que irme —añadió con repentina alegría, y retrocedió de un salto debajo del porche—. Venga usted aquí, señor. Di que me perdonas, y luego dame un beso. Nunca me has besado cuando llevaba rizos. Anda, bésame donde tanto querías... Sí, puedes.

Dick la siguió al rincón, donde probablemente no tardó en aprovechar el privilegio que se le concedía.

—¿Verdad que te ha gustado? —dijo ella—. Adiós, o llegaré tarde. Ven a verme mañana, que esta noche estarás cansado.

Así se despidieron, y Fancy se encaminó a la iglesia. El órgano se encontraba a un lado del coro y presbiterio, cerca y debajo de los ojos del párroco cuando se subía al púlpito, y también a plena vista de la congregación. Allí se instaló ella, ocupando por primera vez un lugar tan destacado, pues hasta entonces siempre se había sentado en un rincón remoto del pasillo.

—¡Santo cielo! ¡Qué vergüenza! ¡Rizos, sombrero y pluma! —exclamaron las hijas de los pequeños terratenientes, que únicamente llevaban el pelo rizado, sin sombrero ni pluma, o sombrero y pluma sin el pelo rizado.

—A la iglesia se va siempre con bonete —señalaron las sobrias matronas.

Que el señor Maybold fuera consciente de la cercanía de Fancy en el curso del sermón, que no se enfadara en absoluto con ella por su indumentaria, que la admirase, todo esto lo notó la muchacha. Lo que no vio es que la quería, mientras daba el sermón, como nunca había querido a una mujer, que su proximidad era un placer desconocido para él, y que se deleitaba en el éxito musical que ella cosechó esa mañana con un espíritu que excedía ampliamente el mero orgullo de un clérigo por la inauguración de un nuevo orden de cosas.

Los miembros del coro antiguo, humillados en lo más profundo, no ocuparon sus asientos en la galería como de costumbre (reservados ahora para una maestra en prácticas y los colegiales que no eran cantantes), sino que se desperdigaron con sus mujeres en diferentes partes de la iglesia. Sin ninguna participación en el desarrollo del oficio casi por primera vez en la vida, se sentían incómodos, desplazados, avergonzados y sin saber en qué ocupar las manos. El buhonero había propuesto que no pisaran la iglesia ese día, que se fueran a coger avellanas, pero el abuelo William no quiso ni oírlo.

—No —le reprochó, y citó un versículo—: «Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti, y no hemos faltado a un pacto».¹⁰ Y así se quedaron contemplando los rizos que caían por la espalda de su victoriosa rival, y la oscilación de la pluma cuando aquella movía la cabeza. Tras unas primeras notas tímidas y vacilantes, su interpretación fue correctísima, y cerca del final se volvió libre y plena. Ahora bien, ya fuera por prejuicios o por imparcialidad, el venerable conjunto de músicos no pudo dejar de pensar que las melodías más sencillas, las que a ellos no se les permitía ofrecer, se encontraban más en consonancia con la sencillez de su antigua iglesia que los abigarrados acordes e interludios que la organista tenía el placer de ejecutar.

CAPÍTULO VI

EN LA TENTACIÓN

Terminó el día, y Fancy se encontraba de nuevo en la casa-escuela. Alrededor de las cinco empezó a llover, y, en un estado de ánimo muy apagado, la joven fue a dar una vuelta por la escuela, a falta de mejor ocupación. Estaba pensando: ¿en su amado Dick Dewy? No precisamente: en lo cansada que estaba de vivir sola; en lo insoportable que se le antojaba volver a Yalbury y someterse al dominio de su madrastra de extraño carácter; en que era preferible estar casada con cualquiera que vivir así; en que aún quedaban por delante ocho o nueve largos meses para que pudiera celebrarse la boda.

A un lado del aula había altos ventanales de caliza extraída de las canteras de Ham-hill, y en cualquiera de sus alféizares podía sentarse arrimando un escritorio a modo de taburete. Allí se encaramó ya avanzado el atardecer, como tenía por costumbre en tan lúgubres y lluviosas ocasiones; se puso un chal ligero y un bonete, abrió la ventana y se entregó a contemplar la lluvia. No se veía un alma por ninguna parte: la lluvia retenía en casa a todo el que no tuviera que salir por necesidad, y la necesidad era menos pertinaz los domingos que cualquier otro día de la semana.

Sentada allí y pensando de nuevo —¿en su enamorado, en la sensación que había causado en la iglesia esa mañana?... Bueno, eso se desconoce—, pensando y pensando, vislumbró una oscura silueta masculina que cobraba claridad en un extremo del bosque: un hombre sin paraguas. La silueta se acercó poco a poco, y Fancy advirtió primero que iba de luto riguroso, y luego que era Dick. Sí, dejándose llevar por la ternura y el desatino de su joven corazón, después de haber recorrido seis kilómetros bajo la llovizna sin abrigo ni paraguas, desafiando el comentario de su amada de que no iría esa tarde porque estaría cansado, otra vez se había empeñado en desviarse del camino un kilómetro y

medio por el mero placer de pasar diez minutos en su compañía.

—¡Ay, Dick, vienes empapado! —dijo Fancy, cuando él ya estaba llegando a la ventana—. ¡Hasta te brilla la chaqueta como si la hubieras barnizado, y el sombrero, ¡madre mía, está chorreando!

—Eso da igual, cariño —contestó él alegremente—. La humedad nunca me perjudica, aunque lo siento mucho por el traje, que es el mejor que tengo. Pero no me ha quedado más remedio: les hemos prestado todos los paraguas a las mujeres. No sé cuándo podré recuperar el mío.

—Y, mira, tienes un pegote aquí en el hombro.

—Ah, es un poco de esmalte que se ha desprendido de las asas del féretro del pobre Jack cuando lo llevábamos a hombros. No tiene importancia, porque ha sido lo último que he podido hacer por él; y malo sería que no me permitiera estropear una chaqueta por un buen amigo.

Fancy se llevó la mano a la boca y la dejó allí medio minuto. Debajo de la palma de aquella manita se ocultaba un bostezo que duró este medio minuto.

—Dick, no me parece bien que te quedes ahí mojándote. Y no puedes pasar. Vete a casa y cámbiate de ropa. No te quedes ni un minuto más.

—Un beso después de haber venido hasta aquí —suplicó él.

—A ver si te alcanzo desde arriba.

Dick parecía muy decepcionado al ver que no lo invitaba a la puerta. Sin levantarse del alféizar, Fancy se retorció y se inclinó hacia abajo, pero ni siquiera subiéndose al zócalo le fue posible a Dick juntar sus labios con los de ella. Esforzándose mucho, la muchacha habría podido bajar un poco más, pero entonces habría dejado la cabeza expuesta a la lluvia.

—Da igual, Dick. Bésame la mano —dijo, lanzándola hacia abajo—. Y ahora, adiós.

—Adiós. —Se alejó despacio, volviendo continuamente la cabeza para mirar a Fancy hasta que se perdió de vista. Y en esta retirada, casi sin querer, aunque consciente del triunfo que había cosechado esa mañana, ella pensó: «Me gusta Dick, y lo quiero. Pero qué aspecto tan lamentable y poco agraciado tiene un hombre bajo la lluvia, sin paraguas y empapado».

Cuando Dick desapareció, Fancy hizo amago de bajar del asiento pero, al mirar en dirección contraria, vio otra figura que venía por el mismo sendero. También era un hombre. También iba de negro, de la cabeza a los pies. Pero llevaba un paraguas.

Siguió avanzando, y la dirección de la lluvia le obligó a inclinar el paraguas

hasta que su cabeza se volvió invisible para Fancy, lo mismo que ella para él. A su debido tiempo, el hombre pasó directamente por debajo de la ventana, y, al ver Fancy el paraguas desde arriba, sus ojos femeninos se fijaron en que era de seda de la mejor calidad —menos común en aquella época que desde entonces— y de elegante hechura. Se dirigió el hombre hacia la entrada de la casa, y Fancy lo perdió de vista. En lugar de seguir el camino, como había hecho Dick, giró bruscamente y entró en el porche.

La maestra se levantó de un salto, se puso atropelladamente el bonete y el chal, se arregló y ahuecó los rizos hasta que cobraron un aspecto aceptable y prestó atención. Ninguna llamada en la puerta. Pasó casi un minuto, y seguía sin oírse ninguna llamada. Se desencadenó entonces una secuencia de toques suaves, no más fuertes que los de un picapinos a lo lejos, apenas apreciables para los oídos de Fancy. Se preparó y abrió la puerta de golpe.

En el porche estaba el señor Maybold.

Venía con un cálido rubor en las mejillas y un brillo chispeante en los ojos que le hacían parecer más apuesto de lo que Fancy lo había visto jamás.

—Buenas noches, señorita Day.

—Buenas noches, señor Maybold —dijo ella, en un extraño estado de ánimo. Había observado, aparte de esa tonalidad ardiente en sus facciones, un estremecimiento singular en su voz, y también que las manos le temblaron como la hoja de un álamo cuando dejó el paraguas en un rincón del porche. Sin que ninguno de los dos dijera otra palabra, el sacerdote entró en la escuela, cerró la puerta y se acercó a Fancy. Una vez dentro, su expresión se volvió indiscernible en la creciente oscuridad del crepúsculo.

—Quiero hablar con usted —dijo entonces— de un asunto importante, de algo que quizá le sorprenda pero que lo es todo para mí: no sé qué puede significar para usted, señorita Day.

No hubo respuesta.

—Fancy, he venido a pedirle que se case conmigo.

Como quien ha estado divirtiéndose empujando una bola de nieve y se sobresalta al ver que ha desencadenado una avalancha, así se sobresaltó Fancy con estas palabras del joven párroco. En el silencio sepulcral que las siguió, la respiración del hombre y la mujer resonaban por separado y claramente. Y había entre ambas esta diferencia: la de él se tranquilizó gradualmente después de este enunciado; la de ella, pausada y regular, cobró fuerza y velocidad hasta convertirse casi en un jadeo.

—No puedo... No puedo, señor Maybold. No puedo. ¡No me lo pida!

—¡No se precipite en responder! —le pidió él—. Y escúcheme. No se trata de un sentimiento repentino. La quiero desde hace más de seis meses. Puede que mi interés por enseñar aquí a los niños, de un tiempo a esta parte, no tuviera un único propósito, como parecía. Usted comprenderá mis intenciones... Incluso puede que le agrade aún más si le confieso que he luchado a todas horas contra mis emociones, pues pensaba que no hacía bien queriéndola... Pero he decidido dejar de luchar: he analizado el sentimiento, y el amor que siento por usted es tan sincero como el que podría sentir por cualquier mujer: soy consciente de su extraordinario encanto. Respeto sus talentos naturales y la finura que han dado a su carácter: son muchos, y más que suficientes para mí. Reúnen todo lo que siempre se ha exigido a la señora de una apacible casa parroquial, que es el lugar donde pasaré mis días, esté donde esté. Sí, Fancy, la he observado, incluso criticado con severidad; he sometido mis sentimientos a la luz de la razón y aun así siguen pareciéndome racionales: los que cualquier hombre podría esperar que una mujer como usted inspire en él. Por tanto, no hay nada precipitado, clandestino o indecoroso en mis deseos. ¿Quiere casarse conmigo, Fancy?

No recibió ninguna respuesta.

—No se niegue, por favor —le imploró—. Sería una insensatez... quiero decir, una crueldad. Naturalmente que no viviremos aquí. Hace tiempo que se me ha presentado la oportunidad de intercambiar mi puesto con un amigo de Yorkshire, pero hasta ahora la he rechazado, por mi madre. Iríamos allí. Usted podrá seguir perfeccionando su talento musical, tendrá el pianoforte que más le guste; lo tendrá todo, Fancy, todo lo que la haga feliz: un coche y un caballo, flores, pájaros, compañía agradable... Con sus cualidades, al cabo de unos meses de viaje conmigo, podrá usted rodearse de cualquier compañía. ¿Quiere casarse conmigo, Fancy?

Sobrevino otra pausa, distinta únicamente en que la lluvia había arreciado ahora contra los cristales de la ventana, y Fancy, con la voz quebrada y débil, por fin dijo:

—Sí. Quiero.

—¡Dios te bendiga, vida mía! —Se acercó rápidamente y tendió los brazos para abrazarla: ella se retiró con precipitación.

—No, no... Ahora no —dijo, con un susurro agitado—. Hay cosas... aunque la tentación es, ¡ay!, tan fuerte que no puedo resistirla... Cosas que no puedo decirle en este momento, pero ¡tengo que decírselas! ¡Por favor, no se me

acerque! Necesito pensar. Apenas puedo hacerme a la idea de lo que he prometido. —Al momento se volvió hacia un pupitre, hundió la cara entre las manos y rompió en un estallido de llanto histérico—. ¡Déjeme sola! —sollozó—. ¡Déjeme, ay, déjeme!

—¡No te aflijas, cariño, por favor! —Con visible dificultad se abstuvo el párroco de acercarse a ella—. Podrás decirme cuando te venga bien qué es lo que tanto te apena... Soy feliz, inmensamente feliz, solo con tu promesa...

—Entonces ¡váyase y déjeme ahora!

—Por hacerte justicia tengo que quedarme un minuto, hasta que te hayas tranquilizado.

—Muy bien —dijo ella, dominando su emoción e incorporándose—. Ya no estoy alterada.

Él se dirigió a la puerta con reticencia.

—Adiós —murmuró tiernamente—. Vendré mañana a esta misma hora.

CAPÍTULO VII

CAMBIO DE OPINIÓN

El párroco se levantó temprano la mañana siguiente. Lo primero que hizo fue escribir una larga y atenta carta a su amigo de Yorkshire. Después desayunó algo y cruzó los prados en dirección a Casterbridge con la carta en el bolsillo, para dejarla en la oficina de correos de la ciudad y evitar así la pérdida de un día en el envío que se habría derivado de entregársela al cartero del pueblo.

Era una mañana de niebla: los árboles derramaban alborotadamente las gotas de agua que habían acumulado en aquel aire denso, y al goteo lo acompañaba de vez en cuando el golpe sordo de una bellota que caía de la copa al suelo. En los prados, las telas de araña, casi opacas por el rocío, colgaban de los helechos como los pliegues de una cortina, y las hojas que caían de los árboles presentaban todas las tonalidades de marrón, verde y amarillo.

De la carretera a la que se aproximaba llegó un silbido alegre y suave; luego, los pasos ligeros de un hombre que iba en la misma dirección que él. Al alcanzar el cruce del camino con la carretera, el párroco se encontró frente a frente con el rostro franco y jovial de Dick Dewy. Dick se levantó el sombrero, y el párroco salió entonces a la carretera.

—Buenos días, Dewy. ¡Qué buen aspecto tiene! —dijo el señor Maybold.

—Sí, señor. Estoy bien, estupendamente. Voy a Casterbridge a recoger el arnés de Lista: lo dejamos a reparar el sábado.

—Yo también voy a Casterbridge, así que iremos juntos.

Dick brincó sobre un pie para ponerse al paso del señor Maybold, que siguió adelante.

—Me pareció no verlo ayer en la iglesia, Dewy. O ¿estaba usted detrás del pilar?

—No. Tuve que ir a Charmley. El pobre John Dunford me eligió mucho antes de morir para que fuera uno de sus portadores, y ayer era el entierro. No podía negarme de ninguna manera, aunque me hubiera gustado especialmente estar en casa, por ser el día de la nueva música.

—Sí, tendría que haber estado. La parte musical del oficio fue un éxito, un éxito rotundo; y lo más importante es que no hubo ningún rencor por parte de los miembros del antiguo coro. Se sumaron a los cánticos con la mejor voluntad.

—Supongo que es natural que me hubiera gustado estar presente —dijo Dick, sonriendo para sus adentros—, teniendo en cuenta quién era la organista.

El párroco se sonrojó un poco.

—Sí, sí —asintió, aunque sin entender del todo la intención de su acompañante.

Y este, al no recibir más respuesta, expresó con otra sonrisa su orgullo de enamorado y añadió en tono dubitativo:

—Me imagino que sabe lo que quiero decir, señor. ¿Habrá oído hablar de mí y... la señorita Day?

El tono rojo se esfumó del semblante del señor Maybold: volvió la cabeza y miró a Dick a la cara.

—Pues no —se vio en la obligación de decir—, no sé absolutamente nada de usted y la señorita Day.

—Bueno, es mi novia, y vamos a casarnos para San Juan. De momento lo llevamos muy en secreto, porque aún quedan muchos meses de espera, pero su padre no quiere que nos casemos antes, y como es lógico tenemos que aceptarlo. Aunque el tiempo pasará muy deprisa.

—Sí, el tiempo pasará muy deprisa. El tiempo corre día a día, sí. —El señor Maybold pronunció estas palabras sin la menor idea de lo que estaba diciendo. Sintió que un escalofrío atroz lo sacudía de arriba abajo, y lo único que acertó a razonar fue lo siguiente: que la señorita que lo había embriagado con sus encantos y obligado a tomar la decisión más imprudente de su vida no era un ángel, sino una mujer.

—En realidad, señor —añadió el ingenuo Dick—, en cierto modo será mejor: para entonces dirigirá una filial del negocio de mi padre que tenemos previsto abrir en otra parte. Hemos crecido mucho últimamente, y para el año que viene esperamos comprar otro par de caballos. Ya le hemos echado el ojo a una yegua: tostada como una baya, con el cuello como un arcoíris, de quince palmos y sin una sola cana. Nos la ofrecen por veinticinco libras menos una

corona. Y, para ir al compás de los tiempos, he encargado en la imprenta unas tarjetas; le ruego que me acepte una, señor.

—Por supuesto —dijo el párroco, cogiendo mecánicamente la tarjeta que Dick le ofrecía.

—Yo me desvío aquí, en el puente de Grey —dijo Dick—. Supongo que usted sigue derecho a la ciudad.

—Sí.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Dewy.

Maybold se detuvo en el puente, con la tarjeta en la mano tal como se la habían dado, mientras los pasos de Dick se alejaban hacia el molino de Durnover. El primer acto voluntario del párroco fue leer la tarjeta:

DEWY E HIJO

Buhoneros y carreteros

MELLSTOCK

N.B. Muebles, carbón, patatas, ganado vivo y muerto: a cualquier distancia en el plazo más breve.

Se apoyó en el parapeto del puente y contempló el río. Vio, sin querer, que el agua pasaba deprisa por debajo de los arcos, se deslizaba por una pequeña rampa y se extendía en una charca donde carpas, truchas y pececillos de agua dulce retozaban a sus anchas entre los largos penachos verdes de las algas que asomaban y se hundían hasta la raíz siguiendo el curso de la corriente. Allí estuvo diez minutos apoyado y, luego, se sacó del bolsillo la carta dirigida a su amigo, la rompió deliberadamente en pedazos tan diminutos que apenas quedaron dos sílabas juntas y lanzó el puñado de trizas al agua. Las vio entonces arremolinarse, correr como flechas y girar, arrastradas hacia el mar, hasta que las perdió de vista poco a poco. Por fin se apartó del puente y, a paso ligero, reanudó el camino de vuelta a la parroquia de Mellstock.

Tras un largo e intenso esfuerzo para tranquilizarse, se sentó en su estudio y escribió:

Querida señorita Day:

El significado de esas palabras tuyas —«la tentación es tan fuerte»—, de su tristeza y de sus lágrimas, ha llegado a mi conocimiento

por accidente. Hoy sé lo que ayer no sabía: que no es usted una mujer libre.

¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no? ¿Se imaginaba que yo lo sabía? No. De haberlo sabido, mi conducta yendo a verla como hice habría sido reprobable.

Pero no se lo reprocho: es posible que no tenga usted ninguna culpa. No lo sé. Aunque mi opinión sobre usted se ha visto asaltada y alterada de un modo que no me es posible expresar, la sigo queriendo, y las palabras que le dije siguen siendo sinceras. Sin embargo, en justicia a un hombre honesto que confía en la palabra que usted le ha dado, ¿tendrá a bien considerar si, dadas las circunstancias, puede usted honradamente abandonarlo?

Siempre suyo,

Arthur Maybold

Tocó la campanilla.

—Dígale a Charles que lleve estos cuadernos y esta nota a la escuela inmediatamente.

La criada cogió el paquete y la carta, y, minutos más tarde, un chiquillo cruzaba la cancela de la casa parroquial con el uno debajo del brazo y la otra en la mano. El párroco, sentado con una mano en la frente, se quedó mirando al muchacho que bajaba por la calle de la iglesia y tomaba la senda de la orilla del río que se interponía entre su casa y la escuela.

Allí el chiquillo se encontró con otro y, después de saludarse informalmente y enzarzarse en un juego pugilístico, el segundo siguió su camino hacia la casa parroquial mientras el primero se perdía de vista.

El chico llamó a la puerta y entregó una nota para el señor Maybold.

El párroco reconoció la letra. Abriendo el sobre con manos temblorosas, leyó las siguientes palabras:

Querido señor Maybold:

He pasado la noche pensando, seria y tristemente, en la petición que me hizo usted ayer tarde, y en mi respuesta. Una respuesta que una mujer honrada no tenía ningún derecho a dar.

Está en mi naturaleza —puede que en la de todas las mujeres— sentirme atraída por una inteligencia y unos modales refinados; y, aún

más que esto, haberme fascinado con la idea de un entorno más elegante y agradable de lo habitual. Usted me halagó, y los halagos lo son todo para mí. Fueron únicamente estas sensaciones las que motivaron mi contestación. Ambición y vanidad podrían llamarse, y es posible que lo sean.

Tras esta aclaración, confío en que tenga usted la generosidad de permitirme que retire esa respuesta que me precipité en darle.

Y una petición más: que guarde para siempre en secreto la entrevista de ayer y cuanto en ella nos dijimos. Si llegara a saberse, destruiría por completo la felicidad de un hombre confiado y generoso, a quien sigo queriendo y a quien siempre querré.

Atentamente,

Fancy Day

La última nota escrita que el párroco le envió a Fancy decía solo estas palabras:

Cuénteselo todo: es lo mejor. Él la perdonará.

QUINTA PARTE

CONCLUSIÓN

CAPÍTULO I

«EL NUDO QUE NO HAY QUIEN LO DESATE»¹¹

El último día de la narración transcurre justo después de ese momento del paso de las estaciones en que la gente de campo se va a la cama rodeada de árboles casi pelados, se queda dormida arrullada por la lluvia y se despierta a la mañana siguiente rodeada de árboles verdes; ese momento en que el paisaje parece lastrado de pronto por el peso y el brillo repentino de sus hojas; en que llega el chotacabras y, en honor del verano, entona su melodía compuesta de una sola nota; en que los manzanos han florecido y la hierba de caminos y huertos queda salpicada de pétalos caídos; en que los delicados rostros de las flores se oscurecen y sus cabezas se doblan con la carga de un sinfín de abejas de miel que intensifican su zumbido hasta que «zumbido» es un término que se queda corto para describir el ruido que lo envuelve todo; y en que los cucos, mirlos y gorriones que hasta entonces se han comportado como vecinos alegres y respetuosos se convierten en alborotadores e insistentes amigos íntimos.

El exterior de la casa de Geoffrey Day, en el bosque de Yalbury, presentaba exactamente su aspecto de costumbre en esta época del año, pero el frenético ladrido de los perros en la parte de atrás indicaba que en su interior había una actividad insólita. De puertas adentro, los ojos contemplaban una reunión que era sin duda una rareza en la vivienda del solitario guarda y administrador del bosque.

Sentados y de pie, alrededor de la sala de estar y en diversas posturas desmañadas, se encontraban nuestros viejos amigos, los abuelos James y William, el buhonero, el señor Penny, dos o tres niños, entre ellos Jimmy y Charley, y tres o cuatro señoras y caballeros venidos de lejos a quienes no es necesario distinguir por su nombre. A Geoffrey se le veía y oía dar pisotones alrededor del almacén y entre los arbustos del jardín, atendiendo detalles de la

rutina diaria antes de lo habitual, con el fin de quitárselos de encima a primera hora del día. Llevaba las mangas de la camisa remangadas y sus mejores pantalones nuevos, que se había puesto esa mañana, temporalmente camuflados por un mandil de diario mientras se ocupaba de estas tareas. De vez en cuando echaba una mirada a las colmenas, al pasar por delante, para ver si las abejas de su mujer estaban enjambrando. Por fin se bajó las mangas de la camisa y entró en casa, charlando con el buhonero Dewy a la vez que se abrochaba los puños, para ahorrar tiempo; subió entonces a ponerse su mejor chaleco y bajó de nuevo para hacer otro comentario mientras lo abotonaba, mirando fijamente al buhonero como si fuera un espejo.

El mobiliario había experimentado una alarmante reducción: todas las piezas duplicadas se habían retirado, también el reloj de Ezekiel Saunders: ahora, el de Thomas Wood, era por fin la única referencia temporal.

Fancy estaba recluida en el piso de arriba, recibiendo sus capas de tules y adornos y respondiendo con breves carcajadas en las que se detectaban más nervios que alegría por las observaciones que de vez en cuando hacían la señora Dewy y la señora Penny, encargadas de ayudarla a vestirse, porque la señora Day, alegando que tenía la cabeza como un bombo, iba a pasar la mañana encerrada en un dormitorio interior. La señora Penny llevaba nueve rulos de corcho a cada lado de las sienes y una peineta posada en la coronilla como un castillo sobre una atalaya.

Justo en ese momento, la conversación se refería a las amonestaciones, que se habían publicado por última vez el domingo anterior.

—Y ¿cómo fueron? —preguntó veladamente Fancy.

—Muy bonitas, la verdad —dijo la señora Penny—. Nunca las he oído mejores.

—Pero ¿cómo?

—Bueno, muy naturales y elegantes, ¿a que sí, Reuben? —le gritó a través de las tablas del suelo al buhonero, que estaba abajo.

—¿Qué dices? —preguntó el buhonero, mirando el suelo de arriba con aire interrogante, a la espera de una respuesta.

—¿Verdad que se habló bien de Dick y Fancy cuando se hizo la proclama en la iglesia el domingo pasado? —llegó de nuevo la voz de la señora Penny.

—Ya lo creo, hijos míos, sobre todo la primera vez. ¿No hubo un murmullo tremendo entre la congregación, vecino Penny? —dijo el buhonero, apropiándose del hilo de la conversación y, para que lo oyesen arriba, hablándole

muy fuerte al señor Penny, aunque estaba sentado a un metro de él, si no menos.

—No entiendo a qué venían tantos murmullos —dijo el señor Penny, levantando también la voz para la habitación de arriba—. Y esa cara de envidia tan triste que pusieron las mozas. La verdad, ¡nunca he visto envidia igual!

Las facciones de Fancy sufrieron innumerables sonrojos leves, y su corazón palpitó con innumerables temblores leves de placer.

—Aunque —dijo, con fingida indiferencia— ¿sería solo porque justo en ese momento no había culto religioso?

—¡Qué va! Nada de eso. Fue por tu alta posición en la parroquia. Como si todo el mundo hubiera sorprendido a Dick besándote y haciéndote arrumacos hasta hartarse, ¿verdad que sí, señora Dewy?

—Sí, así fue.

—¡Cuánto le gusta a la gente hablar de los demás! —exclamó Fancy.

—Bueno, si compones canciones, luego no puedes echar la culpa a otros por cantarlas.

—¡Dios mío! ¿Cómo voy a soportarlo? —dijo la muchacha, aunque solo se dirigía a quienes estaban con ella en el dormitorio, con la respiración entre un suspiro y un jadeo, los ojos redondos encendidos y las mejillas acaloradas.

—Lo soportarás muy bien, hija —dijo plácidamente la señora Dewy—. En cuanto se hace la proclama se quita hierro a la función; y cuando llegas al altar ya puedes ponerte tan descarada como quieras. Yo me sentía valiente como un soldado de principio a fin de la ceremonia, aunque bajé la cabeza por recato, claro, como correspondía a una muchacha. No te olvides de hacer eso, Fancy.

—Pues yo entré en la iglesia calladita como un cordero —dijo la señora Penny—. Porque ya sabéis que Penny es un hombrecillo muy menudo. Aunque por dentro estaba aturullada. Y entonces me dije: «Así tiene que ser, y ¡listo!». Y tú, haz lo mismo. Di: «Así tiene que ser y, ¡listo!».

—¿Tanta virtud hay en decir: «Así tiene que ser, y ¡listo!»?

—Tanta. Es lo que la sostiene a una entre la boda y el día en que va a la iglesia para dar gracias después del parto, si entre medias le ha puesto demasiado brío.

—Entonces, ¡muy bien! —asintió Fancy, ruborizándose—. «Así tiene que ser, y ¡listo!»

—¡Eso es una buena moza para un marido! —dijo la señora Dewy.

—Espero que Dick llegue a tiempo —añadió la novia, inventándose otro motivo de preocupación ahora que el primero se había derribado.

—Sería una lástima que no viniera ahora que te has envalentonado tanto —dijo la señora Penny.

El abuelo James, que había oído alguno de estos comentarios, subió entonces la voz a mala idea:

—Sé de más de una boda en la que el novio no se presentó.

—Algunos hubo que no se presentaron, eso es cierto —dijo el señor Penny, limpiándose uno de los cristales de sus lentes.

—¡Ay! ¡Escuchad lo que están diciendo abajo! —susurró Fancy—. ¡Callad, callad! —Y aguzó el oído.

—Los ha habido, ¿verdad que sí, Geoffrey? —continuó el siniestro abuelo James cuando entró Geoffrey.

—¿Ha habido qué? —preguntó Geoffrey.

—Hombres que no se han presentado.

—Los ha habido —asintió el guarda.

—Sí: algunas veces la boda ha tenido que cancelarse porque el novio no ha aparecido, harto de la mujer. Y sé de otro al que pillaron en un carruaje, cruzando el bosque de Oaker; y pasaron tres meses hasta que se recuperó y tuvieron que leer otra vez las amonestaciones.

—¡Qué horror! —dijo Fancy.

—Lo dicen a propósito para tomarte el pelo, hija —dijo la señora Dewy.

—Da pena pensar en el brete en que se vieron las pobres muchachas —continuaron en el piso de abajo—. Tendríais que haber oído al sacristán Wilkins, mi cuñado, contar las experiencias que ha tenido casando a la gente desde hace treinta años; cuando no es una cosa es la otra. Es tan desgarrador que te pone los pelos de punta.

—Esas cosas no pasan muy a menudo —dijo Fancy, ardiendo de inquietud.

—Lo cierto es que Dick ya tendría que haber llegado a esta hora —dijo el buhonero.

—¡No me agobien más, abuelo James, señor Dewy y todos los que están ahí abajo! —estalló Fancy, incapaz de seguir resistiéndolo—. ¡Les prometo que me voy a morir, o me va a dar algo, si siguen insistiendo!

—¡No les haga ni caso a estos tipejos, señorita Day! —gritó Nat Callcome, el padrino, que acababa de entrar en ese momento, dirigiendo la voz hacia arriba, entre los tabloncillos del suelo, como habían hecho los demás—. No pasa nada: Dick está en camino, loco de contento. Llegará en cosa de un minuto. Las colmenas de abejas que le dio su madre para el nuevo jardín se han puesto a

enjambrear justo cuando salía de casa, y ha dicho: «No puedo permitirme el lujo de perder un enjambre de abejas. No puedo, aunque bien que me gustaría. Y Fancy tampoco lo querría por nada del mundo». Y se ha quedado dando golpecitos, metal contra metal, y sacudiéndolas.

—Eso es un hombre sabio —observó Geoffrey.

—¡Con el trajín que tuvimos ayer! —añadió el señor Callcome, bajando la voz, como si ya no fuera necesario incluir en su auditorio a las mujeres que estaban arriba, y escogiendo una punta de su mejor pañuelo limpio para secarse la cara—. ¡Qué día!

—Bultos de mucho peso, me imagino —dijo Geoffrey, como si observara el extremo más remoto del paisaje por la ventana de la chimenea.

—Sí —asintió Nat, fijándose en los puntos de la sala de los que se habían retirado los muebles—. Y muy incómodos de cargar, además. ¡Venga a cruzar el jardín de Dick, a entrar y salir por la puerta de Dick, a subir y bajar las escaleras de Dick, y venga a dar vueltas por las habitaciones de Dick hasta que se nos quedaron las piernas agarrotadas! Además, Dick es muy tiquismiquis. ¡No veáis la de provisiones de comida y bebida que ha metido ese chico en casa! ¡Ni que fuera el arca de Noé! Os aseguro que en la vida he visto una selección de jamones como la media docena que tiene en la chimenea. Y la sidra que probé era bien buena, eso hay que reconocerlo. La mejor sidra que se puede pedir.

—Serán para el amor y el buey cebado¹². ¡Hay que ver qué codiciosos! —dijo el abuelo James.

—Bueno, puede ser. Lo que sé es que esa pareja ha acumulado tal cantidad de muebles y vituallas que cualquiera diría que va a agarrar la vida de casados por el final, con la familia ya crecida. ¡Ni os imagináis lo que sudamos los dos para poner en orden esos muebles!

—Cuánto me gustaría que la habitación de abajo tuviera techo —dijo Fancy, mientras seguían acicalándola—. Se oye todo lo que dicen y hacen.

—¡Mirad quién viene! —exclamó una muchacha menuda, una maestra en prácticas que también ayudaba esta mañana con gran entusiasmo. Bajó corriendo hasta la mitad de las escaleras y se asomó por la barandilla—. ¡Mirad, mirad, mirad! —exclamó de nuevo, subiendo a todo correr.

—¿Quién? —preguntó Fancy.

—¡Las damas de honor! Acaban de llegar. ¡Es una maravilla! ¡Es increíble lo que puede hacer la muselina! ¡No parecen ellas ni por asomo! ¡Parecen sus hermanas ricas que nadie sabía que tuvieran!

—Diles que suban. ¡Diles que suban! —gritó Fancy, extasiada.

Y las cuatro damiselas escogidas, a saber, la señorita Susan Dewy, la señorita Bessie Dewy, la señorita Vashti Sniff y la señorita Mercy Onmey, se adueñaron de las escaleras y recorrieron el pasillo flotando.

—¡Ojalá llegara Dick! —volvió a preocuparse Fancy.

En ese preciso instante, una ramita y una flor de la trepadora plantada al lado de la puerta entraron volando por la ventana abierta y una voz masculina dijo:

—Fancy, cariño, ¿estás preparada?

—¡Ya está aquí! —gritó Fancy, con una risita espasmódica y como si respirara por primera vez en toda la mañana.

Las damas de honor se arremolinaron en la ventana, volvieron la cabeza hacia la dirección señalada, y ocho pares de pendientes se balancearon con este movimiento como uno solo: no miraban a Dick porque tuvieran especiales ganas de verlo, sino con un profundo sentido del deber, como ministros obedientes de la voluntad de aquel ser divino, la novia.

—¡Está muy guapo! —dijo la señorita Vashti Sniff, una joven con la cara empolvada y lazos amarillos en el bonete.

Dick se acercaba a la puerta con una chaqueta dolorosamente nueva y brillante, chaleco amarillo pálido, sombrero nuevo igual de doloroso, las patillas reducidas por un afeitado a conciencia y el pelo inusitadamente corto en honor de la ocasión.

—Enseguida bajo —dijo Fancy, mirándose en el espejo por encima del hombro. Y salió corriendo—. ¡Ay, Dick, cuánto me alegro de que hayas llegado! Sabía que vendrías, por supuesto, pero he pensado que... ¡Ay, si no vinieras!

—¡Cómo no iba a venir, Fancy! ¡Ni el calor ni la lluvia, ni el viento ni la nieve me lo habrían impedido! ¿Qué se ha apoderado de tu corazoncito? Tú normalmente no te preocupas nada por esas cosas.

—Ay, señor Dewy. ¡Será porque no había izado mi bandera y jurado fidelidad! —dijo Fancy.

—¡Jajaja! —rieron las cuatro damas de honor, y Fancy rozó a Dick íntimamente y le acarició por debajo del hombro, como si quisiera asegurarse de que estaba a su lado, en carne y hueso, y era de su exclusiva propiedad.

—Bueno, ¿quién se lo iba a imaginar? —dijo Dick, quitándose el sombrero, hundiéndose en una butaca y dirigiéndose a los ancianos del grupo.

Los ancianos movieron los ojos y los labios para dar a entender que, en su opinión, nadie se lo habría imaginado, fuera lo que fuera.

—¡Que a mis abejas les diera por enjambrar precisamente hoy! —añadió el novio, abarcando con la mirada a los presentes como quien lanza una red—. Y la verdad es que han formado un buen enjambre: no había visto un enjambre tan bueno desde hace diez años.

—Una señal excelente —dijo la señora Penny desde las profundidades de la experiencia—. Una señal excelente.

—Me alegro de que todo pinte tan bien —dijo Fancy, con un suspiro de alivio.

—Y yo también —corearon las cuatro damas de honor, con mucha simpatía.

—Bueno: las abejas no se pueden dejar para luego —observó el disonante abuelo James—. Uno puede casarse con una mujer en cualquier momento; pero las abejas enjambran sin esperar a que nadie se lo pida.

Dick se abanicó con el sombrero.

—No se me ocurre —dijo, pensativo— qué he hecho para ofender al señor Maybold. ¡Con la simpatía que yo le tengo! Le tomé aprecio desde que llegó, y él siempre me decía que le gustaría verme casado, que él me casaría, tanto si la joven a la que yo eligiese vivía en esta parroquia como si no. Se lo insinué cuando fui a poner las amonestaciones, y me pareció que ya no lo veía con tan buenos ojos, así que no dije más... No entiendo cómo ha sido.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Fancy, mirando al vacío con esos ojos suyos tan bonitos, demasiado refinados y bonitos para la mujer de un buhonero, aunque quizá no demasiado bondadosos.

—Supongo que habrá cambiado de opinión, como le pasa a todo el mundo —dijo el buhonero—. Bueno, hijos míos, hoy nos espera una fiesta de las buenas.

—Y la iglesia estará llena de mujeres, y una fila de jóvenes con la frente inclinada asomará por el alféizar de las ventanas del coro y presbiterio —dijo Geoffrey.

—Sí, tú has pasado por esto dos veces y debes de saberlo bien —dijo Reuben.

—Yo estoy dispuesto a aguantarlo una vez —dijo Dick—, incluso dos; hasta una docena.

—¡Qué cosas dices, Dick! —le reprochó Fancy.

—Vamos, cariño, eso no es nada: solo lo he adornado un poco. Hoy estás más nerviosa que un gato.

—Y luego, cuando todo haya terminado, desfilaremos por parejas por toda la

parroquia —añadió el buhonero.

—Eso es —dijo el señor Penny—. Por parejas: cada hombre enhebrado a su mujer, digo yo.

—¡Yo no puedo dar ese espectáculo! —dijo Fancy, mirando a Dick, para ver si él podía.

—¡Yo me amoldo a lo que queráis tú y los demás, mi vida! —contestó efusivamente el señor Richard Dewy.

—Nosotros lo hicimos cuando nos casamos, ¿verdad que sí, Ann? —dijo el buhonero—. Y todo el mundo hace lo mismo, hijos míos.

—Nosotros también lo hicimos —dijo el padre de Fancy.

—Y Penny y yo también —dijo la señora Penny—. Me acuerdo de que yo llevaba mis mejores zuecos, y Penny se enfadó porque me hacían demasiado alta.

—Y mi padre y mi madre también lo hicieron —dijo la señorita Mercy Onmey.

—¡Yo pienso hacer lo mismo las próximas Navidades! —dijo enérgicamente Nat, el padrino, mirando a la señorita Vashti Sniff.

—La gente respetable ya no lo hace —dijo Fancy—. De todos modos, si mi pobre madre lo hizo, yo también lo haré.

—Sí —continuó el buhonero—. Fue un martes de Pentecostés cuando yo me casé. El club de Mellstock desfilaba ese día, y los recién casados recorrimos la parroquia alegremente detrás de ellos. Hijos míos, sigo teniendo en casa los mismos pantalones blancos que llevaba ese día, guardados en una caja. ¿A que sí, Ann?

—Los tenías, hasta que los corté para Jimmy —dijo la señora Dewy.

—Y, para hacer las cosas como es debido, después de recorrer esta parroquia deberíamos ir a Upper y Lower Mellstock, pasar por casa de Viney y volver luego por He'th —dijo el señor Penny, siguiendo el rastro del tema en cuestión—. El lechero Viney es un hombre muy respetable, y el ganadero Kex también lo es, y tendríamos que hacerles una visita.

—Cierto —asintió el buhonero—. Habría que desfilan por Mellstock para hacer las cosas bien. Formaremos una figura muy vistosa desfilando en rotación, ¿sí o no, vecinos?

—Seguro que sí: una escena bien bonita para toda la comarca —dijo la señora Penny.

—¡Hola! —dijo el buhonero de pronto, al ver a una pintoresca figura en la

puerta, con un sayo cortado como una almohada y blanco como la nieve—. Pero ¿qué haces aquí, Leaf?

—He venido a ver si puedo ir a la boda... Jeje —dijo Leaf tímidamente.

—Vamos, Leaf —le reprochó el buhonero—. Sabes que hoy no te queremos aquí. No tenemos sitio para ti, Leaf.

—Thomas Leaf, Thomas Leaf, ¡qué vergüenza que vengas a entrometerte! —dijo el abuelo William.

—Ya sé que no tengo cabeza, pero he pensado que, si me lavaba y me ponía una camisa y un sayo limpio, podía pasar —dijo Leaf, que ya se marchaba, desilusionado y tembloroso.

—¡Pobre hombre! —dijo el buhonero, volviéndose hacia Geoffrey—. ¿No vamos a dejarle que pase? Por la pinta lo tiene todo en contra, y es tonto de remate, pero nunca ha estado en la cárcel y no hará daño a nadie.

Leaf miró primero al buhonero, con gratitud por estos elogios, y luego a Geoffrey, con impaciencia, para ver qué efecto tenían en favor de su causa.

—Sí, que pase —asintió Geoffrey sin vacilación—. Leaf, sabes que eres bienvenido.

Y Leaf se quedó en consecuencia.

Ya estaban listos para salir de casa, y se dispusieron a formar en procesión por el orden siguiente: Fancy y su padre, Dick y Susan Dewy, Nat Callcome y Vashti Sniff, Ted Waywood y Mercy Onmey, y Jimmy y Bessie Dewy. Todos ellos integraban el grupo principal e iban estrictamente engalanados para la boda. Los seguían el buhonero y la señora Dewy, y cerraban el cortejo el señor y la señora Penny. El buhonero llamaba la atención con sus guantes enormes, de venticinco centímetros, que de lejos parecían unos guantes de boxeo metidos en lejía y mal asentados en las manos curtidas, pues hoy, por primera vez en la vida, se le había impuesto este distintivo de respetabilidad (a petición especial de Fancy).

—Lo suyo es que las damas de honor vayan juntas —propuso Fancy.

—¡Qué! ¡En mis tiempos siempre iban hombre con mujer, cogidos del brazo! —se asombró Geoffrey.

—Y en los míos —dijo el buhonero.

—Y en los nuestros —dijeron el señor y la señora Penny.

—¡En la vida he visto que vayan mujer con mujer! —dijo el abuelo William, que iba a quedarse en casa con el abuelo James y la señora Day.

—¡Como más te guste a ti y a los demás, cariño! —dijo Dick, que por estar a

punto de asegurarse sus derechos sobre Fancy parecía dispuesto a renunciar a todos los demás derechos del mundo con el mayor placer. La decisión quedó en manos de la novia.

—Bueno, creo que prefiero hacerlo como lo hizo mi madre —dijo, y las parejas cambiaron de sitio entre los árboles, para juntarse hombre con mujer.

—¡Ah! —le dijo el abuelo James al abuelo William cuando se retiraban—. No sé en qué piensa más esa chica, si en Dick o en su atuendo de novia.

—Bueno, las mujeres son así —dijo el abuelo William—. Recuerda las palabras del profeta Jeremías: «¿Se olvida la virgen de su atavío o la desposada de sus galas?».

Ahora entre los oscuros abetos erguidos como los fustes de las columnas de una catedral; ahora entre un avellanal alfombrado de primulas y jacintos silvestres; ahora bajo las amplias frondas de las hayas de relucientes hojas jóvenes, enfilaron su camino hasta la carretera que pasa por la cima del cerro de Yalbury, que en ese punto se hundía directamente en el pueblo de la parroquia de Geoffrey Day; y, en cuestión de un cuarto de hora, Fancy se vio convertida en la señora de Richard Dewy, aunque advirtió, con gran sorpresa, que aún seguía sintiéndose la misma Fancy Day.

En el largo camino de vuelta por campos y senderos, entre mucho parloteo y muchas risas, sobre todo cuando llegaban a los escalones de las cercas, Dick vislumbró un punto marrón a lo lejos, en un campo de nabos.

—¡Ahí está Enoch! —le dijo a Fancy—. Lo eché de menos en casa esta mañana. ¿Cómo es que no ha venido?

—Bebió demasiada sidra y se le subió a la cabeza. Y le pusieron el cepo en Weatherbury¹³. Padre ha tenido que buscar a otro para un par de días, y Enoch no se ha asomado por el bosque desde entonces.

—Podríamos invitarlo a venir esta noche. Que te pongan el cepo una vez no es para tanto, teniendo en cuenta que es nuestra boda.

El cortejo nupcial recibió la orden de detenerse.

—¡Eno-o-o-o-ch! —gritó Dick con todas sus fuerzas.

—¡Sí-í-í-í-í-í! —contestó Enoch a lo lejos.

—¿Sabes quién soy-y-y-y-y-y-y?

—¡No-o-o-o-o-o-o!

—¡Dick Dewy-y-y-y-y-y!

—¡A-h-h-h-h-h!

—¡Recién cas-a-a-a-ado!

—¡A-h-h-h-h-h!

—Y ¡esta es mi mujer, Fancy! —poniéndola a la vista de Enoch como si fuera un ramillete.

—¡A-h-h-h-h-h!

—¿Quieres venir a la fiesta esta no-o-o-o-o-oche?

—¡No pue-e-e-e-e-e-do!

—¿Por qué no-o-o-o-o-o?

—¡Ya no trabajo para la fam-i-i-i-i-lia!

—Eso no está bien por parte de Enoch —dijo Dick, cuando reanudaron la marcha.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Geoffrey—. En este momento no es él: está como si acabara de levantarse. Cuando solo se toma medio litro de sidra o de cerveza, o un par de pintas de hidromiel, el hombre no tiene nada de malo y sabe comportarse tan bien como el que más en todo el reino.

CAPÍTULO II

BAJO LA VERDE FRONDA¹⁴

El extremo del bosque de Yalbury que lindaba con el final de la parcela de Geoffrey Day lo cerraba un árbol viejo, de enorme envergadura horizontal aunque sin grandes pretensiones de altura. Muchos cientos de pájaros habían nacido entre las ramas de este árbol solitario; tribus de conejos y liebres habían picoteado su corteza año tras año; curiosos copetes de hongos habían brotado en las cavidades de sus horquillas, e incontables familias de topos y lombrices se habían arrastrado entre sus raíces. Debajo y detrás de su sombra se extendía una pradera bien cuidada, concebida para proporcionar un saludable terreno de ejercicio a los pollos y los faisanes, mientras sus madres, las gallinas, vivían encerradas en los gallineros instalados sobre la misma alfombra verde.

Habían retirado todos estos obstáculos y, a medida que avanzaba la tarde, los invitados se fueron congregando en el prado, donde la música, el baile y los cánticos se prolongaron animadamente hasta el atardecer. Todos se comportaban con mucho decoro, por la influencia de Fancy, quien, como precaución adicional, había ordenado estrictamente a su padre y al buhonero que se abstuvieran de decir «vuestra merced» y «vos», alegando que estos antiguos tratamientos eran muy ofensivos para la gente de gustos modernos; también les había pedido que por nada del mundo se pasaran el dorso de la mano por la boca después de beber, una costumbre inglesa de extraordinaria antigüedad aunque, según afirmó Fancy, decididamente en desuso entre las mejores clases sociales.

Además de los músicos locales, había venido un hombre que tocaba la pandereta como nadie, invitado del pueblo de Tantrum Clangley, un lugar celebrado desde tiempos remotos por la habilidad de sus habitantes con los instrumentos de percusión. Estos destacados miembros del grupo se encontraban relegados a una altura de uno o dos metros del suelo, donde se había

improvisado una plataforma soportada por varios barriles. Según progresaba el baile, las personas mayores se sentaron en grupo a los pies del árbol —después de que los más pequeños, ávidos de un terreno en el que hacer piruetas, les cedieran el sitio a regañadientes—, parapetados detrás de una mesa que los protegía de los tacones de los bailarines. Los ancianos, que habían dejado muy atrás sus días de baile, contaron admirables historias, deteniéndose a contemplar de vez en cuando el avance y la retirada de las parejas de este mismo refugio, como cabe suponer que la gente contemple desde la costa una batalla naval en la bahía, y reanudando su narración una vez terminada la pausa. La multitud que componía el torbellino, que en los descansos entre cada figura volvía los ojos hacia el grupo sentado, solamente acertaba a adivinar, entre la música y el bullicio, que allí se estaba relatando un hecho extraordinario (así lo indicaban el enfático movimiento de la mano, los chasquidos de los dedos, los labios apretados y la mirada fija en el centro de los ojos del oyente por espacio de un cuarto de minuto) y que esto despertaba en el oyente tal reciprocidad de movimientos faciales que a veces los distantes bailarines casi querían saber a qué podía referirse tan interesante historia.

Fancy imprimió a sus facciones la expresión más matronil que le permitían adoptar sus seis horas de experiencia como mujer casada, con el ánimo de que el contraste entre su actual estado civil y el de las muchachas solteras presentes impresionara al grupo, robando de vez en cuando miradas de admiración a su izquierda, bien es verdad que con mucho disimulo; y es que, con su fingida compostura concerniente a esta cuestión, pretendía demostrar que, aunque a los ojos del mundo ocupaba sin duda la más maravillosa posición que jamás se había alcanzado, era casi inconsciente de la circunstancia, y que la ostentación con que su mano izquierda maravillosamente blasonada se posaba continuamente para ofrecer tazas y platos, cuchillos, tenedores y vasos, era exclusivamente fruto de un accidente. Como si quisiera despertar envidia en el corazón de sus compañeras solteras con la exhibición de su flamante anillo a la vez que daba a entender a todo el mundo que eso era completamente ajeno a la dignidad de tan experimentada mujer casada. La imaginación de Dick, mientras tanto, era mucho menos capaz de acomodarse a su nueva situación. Desde hacía dos o tres horas, intentaba sentirse sencillamente como un recién casado, pero no había conseguido prosperar en el intento más allá de verse como Dick Dewy, el hijo del buhonero, que asistía a una fiesta ofrecida por el guarda y administrador de lord Wessex en la apartada finca de Yalbury, y allí estaba bailando y charlando con Fancy Day.

Cinco danzas campesinas, incluida *Corre a la boda*, más dos *reels* escoceses y tres fragmentos de bailes marineros llevaron a la pareja hasta la hora de la cena, que, por la humedad de la hierba en estas inmaduras fechas del verano, se sirvió en la casa. Después de cenar, Dick salió a enganchar la yegua y Fancy se retiró al piso de arriba con las dos muchachas mayores de las cuatro damas de honor, a vestirse para el viaje a la nueva casita del novio, cerca de Mellstock.

—¿Cuánto vas a tardar en ponerte el bonete, Fancy? —preguntó Dick desde el pie de la escalera. Como hombre casado y dueño de su propio negocio, consciente de la importancia del tiempo, redoblaba el énfasis de sus palabras en la conversación y asentía con vigor añadido.

—Solo un minuto.

—¿Cuánto es eso?

—Bueno, cariño, cinco.

—Hijos míos —dijo el buhonero cuando Dick se retiró—. La especie femenina tiene el talento de cambiar los números altos por los bajos, sobre todo en cuestión de espera, cuestión de edad y cuestión de dinero.

—Cierto, cierto. Bien lo sé yo —dijo Geoffrey.

—Parece que lo dices con pesar, Geoffrey.

—Eso lo adivina cualquiera que esté al corriente de mi experiencia.

—¿Qué está haciendo tu mujer, Geoffrey?

—Limpiando todas las cómodas y los armarios del piso de arriba y quitando el polvo a su segunda mejor vajilla de porcelana, cosa que solo hace una vez al año. «Si hay trabajo que hacer, tengo que hacerlo, con boda o sin ella.» Eso ha dicho.

—Yo creo que en el fondo es muy buena mujer.

—Pues debe de ser muy en el fondo.

La señora Penny se sumó a la charla.

—Hasta las mejores nos enfurruñamos y gritamos pero, con todo y con eso, lo justo es que Dick y Fancy tengan la oportunidad de disfrutar de un poco de alegría, como cualquier pareja casada de la comarca.

—Eso es indiscutible.

La señora Dewy se acercó, hablando a una persona y mirando a otra.

—Qué alegría, sí. Siempre pasa lo mismo cuando una pareja se entiende tan bien como Dick y Fancy.

—Eso será cuando no son demasiado pobres y tienen tiempo de cantar —dijo el abuelo James.

—¿Queréis saber, vecinos, cuándo llegan las estrecheces? —dijo el buhonero—. Cuando las botas de la hija mayor son solo una talla menor que las de su madre y el resto de la prole la sigue de cerca. ¡Esos son malos tiempos para un hombre, hijos míos! Muy malos tiempos. Me parece a mí que es entonces cuando le cortan la cresta al gallo.

—Así es, poco más o menos —asintió el señor Penny—. ¡Uno se queda de piedra cuando tiene que medir las hormas de madres e hijas para diferenciarlas!

—Tú no tienes motivos para quejarte de que los hijos vengan tan seguidos, Reuben —dijo la señora Dewy—. ¡Dios sabe cuánto se rezagaron los nuestros!

—Lo sé, lo sé —contestó el buhonero—. Y tú eres una mujer muy buena, Ann.

La señora Dewy esbozó una sonrisa y la borró sin llegar a sonreír.

—Y cuando vienen juntos se van juntos —dijo la señora Penny, porque en su familia ocurría lo contrario que en la del buhonero—. Con un poco de dinero se tolera mejor tanto una suerte como la otra. Y yo sé que esta parejita puede ganar dinero.

—¡Sí que puede! —saltó la impulsiva voz de Leaf, que hasta ese momento había estado admirando la escena humildemente desde un rincón—. ¡Se puede! ¡Solo hacen falta unas pocas libras para empezar! Nada más. ¡Me sé una historia que habla de eso!

—Cuéntanos tu historia, Leaf —dijo el buhonero—. No sabía que fueras tan listo para contar una historia. ¡A callar todos, que el señor Leaf va a contar una historia!

—Cuenta tu historia, Thomas Leaf —dijo el abuelo William, en el tono de un maestro de escuela.

—Había una vez —dijo el complacido Leaf, con voz titubeante— un hombre que vivía en una casa. El hombre se pasaba el día y la noche pensando y pensando. Al final, como podría haberme pasado a mí, pensó: «Con solo diez libras que tuviera podría amasar una fortuna». Y al final entre unas cosas y otras ¡consiguió las diez libras!

—¿Quién lo diría? —señaló Nat Callcome satíricamente.

—¡Silencio! —ordenó el buhonero.

—Bueno... Ahora viene la parte interesante. En poco tiempo convirtió las diez libras en veinte. Luego, poco después, las duplicó, y ya tenía cuarenta. Así siguió, y un buen tiempo después tenía ochenta y luego cien. Y poco a poco ¡llegó a las doscientas! No lo creeréis pero siguió y siguió y ¡llegó a las

cuatrocientas! Siguió y... ¿qué hizo? Pues ¡llegó a las ochocientas! Sí, eso hizo —continuó Leaf, animadísimo, dándose puñetazos en la rodilla con tanta fuerza que se echó a temblar de dolor—. Y así siguió hasta que llegó ¡A MIL!

—¡Lo que hay que oír! —dijo el buhonero—. ¡Eso es mejor que la historia de Inglaterra, hijos míos!

—Gracias por tu historia, Thomas Leaf —dijo el abuelo William. Y Leaf volvió a convertirse poco a poco en nada.

Entre una mezcla de risas, vino añejo y zapatos viejos lanzados al aire, los novios se marcharon en la estupenda carreta nueva que ahora tenía el joven buhonero. La luna acababa de pasar su momento de plenitud, y la pareja no necesitaba por tanto la luz de los faroles o de su propia belleza. Circulaban despacio por el valle de Yalbury, donde el camino discurría entre dos arboledas. Dick le iba diciendo a su compañera:

—Fancy, si somos tan felices es porque entre nosotros hay una confianza total. Desde el día que confesaste ese coqueteo sin importancia con Shiner, a la orilla del río (que en realidad no fue ni coqueteo), he pensado que no hay maldad en ti y que debes de ser muy buena para haberme contado una cosilla tan insignificante y haberte asustado tanto como te asustaste. Desde entonces he decidido contarte todo lo que haga y diga. Nunca habrá secretos entre nosotros, cariño, ¿verdad que no? Ningún secreto.

—Ninguno desde hoy —asintió Fancy—. ¡Escucha! ¿Qué ha sido eso?

De unas matas cercanas llegó de pronto una voz fuerte, líquida y musical.

—¡Tipiuit! ¡Suuit! ¡Ki-ki-ki! ¡Que venga aquí, aquí!¹⁵

—¡Ah, es el ruiseñor! —murmuró Fancy, y pensó en un secreto que jamás contaría.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es

NOTAS

¹ El «Agradecimiento de la mujer después del parto» es el siguiente oficio religioso en el *Libro de oración común* de la Iglesia de Inglaterra. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*]

² A Píramo y Tisbe, sus familias les prohibían casarse y se comunicaban en secreto por una grieta de la pared. Ovidio cuenta su historia en *Las metamorfosis*.

³ Hardy se refiere aquí a la antigua costumbre inglesa de besarse debajo del muérdago.

⁴ Giovanni Battista Moroni (c. 1520-1579), especializado en retratos.

⁵ Revelaciones, 3, 14-16, donde se condena a la iglesia de Laodicea por no ser «ni fría ni caliente».

⁶ Del rey Jorge III, construida en 1810 para señalar el quinto año de su reinado.

⁷ Rima infantil: «Jack Sprat no podía comer grasa. / Su mujer no podía comer magro. / Pero entre los dos rebañaban el plato».

⁸ La referencia es oscura: tal vez tierra, cielo e infierno; tal vez los tres tipos de criaturas (la humana en último lugar) que creó Dios en días distintos (Génesis, 1, 20-27).

⁹ Miembro de alguna secta religiosa, como los metodistas, apartada de la Iglesia de Inglaterra. Los metodistas tenían fama de ser gente muy seria.

¹⁰ Salmos, 44, 17-18.

¹¹ De un poema de Thomas Campbell (1777-1814), a veces titulado «Song» [Canción] o «The First Kiss» [El primer beso], aunque llamado «Freedom and Love» [Libertad y amor] en la antología de Francis Palgrave *Golden Treasury*

[Tesoro dorado] (1861).

¹² Proverbios, 15, 17: «Más vale un plato de legumbres con amor que de buey cebado con rencor».

¹³ Castigo con que se penalizaba especialmente la embriaguez, exponiendo al delincuente en un lugar público con los pies encerrados entre dos tablas de madera, que aún se aplicaba en Dorchester hasta 1872.

¹⁴ *Under the Greenwood Tree*: primer verso de la canción de Amiens en *Como gustéis*, II, v, de William Shakespeare: «Venga bajo la verde fronda junto a mí / quien quiera unir su alegre melodía / a los cantos del pájaro feliz. / Que venga aquí, aquí / donde nunca verá más enemigo / que el frío o la tormenta».

¹⁵ «Que venga aquí, aquí»: quinto verso de la ya mencionada canción de Amiens en *Como gustéis*.